

PORTADA

DATOS EDITORIALES

SOLAPA

AGRADECIMIENTOS

PRESENTACION

INTRODUCCION

I. DE LA NECESIDAD DE LA ATENUACION

1. Ruptura entre sujeto y medio: presupuesto del lenguaje
2. La realidad: un constructo social
3. Fundamentos de la atenuación
4. Cortesía
5. Obstáculo de la evidencia
6. Teoría de los nudos
7. Turnos de habla no preferidos

II. COMO OPERA LA ATENUACION

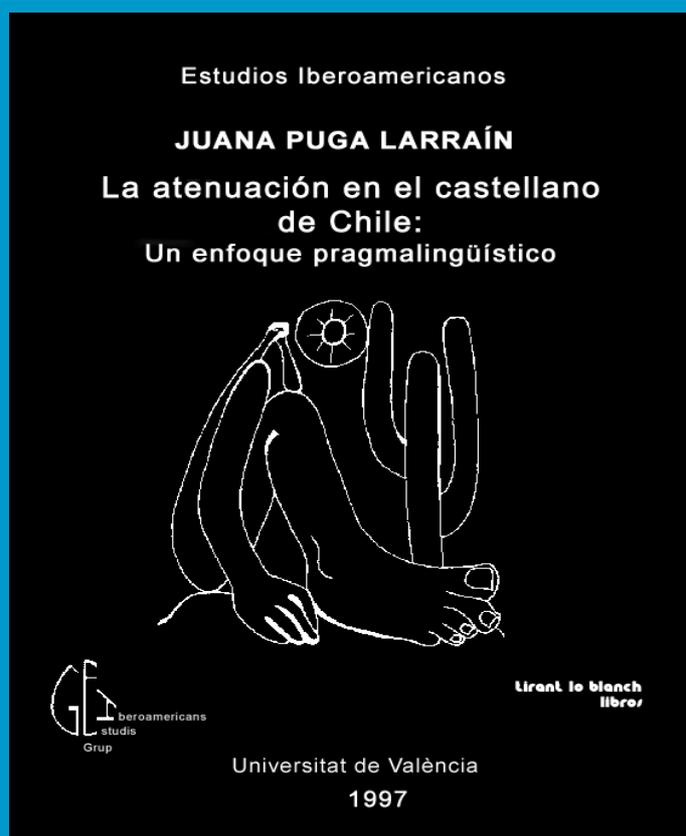
1. Atenuación: Categoría pragmática
2. Atenuación, distancia y situación comunicativa
3. Consideraciones finales

III. LA ATENUACION EN CHILE

1. Hablante chileno v/s español
2. Atenuación y situación comunicativa
3. Recursos de atenuación: inventario
4. Análisis de enunciados atenuados
5. Razones que explican la atenuación en Chile

CONCLUSIONES

BIBLIOGRAFIA



Estudios Iberoamericanos

JUANA PUGA LARRAÍN

**La atenuación en el castellano
de Chile:
Un enfoque pragmatolingüístico**



Lirant lo blanch
llibre,

Universitat de València

1997

Estudios Iberoamericanos: Lengua
Coordinación: Milagros Aleza Izquierdo

Grup d'Estudis Iberoamericans
Depto. Filología Española y Depto. Historia Contemporánea
Universitat de València

Diseño de portada: Lorena Rodríguez Mattalía
Ilustración de portada: "Abapuru". Tarsilia do Amaral (1928)

© Juana Puga Larraín
© Grup d'Estudis Iberoamericans y Tirant lo Blanch

Distribuye:
Tirant lo Blanch
C/ Artes Gráficas, 14 bajo. 46010 Valencia
Tel: 3610050/48
ISBN: 84-8002-456-9
Depósito legal: V. 572 - 1997
Artes Gráficas Soler, S.A. - La Olivareta, 28 - 46018 Valencia

Juana Puga Larraín, nacida en Santiago de Chile, cursó sus estudios universitarios en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Posteriormente realizó sus estudios de doctorado en la Universitat de València (España) donde alcanzó el grado de Doctora en Filología Hispánica, en 1996.

Dentro de su labor investigadora se distinguen sus trabajos precursores sobre la atenuación en el castellano de Chile, resultado de los cuales es este libro.

Actualmente es Profesora en la Facultad de Humanidades y Arte de la Universidad de Concepción (Chile).

Este libro es el resultado de la investigación realizada durante mis estudios de Doctorado en el Departamento de Filología Española de la Universidad de Valencia, entre los años 1991 y 1996. Conté, para llevar a cabo dichos estudios, con el apoyo de una beca que me fue concedida por la Conselleria de Cultura, Educació i Ciencia de la Generalitat Valenciana.

Este trabajo no habría sido posible sin la presencia de los muchos amigos que me han ayudado. Vaya, para todos ellos, mi agradecimiento. Vaya uno muy especial para Vicente Garcés Ramón.

Deseo expresar desde aquí mi más profundo agradecimiento a la Dra. Milagros Aleza Izquierdo por su dirección y apoyo durante mi formación académica. Asimismo deseo manifestar mi reconocimiento a todos y cada uno de los miembros integrantes de la Unidad Docente de Lengua Española, especialmente a los Doctores M^l Teresa Echenique Elizondo y Antonio Briz Gómez. Haber sido parte de esta Unidad Docente ha supuesto un significativo y provechoso cambio en mi trayectoria de vida.

Agradezco las valiosas contribuciones a este trabajo de los doctores Günther Haensch, José Luis García García, Alfredo Torero Fernández de Córdova y Elena Rojas Mayer. Igualmente, agradezco su inestimable ayuda al Dr. Daniel Jorques Jiménez.

A las Dras. Josefa Berenguer y Bcairiz Gallardo, a Teresa Gaeta, Xose Padilla, Luis Roberto Choy, Antonio Ajbca, la Dra. Laura González-Vera, Luis Cabral, Alfredo Riquelme, Eusebio Manca, Armando Nader, Lillian Güenante y Gastón Salamaca quisiera agradecer sus aportes, y muy especialmente a Juan P. Sánchez y al Dr. Salvador Pons.

Por último, mi agradecimiento al Grup d'Estudis Iberoamericans de la Universidad de Valencia, por haber hecho posible esta publicación.

Universidad de Concepción, diciembre de 1996.

Juana Puga se formó como Doctora en Filología Hispánica en el Dpto. de Filología Española de la Universitat de València, donde desempeñó su labor investigadora y docente durante el período en el que disfrutó de una Beca de Investigación concedida para la realización de su Tesis Doctoral. Fruto de este trabajo es el libro que presentamos sobre la atenuación en el castellano de Chile, trabajo que incluye un estudio pormenorizado de los recursos pragmáticos de los que hace uso el hablante chileno tanto en el ámbito de la conversación oral como en el de la lengua escrita, con la finalidad de desarrollar y materializar la actitud de cortesía en el discurso.

Tras una reflexión teórica sobre la necesidad de la atenuación, la autora nos adentra en lo que constituye el punto central, la descripción de las manifestaciones de la cortesía y la atenuación, como fenómenos entrelazados, en el castellano chileno.

Como segundo número de la serie de Lengua de esta colección, ofrecemos este trabajo entre cuyos atributos destacan su cualidad de novedoso, la originalidad y su carácter interdisciplinario. Distintos marcos confluyen: el ámbito pragmático, la descripción lingüística y la reflexión sociológica.

Consideramos que este estudio abre nuevas vías en la investigación, y ofrece un marco teórico y metodológico del que se puede partir para reflexiones generales y estudios puntuales en otras variedades del español.

Ya fuera de nuestra universidad y de nuestro país, es indudable que ante la Dra. Puga se inicia una nueva fase en su actividad docente e investigadora que deseamos siga dando frutos.

Milagros Aleza

Desde mi primer tiempo en España, cuando todos los sentidos vagaban vigilantes y atentos a los contrastes que España tiene con Chile -mi país de origen-, llamó poderosamente mi atención una serie de ocurrencias lingüísticas que dan cuenta de una actitud muy diferente del hablante chileno a la del español cuando hacen uso de la que, sin embargo, es nuestra lengua común: el castellano. El contraste de nuestro castellano con el que encontramos en España se revela en muy diversos sentidos.

Me propongo, aquí, aunar y sistematizar las expresiones lingüísticas que marcan esa diferencia, utilizando como criterio ordenador la actitud de los hablantes. Soy consciente de que haber estado en España, conviviendo con el uso del español según la norma peninsular, es haber estado en una situación de privilegio para observar el lenguaje en su uso. Por eso, adoptaré para este trabajo un enfoque pragmático.

Si corresponden a determinadas "visiones de mundo", estas diferencias entre nuestro castellano y el peninsular darán cuenta de una diferente actitud de los hablantes. Con el propósito de reflejarla, debo realizar un estudio globalizador, holístico. Busco indagar los aspectos en los que se manifiesta lingüísticamente una actitud de los hablantes en su interactuar. Debo, por tanto, renunciar al estudio de algo demasiado específico. Por eso, me parece adecuado partir de un término que por sí solo sea capaz de connotar una actitud humana. Ese término es: atenuación.

Nuestro trabajo consta de tres grandes apartados. En el primero indagamos en los fundamentos teóricos de la atenuación. Nos preguntamos por la razón de su existencia en el lenguaje. En el segundo nos interesamos por la forma en que funciona. En el tercero, por último, ilustramos, de diversas maneras, el modo en que se manifiesta la atenuación en el castellano de Chile y damos cuenta de algunas diferencias con el español peninsular.

El estudio teórico nos llevó a identificar la atenuación con el gesto de tomar distancia. El fundamento de dicho gesto debe ser buscado más allá del propio lenguaje, en la antropología, en la sociología y en la psicología.

Para explicar de qué busca distanciarse el hablante, consideramos los cuatro elementos que conforman la situación comunicativa según el modelo de la teoría comunicacional de Shannon y Weaver, ya expuesta en el ámbito del estructuralismo clásico por K. Bühler, a saber: el emisor, el mensaje, el destinatario y el canal.

Con posterioridad, siguiendo el modelo propuesto, nos ocupamos del modo de manifestarse lingüísticamente la atenuación en Chile. Ilustramos la práctica del emisor -muy extendida en nuestro país- de distanciarse de su propio yo.

Luego damos cuenta de la distancia que el hablante asume respecto del mensaje. Con este propósito, hacemos un somero dibujo de la sociedad chilena. Su objetivo es doble: por una parte, nos permite resaltar una serie de cuestiones cuyo tratamiento es conflictivo y a las que el hablante chileno hace referencia de un modo atenuado. Por otra, al contrario, nos permite señalar determinados asuntos tratados por los hablantes del habla culta de Santiago de forma taxativa y categórica, sin recurrir a la atenuación.

La jerarquía social de las personas es un factor determinante del tipo de relación que establecen entre sí. Mostramos el modus operandi de la atenuación entre personas que, gracias a su estatus similar, establecen

entre sí relaciones recíprocas. Mostramos, así mismo, la atenuación verbal entre personas con un estatus socio-económico marcadamente distinto y, por lo tanto, entre las que se establece una relación de tipo no recíproca.

Lo anterior nos lleva a establecer una distinción entre dos tipos de cortesía: una cortesía sin más y aquella que consentimos en denominar cortesía "señor-criado". En esta última, la atenuación se manifiesta, básicamente, cuando un hablante de menor estatus social se dirige a otro de uno mayor. Podemos conjeturar que la marcada estratificación social de nuestro país es uno de los factores que contribuyen a explicar la mayor productividad de la atenuación en él que en España, en donde esta estratificación es mucho más tenue.

Hablar de distancia en relación con los temas tratados es hablar de tabúes. Hablar de atenuación es, por lo tanto, en este caso, hablar de eufemismos. Es de todos conocido que en América tabúes y eufemismos no conocen límites. Podría ser ese un argumento a favor de nuestra hipótesis: la atenuación en el castellano de Chile es mayor que la que se manifiesta en el español peninsular.

Dedicamos un apartado a mostrar lo eufemístico que llega a ser nuestro castellano cuando connota temas universalmente tabuizados. Pero, puesto que lo que desde niños aprendemos a ver y lo que aprendemos a dejar de ver varía significativamente de una cultura a otra, mencionar diferencias en el repertorio de temas tabúes de cada cultura es hablar de distintas "visiones de mundo". De este modo, la atenuación, lejos de ser un tema puramente lingüístico, nos refleja diferencias bastante constitutivas entre la cultura chilena y la española.

Aunque no es nuestro objeto aquí ahondar en estos aspectos, nos parece fundamental señalarlos y, con ello, abrir puertas a la posibilidad de nuevos estudios de carácter interdisciplinarios, estudios que sigan teniendo como objeto el uso del lenguaje.

Los actos de habla, en la medida en que con ellos el hablante busca influir sobre la conducta de su interlocutor, son también un lugar propicio en el que se manifiesta la atenuación. Existe una relación inversa entre el grado de certeza que el hablante tiene de poder conseguir una respuesta favorable de su interlocutor y el grado de atenuación con el que le formula su enunciado: a menor certeza de conseguir una respuesta deseada, mayor necesidad de atenuar el acto de habla en cuestión. De ahí que la orden y la petición sean los actos que, por excelencia, requieren de la atenuación.

En la conversación, la forma de expresarse del hablante o bien se caracteriza por el predominio del yo, o bien está determinada por una mayor deferencia hacia el interlocutor. Creemos que el predominio del yo es más propio del hablante español que del chileno y que, por el contrario, la deferencia hacia el interlocutor es más propia de este último. Si estamos en lo cierto, esto contribuiría a explicar la mayor productividad de la atenuación en Chile.

Dedicamos unas páginas a mostrar algunos enunciados muy habituales en los que se ve esta actitud diferente de los hablantes.

El hablante español cobra autonomía de su interlocutor y lo responsabiliza de sus acciones en muchas situaciones en las que el chileno, por el contrario, busca participar en la acción conjuntamente con su interlocutor. Así, cuando un invitado en Chile quiere retirarse de una reunión social le dirá al anfitrión: bueno [un bueno retardatario], me voy yendo. Y quedará a la espera de que éste busque retenerlo: pero, quédate un poquito más. Si la misma situación tiene lugar en España el invitado dirá: me voy. Y el invitante responderá: porque quieres. Lo cortés en Chile y en España en este caso se oponen.

Por último, en relación con la distancia que impone el canal, veremos que es inversamente proporcional a la necesidad de recurrir a la atenuación. En efecto, si los hombres necesitan proteger su imagen manteniendo una distancia con los demás, cuanto más cerca estén unos de otros en la interacción comunicativa, su imagen estará más expuesta y, por lo tanto,

tendrán una mayor necesidad de recurrir a la atenuación. Por eso, la atenuación será más productiva en la conversación coloquial que en la escritura.

Puesto que es el fenómeno de la atenuación en sí lo que nos interesa en este estudio, nos hemos visto en la necesidad de utilizar un corpus múltiple. Un corpus restringido a un registro y a un código en particular habría limitado peligrosamente nuestra amplitud de miras.

Para el registro escrito habrá ejemplos de la prensa, de cartas personales, de autobiografías campesinas y de estudios de temas afines a las ciencias sociales realizados por autores chilenos. Para el registro oral habrá ejemplos tomados de conversaciones del Habla Culta de Santiago; otros de conversaciones de habla popular y, por último, ejemplos tomados de mi propia competencia como hablante del castellano de Chile.

Si efectivamente conseguimos sentar los cimientos de la atenuación, ésta será, con posterioridad, aplicable a cualquier tipo de comunicación interactiva.

Para entender la necesidad de atenuación en el lenguaje debemos remontarnos a su origen.

La conducta animal está básicamente motivada por los instintos. En el hombre "disminuyó al máximo la prefijación hereditaria de conductas instintivas y [en su lugar] se incrementó la capacidad de aprendizaje." (Pinillos, 1994: 45)

La conducta instintiva del animal lo predestina a un determinado tipo de relación con su medio ambiente. La debilitación de tal conducta en el hombre hace que su interacción con el medio esté mucho menos prefijada.

En un contexto psicogenético, hablar de superioridad equivale a hablar de especies dotadas de más grados de libertad comportamental, esto es, de la aparición de sistemas más libres, de organismos crecientemente substantivos, capaces de mayor autonomía funcional y más perfecto control del medio (Pinillos, 1994: 56).

El aprendizaje se ve incrementado por la aparición de la herramienta más impresionante que el hombre ha creado para trascender los límites de sus capacidades individuales, a saber, el lenguaje.

El lenguaje capacita al hombre para aprovechar la experiencia de los demás. No existe actividad humana que no esté mediatizada por él. Esta mediación hace posible la transmisión de generación a generación del modo en que las cosas deben ser hechas y entendidas.

Nacemos a un mundo (etimológicamente 'orden') que durante la infancia creemos sin par. Sólo posteriormente tomamos conciencia de su arbitrariedad. Pero ya lo hemos internalizado como el mundo y nos costará trabajo dejar de confundirlo con la realidad.

Puesto que es arbitrario, nuestro mundo para ser social (intersubjetivo) requiere ser objetivado en un sistema de signos que posibilite tanto su mantenimiento como su transmisión. Ese sistema de signos es, por excelencia, el lenguaje.

El lenguaje objetiva las experiencias compartidas y las hace accesibles a todos los que pertenecen a la misma comunidad lingüística, con lo que se convierte en base e instrumento del acopio colectivo de conocimiento (Berger / Luckmann, 1991: 91).

El niño, además de internalizar el lenguaje, internaliza el mundo (orden) que éste representa. El mundo físico es un continuo, en él no se producen huecos. Sin embargo, nuestra percepción se ejercita en el reconocimiento de un medio discontinuo.

Al niño se le enseña a imponer sobre este medio una especie de red discriminatoria que sirve para distinguir el mundo como compuesto de un gran número de cosas separadas, cada una de ellas designada con un nombre. Sin embargo, el resultado -nuestro mundo- no es otra cosa que una representación de nuestras categorías lingüísticas (Hjelmslev, 1972).

Más tarde, superada la infancia -que en sociología se entiende como la etapa de la socialización primaria-, el individuo irá siendo capaz de contrastar su mundo con otros mundos posibles. Con todo, la socialización primaria será su columna vertebral y será determinante en las posteriores etapas de su vida.

Mediante el lenguaje, la madre enseña al niño los planos semánticos del mundo que tiene que construir. La realidad en bruto no es habitable: es preciso darle significados, segmentarla, dividirla en estancias y construir pasillos y relaciones para ir de una en otra. Es el niño quien ha de construirse su morada (Marina, 1994: 63).

La realidad es un constructo social. El lenguaje es el principal instrumento tanto de mantención como de regeneración de esa realidad que no es otra cosa que nuestro mundo.

Pero nacer a un mundo determinado significa, también, nacer dentro de una estructura social objetiva. Por eso, la identidad que el individuo recibe depende del lugar específico que se le adjudique en el mundo. Como dijimos, esta identidad se logra básicamente a través de la socialización primaria. En ella lo que se internaliza es prioritariamente el lenguaje.

Es, por sobre todo el lenguaje lo que debe internalizarse. Con el lenguaje, y por su intermedio, diversos esquemas motivacionales e interpretativos se internalizan como definidos institucionalmente (Berger / Luckmann, 1991: 14).

El sociolingüista Basil Bernstein ha mostrado cómo la educación formal que desde temprana edad reciben los niños de clase alta -y de la que se ven

privados los de clase baja-, desarrolla la facultad de discriminar entre la expresión de lo intelectual y la de los sentimientos afectivos.

La educación formal inhibe la comunicación directa de la afectividad. Por eso -como veremos más adelante- existe una clara relación entre cortesía y educación. Los comportamientos impulsivos y los sentimientos de hostilidad no deben expresarse de forma directa. Pero, puesto que la necesidad de expresar esos sentimientos existe y muchas veces es imperiosa, solo nos está permitido hacerlo de un modo indirecto, atenuado.

Los fundamentos de la atenuación deben ser buscados más allá de la lingüística: en la psicología humana, en la antropología y en la sociología. Sabemos que el deseo de elogio y aprobación nos acompaña desde la mitad de nuestro primer año de vida:

El primer paso, que muchos niños dan a los cinco meses de edad, es el tránsito de placeres puramente sensitivos, como el calor y la alimentación, al placer de la aprobación social. Este placer, al iniciarse, se desarrolla con mucha rapidez; todo niño ama el elogio y odia la represión (Russell; 1967: 51).

El desarrollo del intelecto y el de la afectividad no corren por vías separadas:

A partir del período preverbal [existe] un estrecho paralelismo entre desarrollo de la afectividad y el de las funciones intelectuales, puesto que son dos aspectos indisolubles de cada acción: efectivamente, en cada conducta los móviles y el dinamismo energético provienen de la afectividad, mientras que las técnicas y el ajustamiento de los medios utilizados constituyen el aspecto cognoscitivo (sensorial o racional). Por tanto no se produce nunca una acción totalmente intelectual (Piaget; 1992: 48).

Por eso, la atenuación en el lenguaje responde a la necesidad del hombre de protegerse frente a todo aquello que puede representar una amenaza.

Desde la sociología, Erving Goffman (1959) considera los encuentros sociales y básicamente las interacciones verbales como ritualizadas. En tales interacciones la autoprotección de los sujetos participantes es básica y se consigue en gran medida evitando invadir el territorio del interlocutor. A partir de estos presupuestos el autor ha creado su teoría de la imagen. Sostiene que en las interacciones verbales se busca tanto salvar la propia imagen como evitar amenazar la del interlocutor.

La importancia de no invadir el territorio del interlocutor encuentra su correlato en los estudios de proxémica realizados por el antropólogo norteamericano Eduard Hall (1976). El autor establece una distinción entre lo que ha llamado especies animales "de contacto" y especies "de no contacto":

Algunas especies se apiñan y buscan el contacto físico entre sí. Otras evitan por completo tocarse. No hay lógica aparente que rijan la categoría en que entra una especie (Hall, 1976: 21).

El hombre es un animal de no contacto. Los animales de este tipo evitan tocarse, estableciendo entre sí los siguientes tipos de distancia:

a) *Distancia personal*: es la distancia normal que los animales de no contacto mantienen con sus congéneres. En ella interviene la organización social:

Los animales dominantes son propensos a tener mayores distancias personales que los que ocupan posiciones inferiores en la jerarquía social, mientras los animales subordinados se observa que ceden espacio a los dominantes (Hall, 1976: 22).

La relación entre distancia personal y jerarquía social parece ser propia de todos los vertebrados.

b) *Distancia social*: a pesar de evitar tocarse, los animales sociales se necesitan recíprocamente y no deben perder el contacto entre sí. La distancia social es la que garantiza que ese contacto se mantenga. Cuando ésta se excede, el animal se torna más vulnerable a los peligros ambientales. Esta distancia, que puede ser considerada de tipo psicológica, varía según la especie de que se trate. En el hombre la televisión, el teléfono, el telégrafo etc., la han prolongado permitiéndole interactuar a distancia.

c) *Distancia pública*: se llama así a la que separa, por ejemplo, a un conferenciante o a un grupo teatral de su público. A esta distancia se pierde la participación afectiva personal. La voz suele ser amplificada y gran parte de la comunicación es asumida por ademanes.

d) *Distancia íntima*: cuando se reduce la distancia personal se establece entre las personas una distancia íntima. En ella las sensaciones olfativas y táctiles entran en juego y determinan en medida significativa el grado de relación afectiva entre las personas. La distancia íntima puede estar motivada por una relación de índole agresiva y hostil.

Llevada al ámbito del lenguaje podríamos decir que la atenuación consiste, precisamente, en la emisión de enunciados que garanticen al interlocutor que el hablante está respetando la "distancia personal" que lo separa de él o, de acuerdo con la "teoría de la imagen", le indica al interlocutor por medio de ciertos enunciados que respeta su imagen y que no quiere invadir su territorio.

Independientemente de cuál sea la distancia que los diferentes animales - incluido el hombre- establecen entre sí en diversas situaciones, es interesante tener en cuenta que:

La fuga es el mecanismo fundamental de supervivencia para los animales dotados de movimiento (Hall, 1976: 19).

Este hecho nos permite establecer la siguiente relación en el plano del lenguaje: con la huida se corresponde la evasiva, el silencio y, cuando éste no es posible, la atenuación.

En el mundo físico los peligros pueden ser de naturaleza varia y la fuga consiste en tomar distancia de ellos. En el ámbito del lenguaje el peligro lo representa siempre la relación con el interlocutor. A la necesidad de protegerse (en el mundo físico) corresponde, en el ámbito del lenguaje, la necesidad de salvaguardar la imagen propia y la del interlocutor. El peligro, entonces, de acuerdo con Goffman (1959: 1971), consistiría en la siempre posible transgresión de esa salvaguardia.

A la toma de distancia de aquello que representa peligro en el mundo físico corresponde, en el ámbito del lenguaje, lo que convenimos con Haverkate (1994) en considerar una toma de distancia metafórica. La función de la atenuación es, precisamente, la de lograr esa distancia metafórica.

La atenuación opera tomando una distancia metafórica de todo aquello que está en juego en la conversación, en la comunicación 'cara a cara', puesto que es en esa situación comunicativa en la que la imagen de los interlocutores está más expuesta.

Catherine Kerbrat-Orecchioni (1992, tomo II) se detiene cuidadosamente en la revisión de los modelos más representativos del estudio de la cortesía. Menciona, en primer lugar el de Penelope Brown y Stephen Levinson (cuya primera versión es de 1978). Expondremos brevemente este modelo porque nos servirá como marco teórico para, posteriormente, precisar el funcionamiento de la atenuación.

Brown y Levinson construyen su modelo partiendo del concepto de "face" (imagen) acuñado originalmente -como ya dijimos- por Goffman. Pero si antes dijimos que Goffman habla de la necesidad de preservar la propia imagen y la del interlocutor, ahora veremos cómo estos autores hablan no de una sino de dos imágenes para cada persona. En efecto, los autores postulan que cada persona, como ente social, posee dos *imágenes*: una imagen negativa y otra positiva.

A la necesidad de preservar nuestro territorio corporal y espacial -que llevó, como dijimos, a Hall a distinguir distintos tipos de distancias que las personas establecen entre sí en función de las diferentes situaciones sociales- se suma la que tenemos de preservar nuestros bienes -tanto materiales como cognitivos-. De este modo, los autores entienden la imagen negativa, de un modo amplio, como el territorio del yo. Pertenece a él tanto el cuerpo del yo como sus prolongaciones: vestimenta, cartera, etc. Pertenece, también, sus bienes materiales: su auto, sus hijos, su plato; su territorio espacial: su lugar; su territorio temporal y sus reservas de información: sus secretos.

La imagen positiva del yo se refiere a su narcisismo.

En una interacción entre dos personas están en juego -y son susceptibles de recibir amenaza- cuatro imágenes: la negativa y la positiva de cada uno de los interlocutores.

El hablante amenaza la imagen negativa de su interlocutor cuando invade su territorio. Violaciones no verbales de este tipo son ciertos contactos corporales, agresiones visuales, olfativas y auditivas. Análogamente, los actos de habla considerados por Searle "directivos" invaden el territorio del interlocutor limitando su libertad de acción: una orden, una prohibición, un consejo, una demanda, amenazan la imagen negativa del destinatario.

El hablante amenaza la imagen positiva de su interlocutor cuando pone en peligro su narcisismo, por ejemplo, por medio de una crítica, un reproche, un insulto, una injuria o un rechazo.

Pero, además de amenazar las imágenes de su interlocutor, el hablante puede amenazar las suyas propias. Así, amenaza su imagen negativa cuando pone en peligro su propio territorio, por ejemplo, por medio de una promesa o de una oferta.

El hablante, por último, amenaza su imagen positiva cuando se autodegrada. Esto ocurre con una autocritica, una autoacusación, una excusa, una confesión, etc.

Kerbrat-Orecchioni nos expone la subclasificación de la cortesía que hacen los autores. Más que presentarla aquí, nos interesa mostrar que muchos de los recursos de atenuación -que más adelante retomaremos con detalle- son propuestos explícitamente por Brown y Levinson como tácticas de cortesía:

- Busque el acuerdo.
- Utilice marcadores de identidad "in group".
- Tenga presentes los deseos del interlocutor.
- Recorra a la indirección convencional: *¿podría pasarme la sal?*
- Recorra a los modalizadores.
- Minimice la imposición: *sólo quería preguntarte si puedes prestarme tu lápiz un minutito.*
- Pida disculpas.
- Recorra al discurso impersonal.
- Minimice su expresión (por medio, por ejemplo, de la lítote).
- Sea ambiguo.
- Sea vago.
- Haga generalizaciones.
- Recorra a la elipsis.

Como tendremos ocasión de ver en detalle, para seguir estas instrucciones hacemos uso de los recursos de atenuación.

No quisiéramos terminar este breve capítulo dedicado a la cortesía sin hacer alusión a su relación con la educación y con las clases sociales.

La cortesía está al servicio del buen funcionamiento de las relaciones sociales. En Chile, cuando un amigo le dice a otro: *Estoy medio enojado contigo porque no viniste ayer*, es conveniente que el interlocutor entienda que su amigo está enojado sin más, y que probablemente lo esté bastante, desde el momento en que decide decírselo. El interlocutor sabe, puesto que ha crecido rodeado de este tipo de lenguaje, que *medio* refleja la dificultad de decirle a su amigo algo desagradable a su oído. Sabe que no mitiga el grado de enojo.

Puesto que la atenuación en este sentido enmascara y disfraza lo que pragmáticamente se quiere decir, su adecuada utilización es necesariamente aprendida. De ahí que el exceso de cortesía pueda relacionarse con la falta de autenticidad. Es la espontaneidad lo que debe ser reprimido. Es el animal que hay en nosotros el que debe permanecer oculto. La cortesía es, en última instancia, una lucha contra nuestra propia naturaleza:

Hay que neutralizar, hay que volver aséptico todo aquello que en nosotros y nuestro entorno es expresión de la naturaleza. Los cuerpos deben ser olvidados (Dhoquois, 1993: 175).

Vista así -como ya sugerimos- la cortesía es fundamentalmente asunto de las clases altas. Bernstein ilustra la función de la socialización formalmente organizada a que está sometido el niño de clase alta desde sus primeros años tanto en el núcleo de la familia como en la escuela:

L'enfant grandit dans un ordre éducatif rationnel, qui organise dès son plus jeune âge la totalité de son expérience. Dans ces milieux, on décourage la manifestation directe des sentiments, et tout particulièrement des sentiments d'hostilité (Bernstein, 1975: 32).

Bernstein destaca también la importancia que en este sentido se le otorga al lenguaje. Para el autor, se concede un valor eminente a la verbalización porque la palabra sirve de mediador entre la expresión del sentimiento y las formas socialmente reconocidas de manifestarlo.

Esta es, precisamente, la función de la cortesía: conservar las formas socialmente establecidas de manifestarse los sentimientos.

Volviendo a nuestro ejemplo inicial: ¿por qué decimos: *estoy medio enojado contigo*, pero no decimos: **estoy medio contento contigo?* Porque es el sentimiento de enojo el que, fundamentalmente, debe ser enmascarado.

La cortesía se "adquiere mediante un largo y minucioso aprendizaje" (Dhoquois, 1993: 169). Por eso, atañe principalmente a las clases altas. De hecho, sólo tiene licencia para no ser cortés aquel que no ha recibido una

"debida educación".

Dado que su forma particular de manifestarse es una convención social y dado que proscribiremos aspectos de los más arraigados de nuestro ser, la cortesía comienza a manifestarse a través del núcleo familiar. En éste se producen los pasos necesarios conducentes a lograr una educación adecuada.

A través de los actos de supervisión, repetición y aprendizaje reforzado, comienzan a indicarse las primeras prohibiciones. Éstas determinarán en todo momento aquellas conductas que deben ser desterradas por descortesías: no sonarse la nariz delante del interlocutor, no mirar hacia arriba, no sentarse con las piernas muy separadas, no arrastrar los pies, no hablar con las manos, no interrumpir al otro, etc.

Pero la propia educación de la cortesía se hace de manera cortés, porque quien educa es ya cortés:

El discurso de los padres muestra el deseo de minimizar el aspecto autoritario de este aprendizaje (Zaidman, 1993: 174).

Tomemos un ejemplo de Bernstein (1975). Cuando la madre quiera que su hijo se calle le dirá *querido, sería mejor que hicieras menos ruido* y no simplemente *cállate*. El niño, por su parte, entenderá que su madre le está pidiendo que se calle. Porque aprendió a ser sensible a este tipo de frases.

La cortesía rechaza las frases cortas. De tal modo no bastará decir buenos días, sino que es preferible decir buenos días, señora (Miension-Rigau, 1993: 168).

La cortesía, en este sentido, atenta contra el principio de economía del lenguaje.

Haber internalizado el mundo a través del lenguaje desde sus primeros años de vida, dificulta que el niño, con posterioridad, tome conciencia de que así como existe el que él internalizó, hay también otros:

Las personas que se han criado en diferentes culturas aprenden desde niños, sin que jamás se den cuenta de ello, a excluir cierto tipo de información, al mismo tiempo que atienden cuidadosamente a informaciones de otra clase. Una vez instituidas, esas normas de percepción parecen seguir perfectamente invariables toda la vida (Hall, sin fecha: 61).

Nuestros actos son vividos interiormente. Su visión exterior responde a una necesidad, es siempre interesada.

El hombre es un ser reflejado. Con esto queremos decir dos cosas. Por una parte que necesita de la mirada de los otros para verse a sí mismo. Más aún: esa mirada lo constituye. Y, por otra, que, a pesar de contar con esa mirada ajena, no consigue verse de forma completa.

Del mismo modo que el lenguaje surge como resultado de un quiebre -de una no coincidencia entre organismo y medio- una vez instalados en el ámbito del lenguaje, éste se utiliza para explicitar preferentemente aquello que rompe con lo 'normal'.

La norma se establece socialmente. Si la norma es que los trenes lleguen puntuales, lo anormal, lo marcado referencialmente, aquello que llamará nuestra atención y nos inducirá a mencionarlo será, precisamente, el atraso de algún tren. Somos extremadamente menos sensibles a lo normal que a lo anormal. Por eso, lo más evidente es, con frecuencia, lo que menos vemos:

Hay (...) un gran obstáculo para estudiar el sentido de los objetos, [y el de las palabras] y este obstáculo lo llamaría el obstáculo de la evidencia: si hemos de estudiar el sentido de los objetos, tenemos que darnos a nosotros mismos una especie de sacudida, de distanciamiento, para objetivar el objeto, estructurar su significación (Barthes, 1993: 250).

Estamos hasta tal punto sumidos en nuestras rutinas, en el normal acontecer de nuestra vida cotidiana que debemos hacer un enorme esfuerzo para recordar que nuestra realidad es un constructo social (Berger/Luckmann, 1991).

Por lo demás, la estabilidad y la buena salud de nuestras sociedades dependen en gran medida de esta ceguera en quienes la componen. A los sistemas imperantes de nuestras sociedades no les interesa que a cada paso los ciudadanos vean lo arbitrario de su composición. Les interesa más que piensen que el orden establecido es el único posible y que no se planteen la posibilidad de uno alternativo.

Pero las dificultades que nos impiden "ver" no terminan aquí. Estamos condicionados por nuestro propio organismo a percibir los estímulos de forma inevitablemente selectiva. La habituación es uno de los factores que nos permiten dejar de atender, al menos de modo consciente, a cosas que antes atendimos. De este modo, estímulos que constituyeron -en términos gestálticos- la figura para nuestra atención, pasan a convertirse en el fondo

de nuevas figuras, de nuevos estímulos, aunque sigan existiendo en un nivel preconscious (Wertheimer, 1922; Koffka, 1935; De Vega, 1984).

Un acto muchas veces repetido crea en nosotros una habituación que nos permite ejecutarlo como pauta, con un mínimo de esfuerzo. Es decir, que dicha ejecución se vuelve independiente de nuestras decisiones conscientes.

De acuerdo con los significados otorgados por el hombre a su actividad, la habituación torna innecesario volver a definir cada situación de nuevo, paso por paso (Berger / Luckmann, 1991: 75).

La habituación contribuye, por lo tanto, a que dejemos de tomar la distancia necesaria de nuestros actos para poder mirarlos y cuestionarlos.

Contribuye también a nuestra ceguera el hecho de que nacemos en un orden social establecido:

Como el niño no interviene en la elección de sus otros significantes, se identifica con ellos casi automáticamente. El niño no internaliza el mundo de sus otros significantes como uno de los tantos mundos posibles: lo internaliza como el mundo, el único existente y que se puede concebir, el mundo tout court (Berger / Luckmann, 1991: 171).

La realidad es, por tanto, un constructo social. El lenguaje, como hemos dicho, es el principal instrumento tanto de mantención como de regeneración de esa realidad que no es otra cosa que nuestro mundo.

Una cierta ceguera es necesaria para la mantención de ese orden y es, por otra parte, inherente a nuestra condición humana:

El hombre de la calle no suele preocuparse de lo que para él es 'real' y de lo que 'conoce' a no ser que algún problema le salga al paso. Su 'realidad' y su 'conocimiento' los da por establecidos (Berger / Luckmann, 1991: 14).

De una persona que está bien y se mueve libremente en su ambiente decimos que está "como pez en el agua".

Del mismo modo que un organismo plenamente adaptado a su medio no necesita de receptores sensoriales para darse cuenta del estado actual del mismo (Hörmann, 1973), sólo puede estar "como pez en el agua" quien no tiene o ha perdido hasta cierto punto la conciencia de sí mismo. Quien no piensa o no cuestiona su condición. Aunque esto no se consigue de forma absoluta, hay una base sólida en la que el hombre está inmerso y desde la cual mira y cuestiona aspectos solo puntuales de su modo de actuar y, eventualmente, de ser:

'Lo que yo soy' no está tan a mi alcance. Para que así ocurra se requiere que me detenga, que interrumpa la espontaneidad continua de mi experiencia y retrotraiga deliberadamente mi atención sobre mí mismo. Más aún, esa reflexión sobre mí mismo es ocasionada típicamente por la actitud hacia mí que demuestre el otro. Es típicamente una respuesta de 'espejo' a las actitudes del otro (Berger / Luckmann, 1991: 47).

En el lenguaje este hecho encuentra su correlato. Como advierte Lakoff (1991), las metáforas -por ejemplo las orientacionales- están hasta tal punto en relación con nuestra estructura corporal, con nuestro modo de habitar el espacio, que no tenemos conciencia de que se trata precisamente de metáforas. Cuando decimos, por ejemplo, *levantar el ánimo* no somos conscientes de que es nuestra postura erguida y el hecho de que la cabeza ocupe la parte superior de nuestro cuerpo, lo que nos hace valorar 'arriba' como positivo y 'abajo' como negativo:

Estas orientaciones espaciales surgen de que tenemos cuerpos de un tipo determinado (...) Estas orientaciones metafóricas no son arbitrarias, tienen una base en nuestra experiencia física y cultural (Lakoff, 1991: 50).

Así también, por lo general, somos inconscientes del lenguaje que usamos al hablar. Elegimos cada oración pero esa elección es casi automática, no nos significa detenernos a discernir entre una frase y otra.

Nuestra lengua materna es el agua de la cual somos los peces. Nos movemos en ella y con ella libremente, sin detenernos más que muy puntualmente a mirarla. Ella, por lo demás, se nos hace evidente solo cuando se enturbia. La vemos solo cuando por algún motivo nos ofrece resistencia -incluso quienes pretendemos estudiarla y verla siempre-.

De igual modo que somos incapaces de mirarnos las facciones sin la ayuda de un espejo -y aun con éste las vemos invertidas- somos incapaces de mirar nuestro propio uso del lenguaje. Somos incapaces de instalarnos en un metalenguaje. Si es metalingüístico hablar con el lenguaje acerca del propio lenguaje, decir, por ejemplo: "en español el término *mamá* hace alusión al lenguaje infantil", podemos estudiar lo que decimos del lenguaje pero se nos escapa el lenguaje con el que lo decimos. Otra persona pudo haber dicho: "*mamá* hace alusión al balbuceo de los niños" y, consideraríamos que ambas han dicho lo mismo:

Prestamos atención a lo que se dice, pero raramente nos interrogamos sobre el modo cómo el lenguaje permite decir las cosas. Sólo cuando la comunicación se interrumpe, tal vez lleguemos a darnos cuenta del lenguaje como tal lenguaje (Gumperz / Bennett, 1981: 9).

Llamaremos "nudos" a los conflictos causantes de interrupciones en la comunicación.

Cuando un conflicto de este tipo se nos presenta, éste nos obliga a "distanciarnos" de nuestro lenguaje, a objetivarlo, a tomar conciencia de él para poder elegir las palabras precisas. Si, por ejemplo, queremos rechazar una invitación, debemos buscar las palabras que expliquen nuestro rechazo evitando, sin embargo, herir a nuestro invitante. Esas palabras deben cumplir la función de atenuar nuestra negativa.

El rechazo a una invitación reclama una explicación, no así la aceptación. La explicación, en este caso, atenúa el rechazo.

Como advierte Beatriz Gallardo (1990) en su artículo: "En torno a la preferencia como concepto del análisis conversacional", la noción de preferencia acuñada por los etnometodólogos norteamericanos, no debe pasarnos inadvertida si buscamos las causas de que haya turnos de habla cuya realización nos ofrece menos resistencia que otros.

Los teóricos del Análisis de la Conversación la conciben como una negociación en la que existen turnos preferidos, turnos no preferidos y, entre ambos, una serie de soluciones intermedias (Gallardo, 1993).

Quien hace una invitación espera ser aceptado. El rechazo a su invitación corresponde a un turno de habla no preferido. El rechazo reclama una explicación, una atenuación del rechazo. La discrepancia debe ser argumentada. De aquí que, si bien la duración de la pausa entre una invitación y un turno preferido (la aceptación) es mínima, la pausa entre una invitación y un turno no preferido sea más prolongada. La respuesta en este caso no es 'automática'.

Por una parte el interlocutor necesita tiempo para preparar una argumentación más compleja, pero, por otra, la mayor duración de la pausa ya anuncia a quien hizo la invitación una respuesta negativa de su interlocutor. En este sentido el silencio también significa: la pausa (silencio entre palabras) es análoga a algunos de los atenuantes (palabras hasta cierto punto vacías de significado cuya función es retardataria).

Sobre las posibles segundas partes alternativas opera una jerarquización, de modo que existe al menos una categoría de respuesta preferida y otra no preferida, cuyos rasgos formales corresponden a los señalados por Pomerantz. De esta forma, tenemos el siguiente cuadro:

1ª parte	2ª parte preferida	2ª parte no preferida
petición	concesión	negativa
invitación	aceptación	rechazo
ofrecimiento	aceptación	rechazo
pregunta	resp. Esperada	resp. no esperada
reproche	negativa	admisión
juicio	conformidad	desacuerdo

(Gallardo, 1990: 344)

Llama la atención que los turnos despreferidos, independientemente de que respondan a una pregunta, a una petición o a una oferta, tienen mucho más de común entre sí que los turnos preferidos. Precisamente, lo que tienen de común es que, puesto que suponen una molestia para el interlocutor, requieren de la atenuación.

La estructura de estos turnos suele contar con los siguientes elementos (Levinson, 1989: 322):

(a) **demoras:** (i) con una pausa antes de hablar, (ii) con el empleo de un prefacio,

(iii) con el desplazamiento [de la respuesta] durante algunos turnos.

(b) **prefacios:** (i) el empleo de marcadores o anunciadores de respuestas despreferidas como Eh ..., Ah ... y (...) 'bueno', (ii) la producción de muestras de conformidad antes de expresar desacuerdo, (iii) el empleo de apreciaciones si es pertinente (para ofertas, invitaciones, sugerencias, consejos), (iv) el empleo de disculpas si es pertinente (para peticiones, invitaciones, etc.), (v) el empleo de atenuadores (por ej. (...) 'no lo sé seguro, pero ...'), (vi) varias formas de vacilación, incluyendo la autocorrección.

(c) **justificaciones:** explicaciones cuidadosamente formuladas del por qué del acto (despreferido).

(d) **componente de declinación:** cuya forma se ajusta al carácter de la primera parte del par, aunque característicamente indirecto o atenuado.

"Demoras"; "prefacios"; "justificaciones" y "deponentes de declinación" propios de los turnos no preferidos, pueden ser considerados recursos de atenuación.

En la conversación la pausa que separa un turno del anterior suele ser muy breve. Sin embargo, es significativamente mayor cuando el segundo es un turno no preferido, su formulación requiere de un tiempo mayor.

Antonio Briz Gómez (1995: 103) hace un interesante estudio de la atenuación, resaltando su condición de categoría pragmática: "La atenuación en la conversación coloquial. Una categoría pragmática".

El autor considera que la atenuación debe ser estudiada, fundamentalmente, en el ámbito de la conversación. Puesto que los recursos de atenuación no son exclusivamente semánticos sino, prioritariamente, pragmáticos deben ser considerados:

Estrategias conversacionales que regulan la relación interpersonal y social entre los participantes de la enunciación (Briz, 1995: 103).

Contrapone la estrategia de la atenuación a la de la intensificación y advierte que para propiciarla, el hablante se sirve de las más variados recursos. De este modo, los recursos de atenuación pueden ser tanto léxicos como morfológicos, fonéticos o sintácticos, sin descartar "recursos fónicos de carácter suprasegmental como la entonación, la intensidad y el tono [de voz]." (Briz 1995: 106)

Esta amplia gama de recursos lleva al autor a establecer una primera distinción según el tipo de modificación que ejercen. Distingue entre atenuación por modificación interna, que se consigue, por ejemplo, por medio de los *diminutivos*, y atenuación por modificación externa, lograda, por ejemplo, por medio de una *lítóte* o de *fórmulas estereotipadas* como *perdón*.

Briz entiende la atenuación como una estrategia de la cortesía por medio de la cual el hablante minora sus propias cualidades o bien los defectos del interlocutor. Una vez caracterizada, distingue entre:

- a) atenuación pragmática performativa y
- b) atenuación semántica.

Aquí nos referiremos exclusivamente a la primera.

Por medio de la atenuación pragmática se atenúa la fuerza ilocutiva de los actos de habla. Esto puede lograrse, en primer lugar:

a) por modificación del verbo performativo:

- *Quisiera-querría que vinierais a mis bodas de plata*
- *Quiero invitarle a mi boda*
- *Si quieres que te dé mi opinión, no vayas.*
- *Pásame la sal ¿quieres?*
- *¿Te molesta que me siente?; No te importa que me siente ¿verdad?*
- *¿Me haces el favor de poner el libro allí?*

(Briz, 1995: 110 - 1)

Antes de seguir adelante, detengámonos a observar estos ejemplos tomados del español peninsular. Mi competencia como hablante chilena y la opinión de algunos conciudadanos me permiten afirmar que en nuestro país estos enunciados no son debidamente atenuados. A ellos corresponderían enunciados como los siguientes:

- *¿Sabes? vamos a celebrar nuestras bodas de plata y me encantaría que fueras.*

- *Me gustaría invitarlo a mi matrimonio.*

Es necesaria una explicación previa a la formulación de la invitación. El verbo querer en presente es demasiado directo. Si se lo utiliza ha de ser en condicional.

- *Oye, yo no tengo por qué meterme pero te aconsejaría, por tu propio bien, que no fueras.*

La excusa por la intromisión ha de ser explícita. El imperativo final resulta chocante. El enunciado que propone Briz no nos parece atenuado e incluso, por el contrario, resulta "mal educado".

- *Perdona, me podrías pasar la sal; te molesto con la sal; me pasas la sal, por fa.*

Las excusas por las molestias que presuntamente se va a causar al interlocutor suelen preceder a la petición.

- *¿Te importaría si me siento un ratito/un minuto?; ¿me puedo sentar?*

Lo esperable, es, por lo demás, que sea el anfitrión quien invite a sentarse al visitante. Si no lo hace, el silencio es signo suficiente para que el visitante entienda que no debe sentarse y que su visita debe ser breve.

- *Te pido un favor, ¿pon este libro allí?; por favor, puedes poner este libro allí; te importaría poner el libro allí.*

En cierta ocasión le dije en Valencia al hombre que traía el gas: *señor, ¿puedo pedirle un favor?* y él dejó en evidencia lo retórica de mi pregunta en su respuesta: *poder, puedes pedirme los que quieras.*

En términos generales, estos ejemplos revelan que el hablante chileno le deja a su interlocutor una mayor libertad de acción que el español. Más adelante postularemos esto como un rasgo diferencial fundamental entre las actitudes del hablante chileno y del hablante español.

La atenuación pragmática performativa puede también lograrse:

b) por la acción de por sí atenuadora del verbo performativo (pensar, creer, imaginar, parecer) (Briz, 1995: 111).

La atenuación pragmática puede también operar por "modificación al margen" (Briz, 1995: 111). En este caso se recurre a fórmulas estereotipadas, modismos, locuciones, etc.:

- *Siento darte la paliza a estas horas, pero es que necesito que me traigas los apuntes de lengua del martes.*

- *A decir verdad, no me había dado cuenta.*

- *Déjame, por favor.*

- *Oye, ven.*

Con otras fórmulas: *si no me engaño; puede que me equivoque, pero; por lo que dicen; según cuentan; etc.* (Briz, 1995: 111).

Un tercer tipo de atenuación pragmática se consigue por medio de la "elipsis de la conclusión" (Briz, 1995: 112).

En el siguiente ejemplo, la conclusión elidida corresponde a una petición: *¿tú tendrás tabaco rubio por ahí, por casualidad?* (Briz, 1995: 112).

Notemos que a esta expresión habría correspondido en Chile la aún más atenuada: *¿no tendrías tabaco rubio por ahí, por casualidad?* El uso del condicional es mucho más recurrente en Chile que en España. Muy probablemente se habría elidido el pronombre *tú*, quedando así difuminada la alusión directa al interlocutor. Por último, es habitual en Chile introducir una pregunta por medio del adverbio de negación *no*. Con esto se le ofrece explícitamente al interlocutor la posibilidad de dar una respuesta no preferida. El hablante que pregunta: *¿no te tomarías un cafecito?*, está "dispuesto" a recibir por respuesta una negativa. Hay que observar también que el diminutivo de la pregunta anterior es un atenuante con un valor afectivo. Aun no está en discusión el tamaño del café que se tomarán los interlocutores. El diminutivo en *cafecito* implica: un café en un tiempo breve. Aquí, nuevamente, se prepara el terreno para que el invitado responda: *ya, pero rapidito porque tengo que hacer.*

Respecto de la atenuación por elipsis de conclusión nos dice Briz:

Algunas de las llamadas estructuras suspendidas, características del registro coloquial, tienen una explicación desde la categoría pragmática de la atenuación. No en vano éstas constituyen un ejemplo magnífico de elisión estratégica de la conclusión (Briz, 1995: 113).

En el capítulo III. 4., analizaremos algunos ejemplos de la atenuación en el castellano de Chile. Retomaremos, en esa ocasión, el estudio de Briz que aquí sintetizamos.

La pragmática surge hace más de medio siglo como reacción a los estudios lingüísticos que hacían caso omiso de la situación comunicativa concreta en la que se realizaban los enunciados. Este cambio de perspectiva supone hacerse cargo de la función que juegan en la comunicación los interlocutores y el contexto.

Emprendemos nuestro estudio partiendo de la consideración de los elementos que forman parte de la situación comunicativa e identificando la atenuación con el gesto de tomar distancia.

El hablante necesita "tomar distancia":

distancia de sí mismo.
distancia del mensaje.
distancia del receptor.
distancia del tiempo presente (tiempo de la enunciación).

2.1. El distanciamiento del emisor

Así como el resto de los animales, el hombre frente al peligro tiende a la huida. Por eso, análogamente a la distancia física que el hombre toma de elementos -como puede ser el fuego- que representan para él un peligro, en la comunicación lingüística (oral y escrita) el emisor se distancia -esta vez metafóricamente- del yo de la enunciación y de los demás elementos que forman parte de la situación comunicativa: *receptor* y *mensaje*.

El emisor consigue tomar distancia de la autoría de su enunciado simulando pasar del campo de referencia que le corresponde como hablante en la conversación al que corresponde al oyente o a la tercera persona que es siempre un ausente.

Alcina y Blecua (1994: 594) observan que este cambio de eje puede deberse, entre otras, a razones de modestia o de servidumbre. Independientemente de cuáles sean las razones, el distanciamiento del yo del hablante puede ser considerado un recurso de atenuación. Haverkate (1994: 131), si bien no habla propiamente de atenuación, denomina a esta estrategia deíctica "desfocalización" y la define como "una táctica de distanciamiento manejada por el hablante para reducir o minimizar su propio papel o el del oyente en lo descrito".

Los procedimientos utilizados son los siguientes: cambio de la primera persona por la segunda, cambio de la primera por la tercera e impersonalización de los enunciados.

2.1.1. Cambio del pronombre personal yo por el de segunda persona singular *tú*.

Por medio de este cambio, el hablante generaliza su experiencia e involucra al oyente en su propia vivencia:

Con tantos gritos no oigo nada / Con tantos gritos no oyes nada (*Apud Alcina / Blecua, 1994: 594*).

El hablante sugiere que su experiencia personal es general y compartida por todos, y, por lo tanto, también por el oyente. Generalizando así su propia experiencia, el hablante protege su imagen puesto que resta autoridad a sus palabras. Es en este sentido que podemos hablar de distancia. Por medio de esta estrategia, el hablante puede querer evitar que se le dirija una crítica personal, es decir, proteger su imagen positiva (retomando el modelo de cortesía propuesto por Brown y Lévinson). También puede ser un recurso para dar un estatus de objetividad a un tema que le compete de forma particular pero cuyo tratamiento le resulta delicado.

Al utilizar el pronombre *tú*, el hablante establece con el oyente una relación de solidaridad que contribuye a involucrarlo afectivamente y a hacerlo cómplice de sus palabras. Haverkate (1994) advierte que esta "estrategia desfocalizadora" puede serle útil al hablante que ha cometido una acción desfavorable para el oyente:

Lo que queda implicado por el carácter no específico de la referencia desfocalizadora es que el oyente habría podido provocar la misma situación. Así, por ejemplo, una persona, al chocar con otra en una escalera, puede justificar su comportamiento diciendo: *está tan oscuro aquí que no ves prácticamente nada*.

La interpretación generalizadora de este ejemplo salta a la vista si lo comparamos con [el siguiente], que contiene una referencia específica al oyente: *está tan oscuro aquí que (tú) no ves prácticamente nada (...)* La paráfrasis no desfocalizada, por último, que por razones obvias deja de atenuar la fuerza del acto de habla, se construye mediante la referencia específica al hablante mismo, como puede verse en: *está tan oscuro aquí que (yo) no veo prácticamente nada* (Haverkate, 1994: 135 - 7).

2.1.2. Paso del eje de referencia del emisor al de la tercera persona

Es usual el cambio del pronombre personal *yo* por el pronombre *uno* para introducir un distanciamiento del hablante. El empleo del impersonal en lugar de la primera persona contribuye a la atenuación:

Yo no puedo hacerlo / un servidor no puede hacerlo; En ocasiones me encuentro perdido / en ocasiones uno se encuentra perdido (Alcina / Blecua, 1994: 594).

2.1.3. Oraciones impersonales con SE

Haverkate (1994: 135), en la línea de las gramáticas descriptivas tradicionales, recuerda que puede usarse con fines atenuadores el pronombre pseudorreflexivo *se*: *Se consultó a los diputados*

2.1.4. Manifestación de la subjetividad del hablante

Decíamos que, independientemente de la cortesía -dada básicamente por la relación entre los interlocutores- podemos hablar de atenuación en la relación que el hablante establece con su propio discurso. Mientras más evidentes sean las marcas de la subjetividad del hablante, más atenuado será el discurso. En este sentido, nuestro castellano resulta más atenuado que el peninsular por la mayor frecuencia de enunciados de este tipo entre

los hablantes de clase media y alta en nuestro país.

Es frecuente, como veremos en el siguiente fragmento, encontrar juntas en un mismo enunciado más de una de estas fórmulas enfatizando su carácter no apodíctico:

Por ejemplo, si nosotros quisiéramos comparar ... eh ... la ... la com ... eh ... el estilo arquitectónico de Nôtre Dame de París, que también es un arte gótico, si lo comparáramos com... eh... la catedral de San Vito Guy ... eh ... en realidad ... eh ... desde mi punto de vista, ¿no?, de la impresión que esto me ha causado a mí, yo considero que es muy superior la Catedral de san Vito en cuanto a estilo y a pureza de líneas ¿no? (Rabanales, 1990: 559)

2.2. El distanciamiento del mensaje

El lenguaje está culturalmente pautado en lo que se refiere al tratamiento de los diversos temas. En ocasiones, la atenuación es necesaria dada la dificultad de tratar algunos de ellos. Estos temas varían de cultura en cultura y, dentro de cada cultura, varían en los distintos estamentos sociales:

El lenguaje domesticado, censura naturalizada, que proscribe las palabras 'gruesas', los chistes 'groseros' y los acentos 'ordinarios', va a la par con la domesticación del cuerpo que excluye cualquier manifestación excesiva de los apetitos o de los sentimientos (tanto los gritos como las lágrimas o las gesticulaciones) y que lo somete a todo tipo de disciplinas y de censuras con objeto de desnaturalizarlo (Bourdieu, 1985: 61).

2.2.1. Tabúes y eufemismos

Tal vez el ejemplo más claro de la existencia de temas "prohibidos" lo encontremos en los tabúes lingüísticos y en sus correspondientes eufemismos:

No debe entenderse sólo por esto que existan palabras -en el sentido lexicográfico del término- que no deban ser pronunciadas, o que únicamente deban serlo en determinadas circunstancias, estrictamente definidas (...) Existen temas que, en su totalidad, están prohibidos y protegidos por una especie de ley del silencio (Ducrot, 1982: 11).

En este caso es el eufemismo el que cumple la función atenuante. Atenúa el tratamiento del tema "prohibido".

2.2.2. Actos de habla

La expresión de la orden

Pero sin necesidad de llegar al extremo de los temas tabúes, en la interacción comunicativa más cotidiana realizamos permanentemente una serie de actos de habla que consideramos que pueden amenazar en mayor o menor medida la faz positiva o la negativa del interlocutor o las del propio hablante (Brown y Levinson). Para enunciarlos recurrimos sistemáticamente a la atenuación. La mayoría de las veces lo hacemos de forma automática y no somos conscientes de que estamos recurriendo a esta estrategia comunicativa.

En relación a los actos ilocutivos, suelen aparecer de forma atenuada cuando el hablante supone que pueden poner en peligro al interlocutor.

Uno de los más evidente de estos actos es el de *ordenar* porque, como dijimos cuando hablamos de la cortesía, al hacerlo, el hablante invade el territorio del interlocutor, lo priva de su libertad de acción, amenaza su faz negativa.

Podemos prescindir del imperativo y remplazarlo por una expresión amable. De este modo es posible suavizar la orden hasta hacer que formalmente

deje de serlo. Haciéndolo transferimos al interlocutor la decisión de hacer o no hacer aquello que le impone nuestra autoridad y su dependencia u obligación.

Una vez más, intervienen en estos matices los tiempos verbales con que manifestamos nuestra voluntad: *quisiera (o querría) un café*, omitiendo la condición que completaría la frase *si usted pudiera traérmelo*; o bien *quería un café* formulando nuestro deseo como cosa pretérita. Otras veces interrogamos: *¿tendría usted la bondad de ... ?, ¿quiere usted ... ?*

Las gramáticas -sirva como ejemplo el *Esbozo*- las denominan oraciones exhortativas (indicativas de mandato o prohibición). En ellas la exhortación se nos presenta como una suerte de mandato atenuado, sin la crudeza del imperativo, en la medida en que incluye un componente rogativo expresado a través del presente de subjuntivo.

Cuando esta segunda persona tenga cierta autoridad o le concedamos ciertos respetos, no se usa el imperativo, sino el presente de subjuntivo en 3ª persona. Y del mismo modo recurrimos al empleo de esta tercera persona cuando el referente no está presente: *los soberbios sean confundidos; el negligente pague su dejadez* (Real Academia Española, 1986: 361).

Finalmente la cortesía para atenuar el mandato es expresable a través del condicional o bien de verbos subjetivos de carácter desiderativo (*querer y desear*). También la petición resulta atenuada al emplear la forma verbal en determinados tiempos o modos como el imperfecto o el condicional:

Para expresar el deseo con modestia y cortesía, nos servimos a veces de los verbos *querer y desear* en el condicional o en la forma *-ra* del pretérito imperfecto del subjuntivo, y decimos: *desearía pedirte un favor; quisiera decirte dos palabras* (Real Academia Española, 1986: 362 - 3).

Notemos que al recurrir al condicional o al imperfecto del subjuntivo, lo que se elude es el presente, momento en el que la interacción 'cara a cara' tiene lugar. Sin embargo, volviendo a la definición del DRAE, el oyente comprende que la intención del que habla cuando le dice *desearía pedirte un favor* es pedírselo en ese preciso momento.

Para preservar la imagen del interlocutor, la cortesía y la atenuación le permiten al hablante una mayor libertad o, lo que es igual, le otorgan un mayor poder de decisión. Cuando proferimos un mandato a un inferior en autoridad o poder y utilizamos un imperativo, lo hacemos amparados por nuestra situación de superioridad. Nuestro interlocutor no tiene opción, debe obedecer nuestra orden. Sin embargo, cuando nuestra jerarquía equivale o es inferior a la de nuestro interlocutor, nada nos garantiza su obediencia, de tal forma que una orden debe dar lugar a una petición y nuestro interlocutor puede acceder o no a realizarla.

Puedo ordenar a mi jardinero que plante un determinado tipo de flores pero no puedo ordenar lo mismo a una amiga que ha venido a hacerme una visita. Sí, en cambio, puedo pedirle que lo haga, pero dejándole la libertad de acceder o de negarse a mi petición.

A mi jardinero puedo decirle: *plante estas flores*. A mi amiga, en cambio, solo puedo preguntarle: *¿me podrías plantar estas flores?* Hay, por lo tanto, ocasiones en las que la petición es una orden atenuada. Cortesía y atenuación se hacen necesarias cuando la relación entre los interlocutores no establece el deber de uno de ellos de servir al otro.

Mientras mayor sea la incertidumbre del hablante de conseguir lo que quiere de su interlocutor, más atenuada tendrá que ser su petición. En este caso es el imperativo el que debe ser atenuado. El grado de atenuación dependerá tanto de lo que se pida como del tipo de relación que exista entre los interlocutores.

Fórmulas de petición

En las fórmulas de petición se puede establecer una gradación de menos a

más atenuadas.

- Interrogación: *¿me das un cigarro?*

- Interrogación + verbo modal en presente: *¿puedes darme un cigarro?; ¿quieres darme un cigarro?*

- Interrogación + verbo modal en condicional: *¿podrías darme un cigarro?; ¿querrías darme un cigarro?*

- Interrogación + *tener la amabilidad de ...* + condicional: *¿tendrías la amabilidad de darme un cigarro?*

2.3. El distanciamiento del receptor. Relaciones recíprocas y relaciones no recíprocas

En lo que se refiere a los interlocutores, debemos distinguir los que son considerados válidos de los que no lo son.

La jerarquía social de los interlocutores es uno de los elementos que debe ser tenido en cuenta para considerar el grado de validez que se otorgan unos a otros. En una sociedad estratificada socialmente suele ocurrir que las personas de clase alta no consideren interlocutores válidos en todos los ámbitos de conversación a las que pertenecen a la clase baja.

Se hace necesario establecer una distinción entre la atenuación que se da entre interlocutores de igual jerarquía social, de aquella que se da entre interlocutores de distinta jerarquía. Su motivación será distinta en uno y otro caso.

Si entendemos la atenuación como una estrategia discursiva, es evidente que el hablante deberá atenuar, ante todo, aquellos enunciados por medio de los cuales busque influir sobre la conducta o la actitud de su interlocutor. En este sentido podemos decir que a mayor incertidumbre del hablante de obtener una respuesta favorable de su interlocutor, mayor necesidad tendrá de atenuar su enunciado:

Conseguir la colaboración del destinatario es una de las tareas fundamentales de la comunicación (Escandell, 1993: 159).

Aquí juega un papel determinante la jerarquía social de los interlocutores. Si hay entre ellos una relación de servicio socialmente establecida, si un hablante de clase alta cuenta con los servicios de un interlocutor de clase baja, no tendrá necesidad de atenuar sus peticiones puesto que la colaboración de su interlocutor le está garantizada.

Inversamente, el hablante de menor jerarquía tendrá que hacer uso de un máximo de recursos de atenuación si quiere conseguir algo de uno de mayor jerarquía social puesto que no está establecido socialmente que el último deba satisfacer su petición.

Ilustremos esto con la petición de un préstamo de dinero:

Entre interlocutores del mismo rango social, cuanto mayor sea la suma que una persona quiera conseguir de un amigo -cuanto mayor sea el costo para el interlocutor-, más atenuada tendrá que ser su petición. Las explicaciones, las disculpas, las promesas de una pronta devolución son, en este sentido, recursos de atenuación.

El grado de confianza que exista entre los interlocutores también será significativo. A mayor confianza, menor necesidad de atenuar el pedido y viceversa.

Si quien pide el préstamo es de menor jerarquía social que quien lo concede, el uso de recursos de atenuación para justificar la petición es ineludible.

En las relaciones no recíprocas la atenuación opera, fundamentalmente, de abajo hacia arriba. En alguna medida es producto de una "baja autoestima", de lo que podríamos considerar una "autonegación" de los hablantes de clase baja cuando se dirigen a los de clase media y alta. Esta autonegación se ve reforzada, por supuesto, por la negación que de estos hablantes

hacen los de las clases más poderosas. No los consideran interlocutores válidos.

En virtud, precisamente, de su mayor jerarquía los hablantes de clase alta no quedarán expuestos frente a sus interlocutores de clase baja. Por eso cuando se dirijan a ellos tendrán menos necesidad de hacer uso de los recursos de atenuación que cuando se dirijan a sus pares de clase alta. Las fórmulas de tratamiento, en la medida en que delimitan las relaciones recíprocas y las no recíprocas, son un claro reflejo del tipo de relación que se establece entre los interlocutores en una determinada sociedad:

Parece ser un Universal lingüístico (...) que en las formas de tratamiento están cifradas las dimensiones de la solidaridad y del status (...) (la solidaridad se basa en la igualdad, el status en la desigualdad de la posesión de atributos valorados positivamente) (Hörmann, 1967: 413 - 4).

Los interlocutores de igual nivel socioeconómico establecen entre sí relaciones recíprocas marcadas básicamente por el pronombre personal *tú*. Si la distancia social es significativa, ésta estará marcada por el tratamiento de *usted* por parte del de menor jerarquía.

En las relaciones no recíprocas los hablantes de mayor jerarquía social tratarán de *tú* a los de menor jerarquía. Se trata del uso del pronombre *tú* no recíproco.

Sólo podemos hablar de atenuación cuando, en el nivel paradigmático, el hablante, al elegir un enunciado, ha podido optar por otros; y, el enunciado elegido ha sido el que suponía mayor "toma de distancia" de uno o varios de los elementos que configuran la situación comunicativa.

El uso de las fórmulas de tratamiento, en la medida en que están socialmente fijadas, no deja opción alguna al hablante. No pueden, por lo tanto, ser considerados recursos de atenuación. Sin embargo, son un claro indicador de la relación que se establece entre los interlocutores y, en este sentido, son un indicio del tipo de atenuación que con toda probabilidad encontraremos en las interacciones verbales que tengan lugar entre ellos.

2.4. Distancia del tiempo presente

El hablante, por otra parte, debe tomar distancia del tiempo presente, el tiempo de la enunciación. Precisamente su condición de 'tiempo de la enunciación' es lo que hace que en determinadas circunstancias se atribuya al presente una carga de dureza. Para atenuarlo se recurre a otros tiempos verbales o se hace uso de los modos subjuntivo y condicional:

El imperfecto de cortesía atenúa la dureza del presente. *Bueno, yo venía a hablarte de un asunto de importancia* (Alicina / Blecua, 1975: 789).

El uso del condicional en peticiones que, en rigor, deberían ser formuladas en presente: *¿me podría pasar la sal, por favor?*, es tan habitual que las gramáticas se han visto en la necesidad de darle un nombre específico. Alicina y Blecua (1975: 789), por ejemplo, nos hablan del "imperfecto de cortesía", cuya función es atenuar la dureza del presente.

2.5. El canal. Conversación y escritura

Es el contacto directo con el fuego lo que representa para el hombre el peligro de quemarse. A una distancia prudente de una fogata, el hombre puede beneficiarse del calor que emana de ella sin, por ello, exponerse a sufrir quemaduras.

Sin embargo, depende del hombre la distancia que tome del fuego. Una

fogata vista a través de una pantalla cinematográfica o en una fotografía garantizan al espectador que está fuera de todo peligro de quemarse. Pero, junto con resguardarlo del peligro, la distancia que imponen la pantalla o el papel impide, también, que el espectador se beneficie del calor del fuego. En la pantalla, el fuego, por real que pueda parecer, no es más que una evocación. Aquí ya no depende del espectador acercarse al referente de dicha evocación, de dicho signo. Aquí, el espectador está condenado a la distancia del fuego.

Análogamente, la imagen social de los participantes en la comunicación lingüística (oral y escrita) estará más expuesta en la medida en que éstos estén más cerca unos de otros. Los sociólogos Berger y Luckmann (1991) muestran cómo la conversación cara a cara es el tipo de interacción social en la que los participantes están más expuestos:

En la situación 'cara a cara' el otro se me aparece en un presente vívido que ambos compartimos (...) Mi 'aquí y ahora' y el suyo gravitan continuamente uno sobre otro (...) En la situación cara a cara el otro es completamente real. Esta realidad es parte de la realidad total de la vida cotidiana y, en cuanto tal, masiva e imperiosa. Es verdad que el otro puede ser real para mí sin que lo haya encontrado 'cara a cara', por conocerlo de nombre, por ejemplo, o por haberlo tratado por correspondencia. No obstante se vuelve real para mí en todo el sentido de la palabra solamente cuando lo veo 'cara a cara' (Berger / Luckmann, 1991: 46 - 7).

Por otra parte, los autores proponen que la realidad se construye socialmente y que la conversación -la forma más elemental de comunicación y de la que derivan todas las demás-, es mucho más responsable que la escritura de la creación y de la mantención de esa realidad:

El vehículo más importante del mantenimiento de la realidad es el diálogo. La vida cotidiana del individuo puede considerarse en relación con la puesta en marcha de un aparato conversacional que mantiene, modifica y reconstruye continuamente su realidad subjetiva (Berger / Luckmann, 1991: 191).

Sólo en la interacción comunicativa cara a cara el contacto entre los participantes es directo. Advierten los autores que, en ella, mi interlocutor es incluso más real para mí que lo que soy yo mismo:

Si bien es cierto que yo me conozco mejor, el conocimiento de mí mismo requiere de reflexión. El otro, en cambio, se me presenta de modo directo y "pre-reflexivo". Está permanentemente al alcance no sólo de mi voz sino además de mis sentidos. De este modo, en la interacción hablada el hablante tiene la ventaja de poder controlar la reacción de su oyente minuto a minuto, aunque con el inconveniente de exponer sus propios sentimientos (Brown / Yule, 1993: 24).

El texto escrito, al contrario de lo que ocurre en la conversación, no reúne en el mismo contexto espacio-temporal a su escritor con sus lectores. Por otra parte, el texto no revela el proceso de escritura que le dio origen. Todo lo que en él fue escrito y posteriormente borrado, la posible alteración del orden de sus párrafos o su posible absoluta reescritura permanecen ocultas para el lector que recibe el producto una vez que el escritor se ha desprendido de éste y lo ha considerado acabado. El lector está mucho más libre de presión por parte de la persona del escritor.

A diferencia del escritor solitario que a escondidas manipula su texto, los interlocutores, expuestos uno al otro, van emitiendo enunciados que en el propio momento de ser pronunciados se desvanecen y se pierden en el silencio. Lo único permanente en la conversación es la presencia de quienes la sostienen. Las palabras se pierden en el preciso momento de ser dichas. Habría que preguntarse si no lo hacen para impedirnos que las saquemos de su contexto. Sólo pueden ser entendidas cabalmente en relación a éste. Abstraerlas de ellos es privarlas de una parte importante de su significado.

Pero la distinción entre conversación y escritura no es suficiente para

determinar el grado de acercamiento que consiguen los participantes en la interacción comunicativa. Sin duda es en la conversación donde los participantes están más cerca unos de otros. Sin embargo, no en todos los tipos de conversación están igualmente expuestos. Muchas de las conversaciones que mantenemos cotidianamente están prácticamente fijadas y se limitan a un intercambio convencional de palabras. Piénsese, por ejemplo, en las palabras que intercambiamos cada mañana con el panadero o con el conductor del autobús:

En la vida cotidiana es probable que esta clase de 'negociación' pueda de por sí disponerse de antemano, de manera típica, como en el típico proceso de regateo entre clientes y vendedores. De tal modo, la mayoría de las veces mis encuentros con los otros en la vida cotidiana son típicos en un sentido doble: yo aprehendo al otro como tipo y ambos interactuamos en una situación que de por sí es típica (Berger / Luckmann, 1991: 50).

En esas situaciones son precisamente las pautas ya establecidas las que nos posibilitan interactuar sin exponernos de forma excesiva. A pesar de tratarse de conversaciones cara a cara, estamos menos expuestos a nuestro interlocutor de lo que estaríamos frente a un amigo con el que mantuviéramos una conversación de tono informal.

En efecto, siguiendo la caracterización que el Grupo Val. Es. Co. (1995: 27-35) ha hecho de la conversación, podemos decir que la mayor cercanía de los participantes en la comunicación lingüística está garantizada por la conversación con un máximo de rasgos coloquializadores. Los rasgos coloquializadores que consideran son los siguientes:

- *Relación de igualdad* entre los interlocutores, ya sea en cuanto a los papeles sociales (determinado por el estrato sociocultural, la profesión, etc.) o funcionales (provocados por la situación; por ejemplo, un catedrático y un peón de albañil ingresados en el hospital en la misma habitación son funcionalmente enfermos): la relación entre iguales favorece la coloquialidad (...)
- *Relación vivencial de proximidad*: conocimiento mutuo y experiencia común compartida entre los interlocutores (presuposiciones comunes).
- *Marco de interacción familiar* (no marcado) (...) cuanto más cotidiano sea el espacio interaccional para los hablantes, más probabilidades existen de que se desarrolle en él una conversación coloquial.
- *Temática no especializada*: el contenido enunciativo lo constituyen temas al alcance de cualquier individuo.

Precisan los autores que de los rasgos coloquializadores mencionados, los dos primeros hacen referencia a la relación dinámica entre los participantes en una conversación; el tercero señala la relación de los participantes con la situación comunicativa, y el cuarto tiene que ver con el tema conversacional (Val. Es. Co., 1995: 31).

Estos rasgos sumados a otros que consideran primarios: que se trate de una "conversación cara a cara"; que la alternancia de los turnos de habla sea "no predeterminada"; que haya "ausencia de planificación" y que su tono sea "informal", nos dan el perfil del tipo de conversación que propicia la mayor cercanía entre los interlocutores. Será en este tipo de conversación donde la imagen social de los participantes en la interacción comunicativa estará más expuesta. En ella los participantes son mucho más vulnerables que quienes toman parte en cualquier otra forma de comunicación.

La atenuación verbal sirve, precisamente, para salvaguardar la imagen social. Su mayor productividad estará, por lo tanto, en la conversación coloquial. Por eso, será observándola como mejor podremos aprehender su funcionamiento.

El hecho de que los interlocutores estén expuestos y sean vulnerables, hace que un componente fundamental de la conversación sea la negociación, tal como lo ha señalado Widdowson:

El modo ejecutivo del lenguaje hablado es sólo en parte consecuencia de las restricciones de procesamiento: también resulta de la condición típicamente

negociable del habla, de la participación recíproca que la origina (...) En la interacción hablada, los significados son manejados conjuntamente por emisor y receptor, contribuyendo cada uno de ellos a la elaboración acumulativa del discurso, presuponiendo cada enunciado las conclusiones alcanzadas en la parte precedente de la interacción. Cada enunciado encaja de este modo en un esquema extraído del diálogo anterior, en un proceso de constante reformulación (Widdowson, 1989: 248 - 9).

Junto con permitir la modificación progresiva de la información, la negociación permite salvaguardar la imagen social y la autoimagen de los interlocutores.

La escritura no compromete de forma directa al lector con el escritor ni a éste con sus lectores. Si un lector se aburre con una novela es libre de cerrarla y cambiar de lectura o de actividad. Esta libertad no la tiene el oyente aburrido por la conversación. No puede, sin más, abandonar al hablante o cambiar de tema. Debe negociar la retirada. Debe ocultar, atenuar su desagrado:

[La escritura] está abierta a interpretaciones variables. Dado que el lector no tiene ni voz ni voto en el desarrollo del discurso, el proceso interpretativo tiene lugar después de la comunicación, como acto de análisis (...) La escritura no es negociable. La interacción no está bajo un control conjunto: no puede haber ninguna refutación o corrección en el proceso de desarrollo del discurso, sino sólo como respuesta al producto textual. La escritura, por naturaleza, aleja a las personas de las implicaciones sociales inmediatas: fomenta la separación. Permite un compromiso sin participación (Widdowson, 1989: 248 - 9).

Del mismo modo que no podemos hablar de la conversación sin hacer distinciones, no podemos, para nuestro propósito, hablar de la escritura como de un todo homogéneo.

Si consideramos las diferentes modalidades de conversación, es evidente que la atenuación será más productiva en la conversación coloquial. En cuanto a las diferentes modalidades de escritura, la atenuación resultará más productiva en aquellas que se aproximen más a la conversación coloquial.

La escritura: el género epistolar

Las cartas personales, a pesar de no compartir con la conversación coloquial un rasgo básico tan fundamental como es que la interacción tenga lugar cara a cara, comparten otros que las aproximan, en algunos sentidos, a este tipo de conversación. Las cartas personales se escriben sin mayor planificación y su tono puede ser considerado informal.

Análogamente, encontramos en este tipo de escritura algunos rasgos similares a los coloquializadores en la conversación. La "relación de igualdad entre los interlocutores" y la "relación vivencial de proximidad" pueden ser análogas a las existentes entre el escritor y su destinatario. Asimismo, la temática de las cartas será no especializada.

Precisamente porque quien escribe quisiera estar conversando con su destinatario, en una carta personal el autor se esfuerza por recrear el contexto de su escritura del modo más objetivo que le sea posible y por hacérselo llegar al lector. Busca recrear la situación cara a cara, busca romper con la distancia. Pero, inevitablemente, en las cartas se pierde el control del interlocutor. El escritor no lo puede hacer cómplice (como en la conversación) de sus palabras. No puede llevarlo a decir lo que quiere escuchar. No hay turnos de habla para, sucesivamente, arrebatarse la palabra hasta lograr 'consenso'. Para escribir, cada cual elige la circunstancia y el interlocutor está obligado a escuchar calladamente hasta que el que habla (escribe) decida terminar de hacerlo.

¿Y la respuesta? ¿Contesta uno realmente una carta como contesta a una pregunta? Indudablemente, no.

Contestar una carta es simplemente escribir otra carta. El escritor solitario no tiene como referencia el contexto de su interlocutor sino el suyo propio.

Dialoga, no con otro, sino consigo mismo.

Las cartas personales pueden ser, en este sentido, implacables. Quien se enfrenta al papel en blanco se enfrenta a un ejercicio de autorreferencia. En nuestra época, el teléfono, el fax y el telegrama nos permiten mantener el contacto con el interlocutor ausente sin por ello exponernos a la introspección.

También suelen ser infaliblemente deladoras del estado de ánimo en que está el escritor. En las cartas, por una parte, el que escribe se siente libre de explayarse puesto que no está en presencia, siempre condicionadora, del interlocutor. Pero, por otra, cuenta con las restricciones del lenguaje que desde niño ha internalizado.

Por eso, las cartas suelen dejar al descubierto los sentimientos y estados de ánimo. Pero la lucha de quien los expresa con su propio lenguaje se hace también explícita por medio, precisamente, de las manifestaciones de la atenuación:

Tú sabes como es la cosa, hay una parte de uno (de mí), nacida para traicionarme, para desacreditarme (Carta de 1992, mujer de 25 años).

Tú sabes como es la cosa, anuncia al lector algo indefinido, la cosa de la que se le va a hablar. Por otra parte, involucra al lector en el conocimiento de lo que se le va a decir.

En un primer momento, la mujer evade, atenúa, su yo sustituyéndolo por el pronombre indefinido *uno*. Pero, inmediatamente después, reacciona frente a la imposibilidad de generalizar esto tan particular que está viviendo y, en un paréntesis, recupera su yo.

La escritura: el género literario

Para poder hablar de la atenuación en la escritura debemos distinguir al menos dos tipos de escritores: aquel que se hace cargo de su identidad y aquel que la encubre o enmascara. A este segundo tipo corresponde el escritor de literatura:

El escritor asume un papel *irresponsable*. Escribe no como persona o como posición, sino como *persona* (máscara o personaje): transfiguración temporal de la personalidad. Los pensamientos, percepciones y sentimientos expresados en un poema lírico [por ejemplo] no tienen, por lo tanto, ninguna responsabilidad: no se los puede remitir al autor; no se los puede poner en duda porque no se pueden convenir criterios para establecer su veracidad o su justificación. No tiene sentido apelar al principio de cooperación, que informa la práctica comunicativa normal, mediante el cual se supone que lo que se dice tiene justificación en los hechos, o es pertinente con respecto a implicaciones contextuales basadas en una realidad ordenada de modo convencional (Widdowson, 1989: 253).

Si quien escribe ha decidido ocultarse tras una máscara, transfigurar temporalmente su personalidad, si no afirma, si no puede mentir, no puede tampoco atenuar nada.

Hemos dicho que la negociación, sin especificar aún sus formas, es el modo más elemental de atenuación. Es evidente que no puede haber negociación si no hay nadie sustentando sus palabras.

En la literatura tendrá sentido ver cómo se manifiesta la atenuación entre los diferentes personajes; eso sí puede dar cuenta de un modo de hacer que trasciende lo escrito, a menos que un lapsus del escritor le haga olvidar que su "papel irresponsable" lo protege, que puede poner en boca de sus personajes cualquier palabra y, entonces, por un instante, quede al descubierto frente a nuestros ojos.

Podríamos decir que el grado de cercanía entre los participantes en una interacción comunicativa es directamente proporcional al grado en el que su imagen social se ve expuesta.

Por su parte, la función de la atenuación es la de contribuir a preservar esa imagen. Por lo tanto, con toda probabilidad, el grado en que la imagen

social quede expuesta en una interacción comunicativa será proporcional al grado en que intervenga en ella la atenuación.

La interacción comunicativa que logra el mayor acercamiento de sus participantes es la conversación coloquial.

Es evidente que al calificar una conversación de coloquial hemos hecho referencia no sólo al canal sino, además, al tipo de interlocutores y a las temáticas tratadas. No podemos establecer una frontera entre un elemento y los demás, todos ellos interactúan y juntos configuran la situación comunicativa.

La atenuación ha sido poco estudiada como categoría en sí misma. Ahora veremos de qué manera las alusiones que algunos autores hacen al tema, pueden contribuir a justificar nuestro enfoque.

Como tuvimos ocasión de ver, la atenuación no es privativa de la conversación. Sin embargo, dadas sus características, es en ella donde se manifiesta prioritariamente.

Los autores revisados insisten en la necesidad de atenuar:

la dureza del presente:

El imperfecto de cortesía atenúa la dureza del presente. *Bueno, yo venía a hablarte de un asunto de importancia* (Alcina / Blecua, 1975: 789).

Esta atenuación se puede conseguir recurriendo al futuro imperfecto:

En segunda persona con entonación interrogativa, este futuro del momento presente suaviza la misma construcción de presente y se conoce como futuro de cortesía. *¿Y no me dirá usted cómo se llama para que yo conserve mejor su recuerdo?* (Alcina / Blecua, 1975: 800)

una comunicación poco grata:

El mal efecto que una comunicación poco grata puede producir en el interlocutor, queda atenuado mediante variadísimos procedimientos (Beinhauer, 1991: 179).

una pregunta delicada:

Para atenuar el mal efecto que pudiera causar al interlocutor una pregunta algo delicada, el hablante le pide permiso para formularla cuando ya la hizo. La interrogación hecha sólo se da por válida si no le molesta al oyente. *¿Y de qué se trata, si no es indiscreción? (se sobrentiende preguntárselo). ¿Y quién era ese hombre, si puede saberse?* Otras variantes: *si es lícito preguntarlo; si me permite la pregunta; y disímule usted la indiscreción; dispensando la pregunta; no tome a mal que se lo pregunte; si no es mucho preguntar (o pedir)*. Aquí encaja también la formulita *¿se puede?*, con que se suele pedir permiso de entrar en una habitación después de haber llamado a la puerta y previo *¡adelante!* por parte de quien esté dentro (Beinhauer: 1991, 181).

el imperativo:

La exhortación es un mandato atenuado, un mandato sin la crudeza del imperativo, el cual se emplea solo cuando nos dirigimos a otro que consideramos igual o inferior en autoridad o poder. Es un mandato que a la vez incluye ruego, y por eso se expresa con el presente del subjuntivo (Real Academia Española, 1986: 361).

una eventual crítica del interlocutor:

Si la aposición antepuesta a la frase sirve para prevenir, la desplazada al final produce el efecto atenuante: una vez dicha la cosa, el hablante le añade un comentario para adelantarse a la eventual crítica del interlocutor. (MP 32 Horacio, a Pipo y Celso): *¡Tomé yo mal aquello! Chiquillerías de hombre, tal vez*. La aposición se anticipa aquí a la idea '¡mira que tomarlo a mal!, ¡qué tontería!, y tal

'autorreproche' desarma al interlocutor (Beinhauer, 1991: 181).

Los autores consideran elementos que pueden cumplir la función de atenuar lo dicho:

los diminutivos:

A veces, los sufijos diminutivos, sobre todo los agregados a adjetivos o a adverbios, también pueden asumir función de atenuantes. *Ya sabes que es algo envidiosillo* (atenúa lo que en verdad significa: *es de lo más envidioso*) (Beinhauer, 1991: 183).

el subjuntivo:

En las oraciones independientes que contengan algún adverbio de duda, el verbo puede estar en subjuntivo o en indicativo según el carácter más o menos dubitativo que el hablante quiera dar a su expresión. Compárense las oraciones: *Acaso viajemos juntos* y *acaso viajaremos juntos*; *Quizá lo sepas* y *Quizá lo sabes*; *Tal vez se hayan ido* y *Tal vez se han ido*. Con subjuntivo la duda se intensifica; con indicativo se atenúa (Real Academia Española, 1986: 456).

Podemos decir *Quizá nos equivoquemos* o *quizá nos equivocamos*, según que las vacilaciones de la duda se sientan respectivamente como más o menos intensas o atenuadas (Real Academia Española, 1986: 455).

La Real Academia Española, en la edición de su diccionario de 1992 nos ofrece la siguiente definición de atenuación:

Del latín *attenuatio -onis, femenino*. Acción y efecto de atenuar // 2 Ret. Figura que consiste en no expresar todo lo que se quiere dar a entender, sin que por esto deje de ser bien comprendida la intención del que habla. Cométese generalmente negando lo contrario de aquello que se quiere afirmar: *no soy tan insensato*; *en esto no os alabo*.

En este trabajo nos hemos propuesto sistematizar estos elementos y dar una explicación coherente del fenómeno de la atenuación.

El español es más directo, no anda con rodeos. El español es menos cortés. El español habla casi gritando. A veces, cuando dos españoles conversan da la sensación de que estuvieran peleando. El español es más egocéntrico.

En este tipo de juicios coinciden los chilenos y gran parte de los latinoamericanos de habla castellana que han venido a España.

Haverkate, comparando a los españoles con los holandeses, llama la atención sobre estos hechos que suelen inducir a malentendidos y se sorprende de la poca atención que la enseñanza de lenguas extranjeras les concede:

No es raro que, dentro del contexto de los actos rutinarios, el comportamiento interaccional de los españoles les parezca descortés a los holandeses [así como a muchos latinoamericanos], mientras que a los españoles la reacción verbal preferida por la cultura holandesa les dé la impresión de ser exagerada o superflua (Haverkate, 1994: 95).

Muchas expresiones lingüísticas -al igual que muchas actitudes de los españoles- resultan chocantes e incluso agresivas al latinoamericano que por primera vez viene a España. Saber que en rigor no lo son, porque no han sido proferidas con esa intención y porque entre los interlocutores españoles no surten tal efecto, es de vital importancia si consideramos que al hablar el hombre busca preservar su propia imagen y cuidar también la de su interlocutor.

Mientras el latinoamericano se sienta atacado por los hablantes peninsulares no podrá desenvolverse libremente en España y, con toda seguridad, emitirá juicios equivocados respecto de los españoles y de sus intenciones.

Según testimonio de una mujer chilena de 28 años:

En España hay como una cuestión mucho más directa con el lenguaje. Ponte tú cuando yo ahora llamaba a preguntar, quería hablar con el director de arte, qué sé yo, yo no decía: 'hola, buenas tardes, mira soy tal que quiere hablar'. No, 'hola, con el director de arte, por favor (...). Oye yo soy diseñador de arte y quiero mostrarte mis trabajos'. Muchas veces, incluso, hasta me ahorra el 'por favor'. Y me contestaban: 'llámame en tal hora, tal día.'

Eso ... en Chile ... son horas de hablar. O sea: 'hola, con quién hablo, quiero mostrar tal ...' Y te dicen: 'pero tú, ¿qué haces? ¿qué has hecho?' Y después te dicen: 'mira ... voy a ver si mi agenda ... Por qué no me llamas otro día ...'

Aquí, un par me dijeron: 'no, sabes, a mí no me interesa ver trabajos de nadie porque tengo mi estaf listo.' Y tú les decís: 'Ya, chao.'

Es mucho más claro, directo. O sea, no te voy en ninguna ... es como llegar y decir: 'Hola, una caña.' Pac. Eso en Chile ... 'Oye nos podís atender, nos podís traer dos cervezas, por favor'. '¿De cuál?' 'Mira, no sé ... mm ...' 'Ya listo, Gracias.'

Aquí ... no hay ningún preámbulo. Tú llegái y decís exactamente lo que querís. Es como mucho más claro.

La informante es diseñadora y habla del período en el que, recién llegada a España, buscaba trabajo como tal en Madrid.

Notemos cómo no puede evitar, al hacer estas apreciaciones, usar ella misma una serie de atenuantes.

Otra mujer chilena escribe desde Valladolid en marzo de 1994:

Me he acordado tanto de ti y de todo lo que me contaste en Chile de los españoles, sobre todo aquello de que hablan mucho y fuerte y tienen la tendencia a ventilar en público sus asuntos privados. Aquí basta ir a la tienda de la esquina para enterarse de que una señora tiene al niño enfermo, a la otra el marido no le habla desde ayer porque se ha enojado, la otra amaneció con dolor de cabeza y así. Son de una locuacidad agotadora. Esto se advierte [también] en la abundancia de muchas señoras avejentadas, envueltas en sus oscuras chaquetas de piel, de rostro severo, seco, adusto. Están en todas las esquinas o en las puertas de las iglesias, siempre en grupitos, quejándose, contándose confidencias en voz alta, criticando las vidas de otros. Esto al menos es lo que yo imagino al verlas y creo no equivocarme. Yo he llamado a estas señoras 'las hijas de Franco', seguramente no soy la primera. El resto de la población son estudiantes, ellos se ven mucho más relajados y joviales.

En relación a nuestro volumen de voz, dice en 1963 el premio nacional de literatura, José Santos González Vera:

El Chileno no emplea toda su voz y quisiera no decir sino las palabras justas. Tiende a la síntesis, aunque a menudo no lo consiga. Lo que dice es para sus auditores inmediatos. Solo por excepción, sin que sea bien visto, habla al país o al continente (González Vera, 1963: 126).

Siguiendo el esquema que propusimos en la primera parte de nuestro trabajo para el funcionamiento de la atenuación, daremos, ahora, algunos ejemplos del funcionamiento de la atenuación en Chile. Por otra parte, señalaremos algunas diferencias entre el uso de la atenuación en nuestro castellano y el peninsular.

Distancia de sí mismo

Distancia del mensaje

Distancia del receptor

2.1. Distanciamiento del emisor

2.1.1. Alternancia del pronombre personal *yo* con el pronombre *uno*

En Chile llama la atención el frecuentísimo uso de *uno* como atenuante sustituyendo el *yo* del hablante. Ejemplos:

Yo quisiera agradecer, primeramente, la invitación que se nos hizo para hablar sobre estos temas a los que *uno* no está acostumbrada por estar al otro lado de la barrera informativa. Quisiera decir, al empezar, que la motivación primera para ser periodista *-en mi caso-* tiene que ver con una preocupación y una sensibilidad. Voy a hablar siempre en primera persona, porque hablo por mí solamente [el subrayado es nuestro]. Es una sensibilidad que nace al ver el problema de un pueblo con el que *uno* crece y se desarrolla. Son golpes de corriente ver mujeres harapientas (...) y todos esos síntomas de pobreza que cuando *una* está chica y después de adolescente, golpean. Entonces hay una preocupación por un pueblo, que hace decir: esto me inquieta, yo quiero hacer algo que me permita meterme más adentro. Diría que el primer cambio que se produce con la dictadura es que *uno* se da cuenta que hay muchos riesgos, y el riesgo más serio es el de perder de vista la sensibilidad por los seres humanos, por lo que significa la importancia que tiene cada ser humano. Yo diría que fue ahí cuando comencé a darme cuenta de este problema de que había muertos, de que había detenidos desaparecidos, de que había gente torturada, de que había gente, mucha gente, dañada, que no tenía expresión, que no tenía voz. Era un testimonio diario que se iba perdiendo, y lo primero que había que hacer era recoger ese tipo de testimonio y que era una preocupación por cada ser que estaba sufriendo un daño (...)

Me acordé de mi experiencia en Vietnam: cuando *uno* estaba almorzando o comiendo y veías las noticias (...) era como que ya dejaba de ser algo impactante. Me empezó una tremenda angustia. Esto lo compartía mucho con mi amiga Patricia Verdugo: la angustia de no saber qué hacer realmente con esta profesión que *uno* tiene, que *uno* aprendió en tiempos de democracia, que busca la verdad, que *uno* sabe que hay riesgo, que quiere seguir, que quiere encontrarla, pero se enfrenta con una realidad distinta de repente (...)

Y viene una época muy conflictiva para mí, en que yo creía que lo que estaba haciendo no era muy importante: porque, claro, *uno* publica problemas de tortura (...). De repente, *uno* se da cuenta que pueden pasar dos años y ya nadie se acuerda de aquellos dramas terribles (González, 1988: 92 - 4).

En el fragmento anterior, la periodista González explicita que va a hablar a título personal (cursivas). Sin embargo esto no obsta para que utilice recurrentemente *uno* en lugar de *yo* y una serie de verbos impersonales que contribuyen igualmente a que no asuma plenamente la responsabilidad de sus palabras. Precisamente, el hecho de que explicita que habla a título personal, confirma que el uso de *uno* sustituye al esperable de *yo*. También lo confirma el hecho de que haga concordar en género *uno* con *chica*: *cuando una está chica*. El fenómeno de la concordancia es muy general. Veamos otros ejemplos:

Eran tiempos en que *una* sentía -como joven- que la patria era un escenario ancho y desafiante. (Narváez, 1988: 103)

El cuore, niente, ya comienzo a desesperar, ¿por qué a *una* le cuesta tanto? (Carta de 1992)

Mis deseos en el fondo eran seguir estudiando, pero en un colegio en el cual *una* pueda conseguir el título (GIA, 1986, Vol. V: 540).

Kany (1969) observa que, aunque *uno* referido a la persona que habla para sustituir el pronombre *yo* se usa en todo el ámbito hispánico, parece más frecuente en el español americano. Sin embargo su explicación del fenómeno hace referencia a la intensificación y no a la atenuación.

Consideramos que la idea de Kany en este punto podría ser completada. No descartamos que en algunos casos *uno* dé énfasis al agente de la acción sustituyendo la construcción reflexiva con *se*; sin embargo, con frecuencia se trata, de manera evidente, de un recurso de atenuación que desfocaliza el *yo* del hablante.

2.1.2. Alternancia del pronombre personal *yo* con el de segunda persona singular *tú*

En Chile es infrecuente que el distanciamiento del emisor se consiga mediante el pronombre *tú*. En España, en cambio, para conseguir este efecto desfocalizador, se utiliza con mucha mayor frecuencia el pronombre *tú*.

2.1.3. Oraciones impersonales reflejas

En su estudio sobre las oraciones impersonales reflejas en el habla culta de Santiago, Martínez (1991: 1029 - 1037) señala que con mucha frecuencia éstas "manifiestan una estructura de significado activo". Cita, entre otros, los siguientes ejemplos extraídos del periódico *El Mercurio* del 21 de mayo de 1989:

1. Así no se achaca a uno, los excesos de los otros.
2. Como se sabe, esto no llegó a durar ni una década.
3. Y cuando se piensa demasiado en colocar bien a los amigos, se está ya por el camino de pensar que si se ayuda a tanta gente, es lógico pensar en ayudarse a sí mismo.
4. Subsisten, sin embargo, dudas en cuanto a la conveniencia de que este organismo reciba una consagración constitucional, por medio de lo cual se lo incorpore al esquema institucional de la república y, eventualmente, incluso se vincule con carácter obligatorio a ciertos procedimientos de elaboración legislativa (*Apud* Martínez, 1991: 1034).

La distancia del emisor se logra por la inespecificidad de *se*.

2.2. Distanciamiento del mensaje: atenuación pedida por la temática tratada

2.2.1. Esbozo de la sociedad chilena actual

Como punto de partida para poder hablar de la atenuación en nuestro país, necesitamos caracterizar nuestra sociedad.

Hemos dicho, con Berger y Luckmann, que la realidad es un constructo social. Si conseguimos hacernos una idea de cuáles son las fuerzas que operan en nuestra sociedad, cuáles los valores que constituyen sus pilares, tendremos una pista que nos permita reconocer algunos de los temas conflictivos -nudos- para el hablante chileno y sabremos dónde podrá manifestarse la atenuación.

Con este propósito, haremos un somero dibujo de la sociedad chilena basándonos en los estudios del psicólogo Jorge Gissi y de la antropóloga Sonia Montecino.

El psicólogo Jorge Gissi (1989: 58 - 9) muestra cómo raza y poder se imbrican en nuestra sociedad:

La identidad asfixiada nos ha provocado un querer ser lo que no somos. En las culturas neo-colonialistas se mama la inautenticidad desde el nacimiento. Se mira hoy mucho hacia los EE.UU. y Europa, y poco hacia adentro y hacia los hermanos del lado. El 'carácter social' latinoamericano sigue ambivalente, espureo, enajenado en diferentes grados y modos. Cuando los más blancos y los más ricos no reconocen como legítimos compatriotas al negro, al indio, el indio y el negro no se pueden autorreconocer como ciudadanos legítimos. Se mantienen así como culturas subalternas, con pocas posibilidades de crear una cultura alternativa, esto es, de reivindicar y legitimar su identidad. Se siente vergüenza de ser negro, mulato o mestizo, se ocultan los apellidos y el origen familiar, se siente también vergüenza de ser pobre, porque se ha enseñado que todo ello es vergonzoso (...) La vergüenza es un autorrechazo, es un querer ser lo que no se es. La identidad es negativa, la autoimagen es 'negada'.

La raza es un importante instrumento cultural:

Allí donde la naturaleza lo permita, la fisonomía distinta será apropiadamente desplegada y celebrada (Barnes, 1990: 133).

Jorge Gissi y la antropóloga Sonia Montecino, por nombrar a dos profesionales de ámbitos diferentes, coinciden al plantear la urgente necesidad de nuestro país y de América de asumir su identidad mestiza. Nos dice Gissi:

En la actualidad las características raciales se mantienen como simbolizantes de características sociales, económicas y psicológicas. En efecto, por la discriminación los blancos tienden a aparecer con poder y riqueza al menos relativa, y con educación escolar más larga, de las que derivan prestigio social y una autoimagen más alta. Los símbolos de status exigen y facilitan que los más blancos sean percibidos como 'superiores' o como 'mejores', y que se expresen ante ellos actitudes de reverencia, admiración y/o timidez (...).

Como la superioridad socio-económica es real, estas actitudes y prejuicios se confirman y mantienen, confirmando también la autoimagen alta de los blancos. Los negros, indios y sus derivados mezclados, en cambio, aparecen como carencia, como inferioridad en los diferentes planos: económico, social, porque sus características físicas (raciales) son para ellos negativos, deviniendo fuentes de estigmatización. En cambio ser blanco o rubio, o de ojos claros, es un símbolo de estatus positivo (1989: 62).

Respecto del indio, se llegó a dudar, incluso, que tuviera alma. Se lo consideró bárbaro. Se le atribuyó, y se le siguen atribuyendo, muchos rasgos negativos: ocioso, borracho, ladrón, inseguro.

Por su parte, Sonia Montecino (1991), en su propósito de contestar a la pregunta, a su modo de ver urgente, por nuestro origen, nuestra identidad, nos habla del mestizaje visto a través de los historiadores. La autora revisa el pensamiento de Francisco Encina, de Jaime Eyzaguirre y de Nicolás Palacios. Aquí nos limitaremos a mencionar el de Encina.

Encina considera la raza española "superior" a la indígena. El mestizo, producto de la mezcla entre estas dos razas, "adolecía de las virtudes de las 'viejas razas' occidentales". El estrato indígena hizo 'retroceder' a la

'sangre española' (124). Y esto tiene su correlato a nivel de la estructura social: los más blancos están en la cúspide de la pirámide y los más indios pertenecen al 'bajo fondo social' (término del historiador).

De este modo, según Montecino, Encina entiende la colonización como un proceso de emergencia de la barbarie hacia la civilización. Según este historiador la 'unidad' del pueblo chileno se consumó por medio del proceso de 'blanqueamiento' en la zona central de nuestro país. Tanto el norte como el sur siguen siendo "los lugares de refugio de lo indio":

El mestizo chileno es un europeo, y cuando adviene la República ya ni siquiera es necesario catalogarlo como tal, es simplemente un 'blanco' chileno que, influenciado por los vascos, desarrolla la unidad de su nación (...) [En cambio] todas las características del mestizo, 'cargado de sangre india', prevalecerán en el pueblo. En el mundo popular, urbano y rural, se afincarán sus atributos: la borrachera, la flojera, el dispendio, las 'bajas pasiones' quedarán relegadas a los pobres del campo y la ciudad (Montecino, 1991: 125).

El mestizo, para este autor, no tiene ninguna transcendencia en la fundación de la nacionalidad.

Veamos algunos fragmentos del propio historiador Encina refiriéndose a los indios, en general, y a los araucanos, en particular:

Aquí sólo cabe reseñar las [costumbres] que influyeron más hondo en la sicología de la nueva raza que surgió del cruzamiento del español con el aborígen. Lo mismo que casi todos los pueblos en igual grado de evolución social, el araucano se alimentaba muy irregularmente. Soportaba el hambre durante las guerras y las escaseces con el mismo estoicismo que exteriorizó delante del dolor físico. En cambio, cuando pueden hacerlo a costa ajena, 'es con tanto extremo lo que comen, que causa admiración al que los mira'. Refiere Núñez de Pineda y Bascuñán que, viajando con diez o doce mapuches, tomaron de un rebaño ajeno, cada uno un carnero para comer en el acto; y que, habiéndoseles hecho presente que con tres o cuatro cabezas tendrían para todos, le contestaron que 'cada uno de ellos se habría de comer más de dos carneros'. Y añade que, al amanecer del día siguiente, buscó un trozo de carne para desayunar y se encontró con la sorpresa de que efectivamente se habían comido los diez carneros, lo que hace uno por hombre (sin fecha: 76).

Encina habla en nombre de la verdad. Su discurso es 'objetivo' y no deja lugar para la duda. Los juicios que emite son apodícticos y taxativos. Su discurso carece de toda suerte de atenuación, especialmente en sus juicios en contra de los indígenas.

Retomemos por un momento a Montecino:

Nadie quiere ser mestizo, ni menos roto. Mestizo es tener lo indígena, roto es ser pobre, estar en el 'bajo fondo social'. Mestizo y roto aluden a una realidad que debe ser tachada, cubierta por esa 'unidad nacional', por el 'blanqueamiento' que propone Encina: mestizos sí, en algún lugar remoto de nuestra historia, pero ahora, civilizados, modernos, europeos. Los chilenos somos 'los ingleses de Latinoamérica' (Montecino, 1991: 27).

Veamos cómo en algunos juicios de los informantes del *Habla culta de Santiago* (Rabanales 1979 y 1990) se manifiestan, todavía hoy, estas valoraciones negativas de lo indígena, de lo mestizo y de la pobreza.

Dice una mujer de 48 años:

Ahora está tan lejos [el aeropuerto de] Pudahuel que a nosotros va a tener que quitársenos *un poco lo indio* [las negritas y cursivas son nuestras] de ir a dejar, ir a buscar a cuanto familiar sale o llega, porque ya uno pierde más el tiempo en el camino de aquí a Pudahuel que en la espera de que llegue el avión, lo que sea ... (Apud Rabanales, 1990: 232 - 3).

Obsérvese el carácter peyorativo de *indio*. Obsérvese también cómo la hablante es consciente de esta connotación y atenúa *indio* por medio de un *poco*. Por otra parte, la hablante atenúa su propio yo haciéndolo extensivo por medio del pronombre impersonal *uno*.

Una informante de 38 años habla de la posibilidad de que se haga una piscina comunitaria en su barrio:

Inf- Tampoco me gustaría que mi niñita fuera a escuchar a los niñitos que van a venir seguramente de otras poblaciones que no ... *no son muy buenas ¿ves?*, y que pueden tener ... eh ... *tuberculosos (...)* pueden usar *garabatos*, pueden, qué sé yo, hacer cien mil cosas. Entonces, me pueden tachar de clasista, sin ser clasista yo *¿mm?*, pero considero que estamos juntos pero no revueltos *¿no es cierto?*

Enc- Justamente.

Inf- Yo no ... no me considero ... Por lo menos, mi primer deber en la vida como ... como mujer, es ver el futuro de mis hijas. Pretendo que conozcan todo, a toda la vi ... toda la vida como es, con todas sus cosas buenas y malas, y a toda la gente. Pero de ahí a verlas que, de repente anden ... *qué sé yo*, con *piojos* (por decirte *una cosa bien vulgar*) [negritas y cursivas nuestras] no lo aceptaría. Estaría faltando a mi deber de madre *¿verdad?*, que es lo primero.

Enc- Claro.

Inf- Entonces, simplemente, para mí, la idea de la piscina de la esquina, *no es totalmente aceptable*. ¿Por qué? Porque me encantaría que los niños de la villa y otros niños (muchos que no son de la villa, pero que andan limpiécitos) pudieran tener una piscina, pero no que vengan otros niñitos que traen, como te digo, enfermedades y costumbres que no son nuestras. Entonces, si yo voy a exponer estas ideas en una Junta de Vecinos, seguramente me van a decir 'la momia' (reaccionaria), me van a decir 'clasista', 'que se cree la muerte' (se cree lo mejor), 'que ella no es nadie' y cosas que me van a picar (a molestar) (*Apud Rabanales, 1971: 159*).

Retomemos la cita. En el primer párrafo, la madre es reticente a que su hija escuche hablar a niños de clase baja. Esto nos revela la importancia del lenguaje como marcador de clases sociales, como instrumento de poder.

Poblaciones no son muy buenas equivale a poblaciones malas.

La informante (Inf) sabe que el tema que trata es conflictivo y busca mitigar, atenuar, sus juicios. Sabe que se la tachará de clasista y no acepta que lo es: *me pueden tachar de clasista, sin ser clasista yo ¿mm?*

La informante trata de hacer cómplice de su opinión a la encuestadora (Enc): *¿ves?, ¿no es cierto?*

Su temor a ser etiquetada de clasista se ve reafirmado por las últimas palabras de la cita: *entonces, si yo voy a exponer estas ideas en una Junta de Vecinos, seguramente me van a decir 'la momia' (reaccionaria), me van a decir 'clasista', 'que se cree la muerte' (se cree lo mejor), 'que ella no es nadie' y cosas que me van a picar (a molestar).*

Después de todo lo dicho es evidente que *no es totalmente aceptable [la piscina comunitaria]*, equivale a *es inaceptable*.

El clasismo de esta mujer "típicamente de clase media" (como se autodefine), es, por más que busque ocultarlo, evidente. Su valoración de los pobres es descalificadora y cargada de prejuicios y de ideas que sería esperable ver desterradas de nuestro siglo veinte: *[los niños] pueden tener ... eh ... tuberculosos; pueden usar garabatos (tacos), pueden hacer cien mil cosas. [Son] niñitos que traen enfermedades y costumbres que no son nuestras (...).*

Estamos juntos pero no revueltos (...).

Pretendo que [mis hijas] conozcan todo. Pero de ahí a verlas que, de repente anden con piojos (por decirte una cosa bien vulgar), no lo aceptaría.

Más adelante, para liberarse de toda culpa, y para garantizar que está en lo cierto, nuestra informante generalizará sus principios a los de toda la humanidad, considerándolos intrínsecos de nuestra condición humana:

Son valores intrínsecos directamente, es la esencia misma del ser humano, está como instinto el amor a los suyos, a sus hijos, sobre todo. Entonces no va a haber ... creo que es imposible; sería cambiar totalmente la ... la ... la esencia del ser humano, pretender que primero se pensara en los demás y incluso sacrificando los hijos. Yo, ni a palos (*Apud Rabanales, 1979: 160*).

Un arquitecto de 45 años (*Apud Rabanales, 1990: 259*) nos dice:

En las poblaciones (barrios marginales de Santiago) es espantoso ver a los niños como andan, porque los del barrio alto (barrio de las clases altas) siquiera todavía conservan un hábito, que es limpiarse. Los ... los de las poblaciones no conservan ninguno (...) Andan vestidos como monos y ... y ... y sucios; peor que monos.

Una mujer de 64 años, hablando de un anillo perdido, no puede evitar pensar en su empleada:

No lo tenía. Y me acuerdo que yo siempre lo dejo en el velador ¿mm?, pero yo no me lo puse, entonces: '¡Qué va a ser de mi anillo!' Tenía dos teorías: o la empleada nueva, que tú ves que es media lerda, debe haberlo lanzado cuando limpia la pieza, o los nietos me lo tomaron (*Apud Rabanales, 1990: 262*).

Aquí, el atenuante *media* busca mitigar *lerda* y, por medio de *tú ves que*, la mujer quiere que su interlocutora le dé la razón y comparta con ella la responsabilidad de la calificación negativa que hará de la empleada.

En la muestra 44 dos mujeres, una de 37 y la otra de 42 años, hablan de un posible viaje:

A - Y allí arriendan ... arriendan piezas, pero hay que someterse a condiciones rústicas, porque son casas de pescadores.

B - No; yo prefiero ... no; si yo ... yo he hecho mucho camping, o sea que lo ... yo prefiero una carpa *digamos* ¿mm?

A - ¡Ah! Entonces tú prefieres vivir en carpa.

B - ... en cualquier condición, un saco de dormir antes que una mala pieza, *digamos* (*Apud Rabanales, 1990: 291*).

Atenuantes y dubitaciones en la primera intervención de B revelan su dificultad para reconocer que no quiere dormir en casa de los pescadores.

Hacer las cosas *a la chilena* es hacerlas mal:

A - ... Yo me he dado cuenta [dice un arquitecto de 56 años] de que en nuestro me ... medio hay algunas *-digamos-* obras [de teatro] que se montan estupendamente bien, ¿verdad?, y otras, en que, la verdad de las cosas, lo hacemos un *poquito a la chilena* ¿ah? ...

B - Claro, claro.

A - ... con un poco de buena voluntad, con mucho entusiasmo, ¿verdad? ...

B - Claro.

A - ... pero sin llegar, a mi juicio, al perfeccionamiento que da cuando existen los medios como para poder hacer una obra escénica, o realizar una obra escénica, mejor dicho, como corresponde (*Apud Rabanales, 1990: 456*).

En cambio, de acuerdo con una mujer médico de 44 años (*Apud Rabanales, 1990: 394 y 398*), *un país muy europeo* es un país que funciona muy bien y una buena recepción es análoga a una fiesta europea:

No te voy a nombrar específicamente países para poderte ... eh ... contar algunas anécdotas curiosas. Eh ... fuimos primero que nada a un país centroamericano. Es tal vez de los países ... eh ... más interesantes de Centroamérica, más estable en la parte política y diferente al resto de los países centroamericanos. Eh ... *es un país muy europeo*.

Bueno, después de ... de todo esto que parecía un martirio, terminó en una gran ... eh ... recepción en los salones del teatro, que en realidad *daba la impresión de una fiesta europea*: champaña francesa para todo el público, que era algo muy importante a esa hora, y un cóctel muy fino. En realidad, en todo lo que se refiere a ... a recepciones sociales, no pudieron ser mejores. En eso parece que gastaron mucho y fueron muy bien organizadas y muy atentos todos.

Las ocasiones privilegiadas donde se manifiesta la atenuación son, lo hemos dicho, aquellas en las que, por algún motivo, se crea un conflicto y el lenguaje se enturbia. Por eso, muchas veces los términos que aluden a los aspectos estigmatizados de nuestra raza aparecen atenuados en los enunciados de nuestro castellano.

Otra muestra de la valoración positiva de lo europeo y del menosprecio de lo nacional, la encontramos en el siguiente fragmento en el que las periodistas Romero y Torres nos hablan de "Los atributos de don Simón

[Bolívar]". (1995: 41 - 2):

Aristócrata, gran terrateniente, rico, blanco, educado en Europa, pudo haber hecho una vida fácil y de gran brillo social, pero prefirió liberar no solo a su patria, sino a todo el continente sudamericano y hacer de él una sola potencia.

Dos siglos después, un delicado pintorcillo le da el pago de Chile, retratándolo mestizo, pechugón y con el dedo en el ristre, en un gesto que no vale la pena calificar. ¿Se merecía Simón Bolívar, el Libertador de América, trato tan vejatorio? ¿Qué ganan el arte y la humanidad con una pintura grotesca e hiriente, que nadie osaría colgar en ningún hogar que se respete? (...) ¿Acaso ya no hay flores ni puestas de sol que pintar? ¿Puede, bajo el título de modernismo, tolerarse todo tipo de atrocidades, que hieren incluso al Ejército, cuya larga gesta incluye el habernos liberado del comunismo?

Cometida la barbaridad, afortunadamente hubo quienes reaccionaron como corresponde a un hijo bien nacido de este continente. Así se escuchó a don Gabriel Valdés Subercaseaux (...) a los distinguidos miembros de una sociedad bolivariana cuya existencia desconocía la ciudadanía y que, no nos cabe duda, deben haber engrosado sus filas tras la afrenta. Gente con el corazón y los valores bien puestos que, por fortuna, opacaron la defensa de unos cuantos mequetrefes pseudo intelectuales, que, en nombre de la libertad en la creación artística, salieron en defensa de Dávila y su gracia (...)

Cuando lo culto se pone chinchoso para atraer a la masa, lo único que consigue es confundirla y ahuyentarla (...)

Si la cultura consagrada, consolidada, que merece homenajes y prebendas, es ajena al pueblo, con mayor razón lo es la experimental, provocadora, moderna o como se la quiera llamar. *Underground*, le dirían los coléricos.

La actualidad de esta obra confirma que estas valoraciones no son sólo cosas del pasado. Obsérvese la falta de atenuación en los juicios de estas periodistas. El diminutivo en *pintorcillo* es, aquí peyorativo.

Es la clase dominante la que establece los criterios de corrección tanto respecto del lenguaje como de las actitudes, la vestimenta y cualquier otro instrumento cultural. De este modo, las diferencias socioeconómicas pasan a ser, además, diferencias valorativas.

La jerarquía de los interlocutores, determinada prioritariamente por su distinto nivel socio-económico, se marca a través del lenguaje. No nos dirigimos del mismo modo a un hablante de nuestro propio nivel socioeconómico que a uno de nivel superior o inferior al nuestro.

En Chile, dada su marcada estratificación social, la clase social en la que el hombre nace condiciona de forma radical su lenguaje.

La mayor estratificación social de Chile en relación con la existente en España se hace evidente en muchos sentidos. En el lenguaje, por supuesto, pero también en las actitudes de los hablantes, en su modo de vestir, en los lugares que frecuentan y en las actividades que realizan.

Gumperz y Bennett (1980:112) consideran que "la variación dialectal es fundamentalmente una variación social". La "diversidad de habla" está en directa relación con el grado de estratificación social de la comunidad estudiada:

En aquellas comunidades donde esta variedad no existe, o es mínima, notaremos al mismo tiempo que la estratificación social es prácticamente insignificante.

Nuestra identidad no es sino nuestra especificidad y nuestra frontera con los otros.

Lo que diferencia una sociedad estratificada de una no estratificada socialmente es, precisamente, la definición de *otros*. La pregunta que se plantea es ¿de quién buscamos diferenciarnos?

En una sociedad como la nuestra la primera pregunta que debemos responder es a qué grupo pertenece cada individuo y de cuáles está excluido.

De este modo todo se convierte en signo, todo significa esa diferencia. Lo determinante para pertenecer a uno u otro grupo es, sin duda, nuestro poder adquisitivo. A mayor poder adquisitivo, mayores posibilidades de acceso a niveles más altos de educación.

El lenguaje se hace eco de estas diferencias internas de forma protagónica

como instrumento de poder que es.

En nuestro país, de acuerdo con Gissi y Montecino, la movilidad social es mínima. Se tuvo o no la suerte de haber nacido en "cuna de oro", y donde se nació se permanece.

Esta significativa estratificación social debe ser explicada desde la historia. Los criollos -continuadores de los conquistadores- se han mantenido cohesionados como clase. Y, buena parte de ellos, hacen sentir su distancia social de una manera muy fuerte con la gente que está socialmente más abajo, inicialmente, los pueblos indígenas conquistados. La base de la pirámide, que antes era india, es ahora una base popular más mestiza o, en algunos países, como el nuestro, semi-blanca.

Actualmente, en la sociedad chilena, es la clase dominante la que determina e impone los usos normativos y correctos y, cada estrato busca borrar sus diferencias con el estrato superior.

Caricaturizado, esto lleva a dibujar una sociedad alienada en la que cada uno quiere ser o parecerse al que está "más arriba", en la que las aspiraciones están más allá del alcance de la mano.

La realidad se construye socialmente y son los que están en la cúspide de la pirámide social -los que tienen el poder- los que determinan cuáles han de ser los usos normativos del lenguaje, de los modos de vestir, de las actitudes, etc.

Si llevamos este análisis hasta sus últimas consecuencias nos vemos obligados a salir de Chile que, como país, forma parte de la base de una pirámide en cuya cúspide están Europa y Estados Unidos. Por eso, en algunos aspectos los que están en la cúspide de la pirámide de Chile no generan sus propios valores sino que buscan imitar los europeos y los de Estados Unidos.

Respecto del lenguaje, nuestra norma castellana busca reconocerse y asimilarse a la peninsular. No nos hacemos cargo de nuestra diferencia y de nuestra identidad como país. En última instancia, el chileno pretende que es europeo.

Esto se manifiesta, por ejemplo, en el mayor prestigio que en Chile tienen los apellidos europeos.

Un economista de 46 años busca explicarle a un médico de 44 años nuestra afinidad con el pueblo alemán (Rabanales, 1979: 257-9):

Médico - Yo creo que la mentalidad alemana no tiene nada que ver con la mentalidad chilena.

Economista - Pero, fíjate, ¿y la mentalidad que se da en Osorno, en Valdivia, en el mismo Temuco, todo eso?

M - ¡Ah!, pero es que ahí hay una concentración de sangre alemana tremenda.

E - Pero hay mucho chileno también, mucho ... mucho indio incluso, [El hablante distingue chileno de indio] y tú cuando vas a Osorno y a Valdivia tú notas esa concentración que no es de alemanes ¿te fijas?, sino que es de nietos o biznietos de alemanes ¿te fijas?; pero uno no se siente ni incómodo ni raro, y son los tipos más agradables (...).

Finalmente dirá el economista:

E - ... ahí entramos en una discusión mucho más filosófica: la afinidad ¿te da o no te da parecido en el fondo?, ¿por qué tienes afinidad con un ... con ... con un pueblo, o con una raza o con una persona?, ¿porque eres realmente distinto? Eso no explicaría la afinidad; tiene que haber un ... un ancestro, algo común. Y fíjate que escarbando un poco, no se te olvide que *los españoles, de donde descendemos la mayoría, tienen raíz germánica a través de los visigodos* [las cursivas son nuestras], bueno, sangre, junto con la mora y con todas las ... la celta, en fin, todo lo antiguo, pero tienen mucha mezcla de sangre germana también.

El lenguaje juega aquí un rol fundamental: la norma culta se impondrá como la correcta y se le adjudicará un valor especial.

Haciendo este dibujo de nuestra sociedad, consideramos tres momentos históricos marcadamente diferentes.

Por una parte, los autores chilenos cuyas ideas utilizamos escriben en la décadas de los 80 y 90 (la antropóloga, Sonia Montecino, 1991; el

psicólogo, Jorge Gissi, 1989 y 1990; el filósofo Humberto Giannini, 1988), sin embargo, los ejemplos extraídos del *Habla Culta de Santiago* corresponden al período de gobierno de Salvador Allende.

Las grabaciones fueron hechas entre los años 1970 y 1972. El gobierno de la Unidad Popular removi6 los cimientos de la clase acomodada llevándola a polarizarse radicalmente. Por una parte los momios (reaccionarios) se vieron tocados en su fibra más profunda y aflora en ellos todo su clasismo. Sin embargo, el hecho de que la literatura reciente de los autores antes mencionados destaque aspectos similares nos pone sobre aviso de que esos prejuicios no se han erradicado por completo de todos los sectores de la clase alta.

La sociedad chilena sigue estando polarizada. En una situación de conflicto, la clase alta se ve obligada a tomar conciencia de su idiosincrasia -a atraerla hacia el lenguaje- y, aunque muchas veces resulte molesto, sus juicios deben ser explícitos porque se los está poniendo en entredicho.

2.2.2. Temas nudos

Después de haber visto este dibujo de la sociedad chilena, será más fácil contextualizar los ejemplos de 'temas nudos' o conflictivos que ahora entregamos.

Tabúes y eufemismos

Como indica Haverkate (1994), el *eufemismo* parafrasea o sustituye por una metáfora un lexema o expresión de connotación desfavorable. Su necesidad suele responder a convenciones socioculturales. Por eso las palabras relativas a conceptos tabú que desde niños aprendemos a evitar varían de una cultura a otra.

Sabemos que el español de América es, en muchos sentidos, más eufemístico que el peninsular. R. Lapesa (1988) observa que en ese continente se recurre con frecuencia al eufemismo para eludir expresar cosas desagradables o temibles.

A continuación damos cuenta de una serie de eufemismos con los que en Chile se alude a estas sustancias de forma más tabuizadas que en España. Con ello no pretendemos negar que en España existan otras formas, también eufemísticas, de aludir a los mismos términos. Este muestreo no busca ser comparativo sino ilustrativo de lo que ocurre en nuestro país. Sabemos que algunas de las formas que mencionaremos se utilizan también en el español peninsular pero la frecuencia de uso de éstas es más general en Chile que en España.

Exudaciones del cuerpo

Las exudaciones del cuerpo humano son universalmente objeto de intenso tabú.

Menstruación

Se alude al período menstrual como si se tratase de una enfermedad. Son habituales las siguientes expresiones: *estoy enferma; me enfermé; me toca enfermarme; no me enfermo hace dos meses*; etc. También nos referimos a la menstruación como una visita: *me llegó visita*.

Orina

La acción de orinar se alude, en el "habla culta" de Chile, perifrástica y eufemísticamente. Es habitual *hacer pipí; me hago pipí; querer pipí* (omitiendo el infinitivo *hacer*). Veamos el siguiente fragmento:

Me escurro por el oscuro pasillo que lleva al baño (...) La verdad es que reventaba. Debí haber ido hacía rato y aun pude haber *meado* en el camino, y yo sé bien lo gratificante que es *mear* en descampado; pero no, son ciertas disciplinas que se impone *uno*, cuestión de apurar el paso. En ese baño inexplicablemente grande que tal vez antes fuera una sala de baile anexa, [al bar] pintado ahora de un estridente verde piscina y regado el suelo de baldosas por un agua sospechosa que fluye de los rincones, hay un individuo joven que está en un urinario desde que entré y que continúa *haciendo* cuando yo ya he terminado. Es pequeñito pero tiene la vejiga de un caballo, porque hace un ruido descomunal. Parecía un jockey. En esta ciudad seguro que no hay hipódromo, pero él tiene el tamaño, el talante y el remolino de pelo en la frente de los jockeys. Lleva unas zapatillas de suela de oruga que le agregan dos centímetros por lo menos. No estábamos a más de un metro, dos urinarios de por medio, y vi que era el tipo de sujetos que comparten gustosos sus *meadas* con sus congéneres por medio de esas animadas miradas laterales (Contreras, 1991: 13-14).

En el anterior episodio Gonzalo Contreras, nacido en 1958, relata el encuentro del protagonista de su novela *La ciudad anterior*, un vendedor de armas, con un hombre en el baño de un restaurante. Cada vez que el escritor se refiere a la acción de orinar utiliza *mear*: *pude haber meado en el camino; yo sé bien lo gratificante que es mear en descampado; vi que era el tipo de sujetos que comparten gustosos sus meadas con sus congéneres*. Este verbo y sus reiteraciones parecen estar al servicio del ambiente decadente que el escritor busca crear. Sin embargo, lo poco habitual para él de este uso lo induce a intercalar en el mismo párrafo la siguiente oración: *hay un individuo joven que está en el urinario desde que entré y que continúa haciendo cuando yo ya he terminado*. Si completamos la perífrasis verbal el resultado sería: que continúa *haciendo pipí*. Estamos seguros de que si Contreras hubiese tenido conciencia de esto habría modificado esta oración tan disonante con el contexto.

Excremento

Son habituales las expresiones perifrásticas *hacer caca* y *querer caca*.

Entre mujeres, puede escucharse *¿se te movió la guatita?* (barriga)

Un médico puede preguntarle a su paciente: *¿obra regularmente?*

Los garabatos (tacos) *me cago en: la hostia, la hostia bendita, la Virgen, la puta Virgen, Dios*, propios de España, no se usan en el país sudamericano.

Como negación enfática se utiliza en Chile la expresión *ni cagando*. Esta se contrae eufemísticamente en *nica*.

- *¿me prestarías un poco de plata?*

- *nica*.

Existe, sin embargo, un uso coloquial no eufemístico del verbo *cagar* entre los jóvenes. Nos referimos a la expresión *la cagó*. Con ella puede connotarse, indistintamente algo excelente, algo detestable o algo excesivo:

no te pierdas esa película, la cagó pa' buena.

no se te ocurra ver esa película, la cagó pa' mala.

anoche, la cagó pa' llover. (= anoche llovió muchísimo).

Otro uso no eufemístico del verbo *cagar*, también coloquial pero no exclusivo del habla juvenil, lo encontramos en el insulto *la cagaste*: *la cagaste con no venir ayer*.

A pesar de que el verbo no se usa de manera eufemística, este insulto admite una atenuación que se consigue por medio de la perífrasis verbal con gerundio: *la anduviste cagando con no venir ayer*.

Por otra parte, como recurso de atenuación, puede sustituirse el verbo *cagar* por el eufemístico *embarrar*.

la embarraste con no venir ayer.

la anduviste embarrando con no venir ayer.

De igual modo, *dejar la cagada* (= meter la pata), se atenúa mediante los eufemismos *dejar la embarrada; dejar la grande; dejar la escoba* y *dejar la crema*.

Sudor

En lugar de *sudar* usamos, incluso en la conversación coloquial, el verbo *transpirar*, más culto que el primero: *me lo transpiré todo en el partido*. (= sudé muchísimo); *aquí huele a transpiración*.

Partes del cuerpo: culo y tetas

La primera palabra, habitual en España, en Chile está totalmente tabuizada. Equivalentes eufemísticos son *poto*, *traseo*, *traste* y *popó*.

La expresión peninsular *ir de culo*, no se utiliza. Dependiendo de cuál sea su sentido sus equivalentes son las más eufemísticas *ir de espaldas* (en un autobús) y *estar de cabeza* (sumido en una actividad).

A las *gafas de culo de vaso* españolas corresponden en Chile los *anteojos poto'e botella*.

Por otra parte, *potón (a)* es la persona que tiene el *poto* grande.

En cuanto a *tetas*, nuevamente tenemos una palabra de uso habitual en España y tabuizada en Chile.

En nuestro país el término coloquial habitual es *pechugas* y el culto, *pecho* o *busto*.

De ahí que *dar pecho* (a un niño) sea, en lenguaje coloquial, *dar pechuga*. *Pechugona* es una mujer provista de grandes *pechugas*. *Pechugón* es, sin embargo, el hombre farsante y creído.

A su ginecólogo, la mujer no ha de pedirle que le *toque las pechugas* sino, de forma más culta y cortés, que le *palpe el pecho*.

Prendas de vestir: calzones (bragas)

Esta palabra no está tabuizada pero, como muestran los siguientes ejemplos, se suele hablar de ella de forma atenuada:

En una ocasión una mujer visitó a una amiga que compartía el piso con su novio y otro amigo. De pronto la anfitriona, aprovechando un momento en el que estaban solas, se le acercó y le dijo a su invitada en voz muy baja:

Hay como una especie de calzoncito en el baño que pienso que puede ser tuyo.

La situación no dejaba lugar a equívoco. En ese momento ellas eran las únicas dos mujeres que había en el piso, por lo tanto, si los *calzones* no eran de una sólo podían ser de la otra.

Si este episodio hubiera ocurrido entre españoles, el enunciado emitido por la hablante habría sido: *María, te has dejado las bragas en el servicio*.

Relaciones sexuales

Eufemísticamente se usan: *meterse*, *pasar algo*, *tener onda* o *acostarse con alguien*. Se escucha también: *echar una canita al aire*, *echar un polvito*.

2.2.3. Otros temas nudos

Al margen de los tabúes lingüísticos, existen, como hemos dicho, muchos otros temas cuyo tratamiento, por diversas razones, resulta conflictivo.

Características físicas consideradas poco estéticas

En Chile el ideal estético para la clase media y alta es el tipo alto, delgado, de tez blanca, ojos claros y pelo rubio. De ahí que ser bajo, gordo o moreno sea considerado, aunque no siempre abiertamente, un defecto. Cuando se habla de alguno de estos defectos se produce un nudo en el lenguaje. El hablante toma distancia de su enunciado y se ve en la necesidad de elegir una forma atenuada de referirse a ellos.

La baja estatura

Tenemos la siguiente entrevista:

- *¿Cuánto mide usted?*

- *No tengo idea. En todo caso soy más bien bajito, aunque no tengo mucho tema con eso, siempre me ha dado un poco lo mismo excepto cuando se trata de jugar al básquetbol, pero rara vez lo he intentado* (Revista Análisis, 22 a 28 de abril 1991: 36 - 7).

La sola pregunta, por parte de la periodista, es ya insidiosa.

El economista de 37 años en un primer momento pretende ignorar el tema. Más adelante, *en todo caso soy bajo* aparece atenuado por *más bien* y el *diminutivo*.

En *no tengo tema con eso* y *siempre me ha dado lo mismo* aparecen los atenuantes *mucho* y *un poco*, que, revelan lo contrario de lo que se propone decirnos el hablante. *No tengo mucho tema con eso* equivale a *tengo algo de tema con eso; me da un poco lo mismo, a no me da del todo lo mismo*.

Finalmente, el economista evade el tema por medio de una broma: *excepto cuando se trata de jugar al básquetbol, pero rara vez lo he intentado*. Ésta ratifica que el hablante tiene plena conciencia de ser bajo.

Más avanzada la entrevista, la periodista le solicita describirse como galán. El economista responde: *yo creo que ahí uno usa todas las formas de lucha ¿no le parece?*

El economista no se describe como galán sino que se pone en situación de galanteo. Es decir, evade la pregunta en sí: 1ª atenuación.

La oración *yo ahí uso todas las formas de lucha*, atenuada por *creo que uno* y *¿no le parece?* se desvirtúa completamente.

Creo que atenúa el conjunto del enunciado. *Uno* busca generalizar la actuación del hablante y hacerla extensiva a todos los hombres. Así el hablante se libera de una responsabilidad individual sobre sus actos. Por medio de *¿no le parece?* se busca hacer cómplice al interlocutor del modo de actuar del hablante.

Podemos establecer la siguiente gradación de oraciones de menos a más atenuadas, a partir de la no atenuada:

yo ahí uso todas las formas de lucha.

yo creo que ahí uso todas las formas de lucha.

yo creo que ahí uno usa todas las formas de lucha.

yo creo que ahí uno usa todas las formas de lucha ¿no le parece?

La calvicie

El siguiente fragmento pertenece a otra entrevista:

- *¿Desde cuando es pelado?*

- *Bueno, siempre tuve poco pelo pero la verdad es que no me di ni cuenta, hasta que por acumulación un día te miras en el espejo y ya eres un pelado* (Revista Análisis, 10 a 16 de diciembre 1990: 36 - 7).

Nuevamente tenemos una pregunta insidiosa por parte del periodista.

En este ejemplo, el entrevistado, un actor de 32 años, atenúa su yo sustituyéndolo por el pronombre de segunda persona *tú*.

La gordura

En una tercera entrevista, esta vez a un sociólogo, tenemos:

- *¿Cómo era usted cuando niño?*

- *Era sumamente delgado, retraído, tímido, reflexivo.*

- *¿Y cómo fue que se transformó en un señor entradito en carne, robusto ... ?*

- ... Comencé a ser gordito en la Universidad de Concepción, cuando ya no me quedó tiempo para el deporte (entrevista a Nelson Gutiérrez en *Análisis*, 15 a 21 de abril 1991: 34 - 5).

La gordura es aludida eufemísticamente por la periodista. Estar **entrado en carne** y estar **robusto** es un grado inferior a estar gordo. El entrevistado, por su parte, consigue atenuar la alusión a su propia gordura recurriendo al diminutivo.

La droga

Un hombre de 34 años busca informarse en una población sobre el uso de un pegamento que, aspirado, tiene el efecto de una droga. Dado que la pregunta puede molestar a su interlocutor lo inquiere del modo más atenuado posible:

Dicen también, contaban por ahí, que parece que sirve pa' volarse un poco ¿o no?, ¿o es mentira?

Aquí podemos ver como la atenuación consiste en dejar un máximo de opciones al interlocutor para que éste pueda defenderse y rebatir fácilmente al hablante. Esto explica lo vago de la pregunta. Quien la formula sabe muy bien que efectivamente el pegamento en cuestión sirve para "volarse".

Sentimientos personales

Como dijimos antes, Bernstein (1975) muestra cómo en las clases altas se proscriben la manifestación de los sentimientos personales.

Veamos algunos fragmentos de cartas personales en los que el tratamiento de dichos temas -que podemos considerar nudos- hace tomar conciencia al hablante en mayor o menor medida del lenguaje que está utilizando y lo llevan a atenuarlo:

Oiga Anita, de repente tengo la sensación que no estás bien en España (...) No pareces muy convencida del esfuerzo que estás haciendo, si vale o no la pena. ¿Estoy equivocada? Si así fuera, tómate la libertad de seguir tus sentimientos y necesidades y filo con lo que piensen los demás. Un besito muy muy cariñoso. Mamá (Carta de 1992).

La ubicación de este fragmento en la carta ya habla de la dificultad de la madre de plantearle a su hija su impresión. En efecto, esto, que parece ser el tema central que motivó la escritura de la carta, va al final de ella. Antes se habla de múltiples otras cosas.

La madre trata a la hija de **tú** pero la complejidad del tema la lleva a atenuar ese tratamiento sustituyéndolo por el de *usted*.

Este uso de *de repente* equivale en Chile a *a veces*. En este sentido atenúa la sensación de la madre que, con toda seguridad, es persistente.

El verbo **parecer** atenúa a *estar*. El enunciado **no pareces convencida** está atenuado por **muy**. La madre no niega de forma radical que la hija esté convencida de su esfuerzo. La presencia de **muy** deja libre la posibilidad de que la hija esté *un poco, algo convencida*. En este sentido el juicio de la madre no es taxativo y deja abierto el espacio para que la hija pueda rebatirlo.

Lo anteriormente dicho se ve reforzado por la pregunta *¿estoy equivocada?* que demuestra que la madre admite la posibilidad de estarlo.

El trabajo me ordena bastante aunque no he estado del todo 'hallada' como diría la Melania. Una cierta rigidez de la administración pública, horarios, lentitud de los procedimientos, me hace sentir a veces como presa (Carta de 1991).

Aquí solo queremos llamar la atención sobre el halo de vaguedad que los atenuantes señalados imprimen al sentimiento de la mujer que escribió esta

carta. No del todo, una cierta y a veces como, dan como resultado un enunciado nada apodíctico. La pregunta que cabe hacerse es si éste responde a que la mujer no sabe exactamente cómo se siente o a su miedo a preocupar (incomodar) al destinatario de la carta, a herir su imagen negativa.

Gordita, comuníquese con nosotros. Si tiene poco tiempo para escribir, llame 'colect' de vez en cuando (...) Necesito saber de ti, como estás. Me comienza a inquietar no tener noticias tuyas (Carta de 1993).

Llama la atención en el fragmento anterior la transición del tuteo al tratamiento de **usted**. Éste último, en este caso, puede considerarse un atenuante puesto que modifica la distancia del hablante hacia su interlocutor. Hay que decir, sin embargo, que en este caso usted no distancia al emisor del destinatario sino que los aproxima. Se trata de un uso afectivo de dicho tratamiento. Este uso se ve confirmado por el pseudónimo en diminutivo: **gordita**.

Yo he estado un **poco tristona** porque hablé con mi mamá, se las ha visto duras con [la enfermedad] de mi abuelo y bastante impotente (Carta de 1994).

Quien escribió esta carta estaba muy triste. Sin embargo, la tristeza es un sentimiento que nos cuesta confesar. Es curioso que aquí el aumentativo **tristona** está funcionando como un atenuante de **triste**. El cuantificador un **poco**, como determinante del adjetivo **triste**, también contribuye a atenuarlo.

Ahora estoy en un período bajo en el que **me parece** no entender nada. Son momentos. En el fondo es únicamente soledad. Me ha ido **más o menos** con los amores. Tuve un pololo (novio) que me duró un mes y luego chao. ¡Qué lata! Entonces eso me frena para trabajar, se me quitan las fuerzas.

Es evidente que si el pololo le duró un mes, que si eso le da lata y le quita fuerzas para trabajar, no le ha ido **más o menos** con los amores sino, directamente, mal. **Más o menos** no es más que un atenuante.

2.2.4. Temas no considerados 'nudos'

Para contrastar los ejemplos de los temas considerados 'nudos' veamos algunos fragmentos de las mismas cartas en los que no se tratan temas conflictivos. Aunque podría habernos bastado con un breve fragmento para ejemplificar este hecho, la disminución o práctica desaparición de los atenuantes es tan significativa que nos interesa ilustrarla de forma más contundente. Lo que hay de común en ellos es que:

- Están escritos en tiempo pasado.

Dijimos que el tiempo que se busca atenuar es básicamente el presente, por su condición de tiempo de la enunciación. Cuando se narra un hecho pasado, la necesidad de recurrir a la atenuación disminuye significativamente.

- Nada que involucre personalmente al emisor ni al receptor está en juego.

- Se narran hechos que conciernen a terceras personas.

Como hemos dicho, la tercera persona corresponde a la no persona, es siempre un ausente. De ahí que cuando el enunciado refiere a ella, la atenuación deja de ser necesaria.

¿Te cuento? me compré una de las esculturas de F. C., una grande, verde clara, con la forma de un gigantesco poroto (aluvia), preciosa. Fue un amor él, me hizo una súper rebaja. La voy a instalar arriba, en el hall de la pileta, entre las plantas. Le voy a pedir a Gonzalo que me haga un lindo pedestal de metal (Carta de 1994).

Noticias Nacionales:

1. Los milicos (militares) hacen movimientos raros en las calles para asustarnos a todos (lo que consiguen fácilmente) con el fin de que retire una acusación contra el hijo de Pinochet por la venta de una empresa en quiebra por la que recibió del ejército la suma de un millón de dólares en tiempos de la dictadura. Todos los ministros están preocupados, se reúnen y terminarán negociando la tranquilidad tapando los fraudes.

2. Se proclamó candidato de la Concertación a Frei y sigue la derecha sin ponerse de acuerdo sobre candidaturas a presidente y a parlamentarios, la Concertación sacará mayoría absoluta en el congreso. También eso preocupa a los milicos porque así salen al tiro (de inmediato) las leyes para que el presidente pueda remover al comandante en jefe, para sacar a los senadores designados, cambiar la ley electoral y otras por el estilo (Carta de 1994).

Noticias locales:

1. Sebastián mirándolo todo con unos ojos color gris azulado, color piedra. Es muy atento, mira seriamente y sostenidamente. Luego se para contra todo lo que pilla: una pierna, una silla, una mesa. No siempre sus apoyos lo resisten y se pega tutes (golpes) a menudo. También aprendió recién a subir escaleras, como la Mari vive en casa de dos pisos. Es una guagua (bebé) adorable que se conquista a todos. A mí, desde luego.

2. Hemos estado hablando con la Claudia. Se ganó una beca a Japón y se va en Agosto. Vivirá con una familia nipona durante 8 meses. Bien valiente, con lo difícil que es convivir con gente cercana, cómo será con estos personajes que se sacan los zapatos, hacen mil reverencias por minuto y trabajan 18 horas diarias (Carta de 1994).

2.3. La actitud del hablante hacia su interlocutor

2.3.1. La atenuación en una conversación entre dos profesionales jerárquicamente distantes

Para mostrar cómo se manifiestan las diferencias jerárquicas entre profesionales, he seleccionado del *Habla culta de Santiago* una conversación (la Muestra 36) que tuvo lugar entre un arquitecto de 58 años y una profesora de enseñanza media de 27 años.

La arquitectura era hace diez años -momento en el que se realizaron las grabaciones- de las carreras que gozaba de mayor prestigio social en Chile, por lo tanto, de las mejor remuneradas. La pedagogía, por el contrario, era y sigue siendo de las carreras que gozan de menor prestigio social y de las peor remuneradas.

Somos conscientes de que las variables del sexo y la edad también contribuyen a la mayor jerarquía del arquitecto. Sin embargo, aunque la edad pudo ser determinante en la elección de los tratamientos -el arquitecto tutea a la profesora y ésta trata de usted a su interlocutor- lo anterior no invalida el interés que tiene la conversación para nuestro propósito. Toda ella versa, precisamente, sobre la profesión de los interlocutores y deja ver con claridad la apreciación de una y otra.

Veremos cómo esta conversación es análoga a una lucha.

La jerarquía entre los informantes pone al hombre en una situación de poder y dominio, y deja a la mujer al arbitrio de su interlocutor. Ella tímida y dubitativamente intentará sobreponerse a las innumerables muestras de prepotencia de su interlocutor. Éste, cual si se tratase de un sordo, construirá durante gran parte de la conversación un monólogo de un modo avasallador, haciendo caso omiso de todo lo que ella diga y adueñándose en solitario de la palabra.

El resultado será, hasta la línea 335, un texto entrecortado, lleno de interrupciones y puntos suspensivos, en el que las más largas intervenciones son las del hombre y el tema tratado refiere a él.

En L. 335 él, no teniendo nada más que agregar acerca del ejercicio de su profesión, parece percatarse de súbito de que ella está enfrente callada y expectante. Entonces arremete, sin deponer su tono prepotente:

- (...) Bueno, no me has hablado de tu profesión. ¿A ver?

Ella, apocada y sumisa, como no sabiendo qué hacer con la palabra que gentilmente le ha sido concedida:

- Bueno, pregúnteme usted, p'; no se me ocurre qué decirle (L. 336).

Entonces él, haciendo ostentación de su poder:

- Desde luego, fue por vocación ¿no cierto? ¿o no? ... (L. 338).

Ella, sintética y sobria (cualidades éstas que suelen ir juntas):

- Sí.

Él, retomando su intervención anterior y dando en el punto al que quería llegar:

- ... ¿o empujada por alguna circunstancia especial?

En realidad, él lo que está haciendo es poner en duda que su interlocutora (o que alguien) pueda estudiar pedagogía por vocación.

En Chile las Pedagogías son carreras desprestigiadas. Se accede a ellas con un puntaje bajo y esto hace que reúnan a todos aquellos estudiantes que, no teniendo más alternativa, van a parar ahí sin jamás haberse preguntado por su vocación de educadores. Tal vez, implícitamente, él está poniendo en duda las capacidades intelectuales de su interlocutora.

Pero hagamos un poco de justicia a nuestro caballero. Cualquiera que haya leído la conversación desde el principio conocerá el motivo fundamental de su despliegue ostentoso de fuerza. Presumiblemente, la fuerza le está dada por el hecho de ser hombre, arquitecto y estar bordeando los sesenta años:

Ella - Usted dice que es arquitecto y que trabaja en el Servicio Nacional de Salud ...

Él - Claro.

Ella - ... o sea, yo siempre he pensado en la profesión de arquitectura como un ... como una de las llamadas profesiones liberales y se me ocurre que el hecho de estar en un servicio público como que a uno le ... le corta sus ideales, sus posibilidades; o sea que siempre he pensado que el arquitecto es un creador por naturaleza, y el hecho de trabajar en un servicio público, como el Servicio Nacional de Salud, se me imagina que siempre van a crear un determinado -supongo- tipo de estructuras, de edificios que no permite una ... I ... la creación libre, como sería el caso de residencias particulares.

Él - Tienes algo de razón, Lucy, pero no precisamente en lo que a creación se refiere, sino en cuanto a tener un patrón, en general, y en cuanto a servir intereses determinados que están en relación con un servicio, pero en la parte de creación, al menos en el servicio en que yo trabajo, uno tiene amplia libertad, entonces, lo que a uno lo limita es el tema a crear (L.1 - 19).

Las jerarquías están marcadas desde la primera intervención de Lucy y la segunda del arquitecto. Ella lo trata de *usted*, él la trata de *tú* y la llama por su nombre:

En el tipo de tratamiento no recíproco se expresa una diferencia de status, la distribución desigual de los atributos que son valorados positivamente por la sociedad. Esta diferencia de status se manifiesta ante todo como una cantidad diferente de poder social (Hörman, 1967: 413).

A pesar de su menor status social -y presumiblemente debido a él- ella busca desde el principio encontrar un punto débil, una limitación en el ejercicio de la profesión de su interlocutor. De no haber sido su intervención un ataque sino una simple inquietud, se habría planteado como una pregunta y la lucha no se habría desencadenado.

Sin embargo, a pesar de su ataque, dado su menor status, Lucy deja al descubierto su tono inseguro, matizado de múltiples atenuantes: o sea, se me ocurre, se me imagina, supongo.

Lucy ataca, pero de forma camuflada. Si de verdad supone y se le ocurre, lo esperable de su parte habría sido una pregunta. Puesto que Lucy ataca, no son pertinentes tantas atenuaciones. La frase medular de su intervención la delata por completo:

... *se me ocurre* que el hecho de estar en un servicio público como que a uno le ... le corta sus ideales, sus posibilidades.

Como quiera que haya sido, logró ofender al arquitecto poniendo en duda su creatividad:

Él - En ese sentido tengo la limitación, pero dentro de cada uno de los proyectos, no tengo ninguna limitación; se respeta al profesional allá; no sé en otros servicios públicos; puede ocurrir la otra limitación, que yo no la tengo ni ninguno de mis colegas. Son más de treinta arquitectos, entonces, por eso te digo: tienes algo de razón (L. 25).

Ella, no contenta, obsesionada por encontrarle una limitación dice más adelante:

Ella - ya está; *una limitación tiene esto* ... usted ... el hecho de trabajar pa' un servicio público ¿le permite hacer trabajos particulares fuera?

Él - Perfectamente; manos libres, que llamamos nosotros ... (L. 83)

Sin embargo, finalmente terminará cediendo y admitiendo la posibilidad de que su interlocutor sea creativo:

Ella - (...) Usted eligió por vocación, arquitectura ...

Él - Claro. (L. 781)

Ella - A veces cuesta, no sé.

Él - Eso de crear ... pero ...

Ella - Era buen dibujante, supongo, en el liceo o en el colegio.

Él - No tan bueno.

Ella - ¿No?

Él - Mejoré la mano en la ... en la universidad. Es el aspecto creación lo que a mí me atrajo. (L. 789)

Ella - ¡Ah! ¿usted es más parte creación, ... I ... la parte ...?

Él - Sí, esa es la parte que me gusta ... crear, proyectar; eso es lo que me gusta (L. 806)

Ella descansará de la agotadora lucha cuando él se digne a preguntarle por su profesión. Entonces, monopolizará por un momento la palabra y él accederá a deponer su rol hasta ahora protagónico.

Durante toda la conversación, ella mantendrá un tono inseguro y sumiso, evidenciado por las múltiples oraciones interrumpidas y reanudadas y por el frecuente uso de atenuantes en circunstancias que su interlocutor no usa ninguno.

En el momento álgido de la lucha, él la interrumpirá reiterativamente, hará caso omiso de sus intervenciones y la apabullará con términos técnicos que corrijan lo que ella, como cualquier lego en arquitectura, pudo haber dicho. De este modo, él ratifica las jerarquías (ella no es un interlocutor válido). Por su parte Lucy, sin darse cuenta, cae en el juego. Al interrogar al arquitecto sobre el término correcto que debió usar, pero que desconoce, está admitiendo que sus palabras son imprecisas:

Ella - ... *diseñar, llamo yo* ... [cursivas y negritas nuestras]

Él - Claro.

Ella - ... *no sé cómo se llama* ...

Él - [nada cooperativo] Claro.

Ella - ... *¿bosquejar casas? no ... no sé.*

Él - Claro, *proyectar y dirigir la obra* (...) (L. 127)

Ella - ¿Ustedes tienen que ver con jardines también? (...)

Él - *Decoración*, claro.

Ella - ... porque veo, por ejemplo, en un proyecto, cuando hacen esas maquetas, *creo que se llaman* ... (L. 231)

Él - Claro, porque hay que estudiar mucha botánica, entonces, el arquitecto que se especializa en eso a ti te proyecta un jardín y te pone con el *nombre científico*; aquí

tiene que ir tal planta con su *nombre científico* y aquí tal otra y así; es muy ... eh ... muy ... ¡es muy bonito! (L. 240)

Él - ... el urbanismo ya, en un nivel más amplio *se llama planeamiento territorial* eso también. Planeamiento territorial se llama. (L. 259)

Ella - ... o yo que viajo todos los días San Pablo abajo; San Pablo yo lo demolería *creo que* desde Matucana ...

Él - Sí, sí.

Ella - ... hasta ... hasta la altura del sesenta.

Él - *Eso es lo que se llama plano regulador* [no ha lugar]

Ella - ¡Ah!

Pasada la lucha, cuando Lucy habla de su profesión (L. 335), nuestro arquitecto adopta una actitud más cooperativa, la escucha y aprueba sus intervenciones.

Más tarde él recuperará su rol protagónico: hablará de sus viajes por Europa. Ella, que jamás ha salido del país, se limitará a preguntar y a conjeturar sobre lo que él debió haber hecho en Europa, de acuerdo con lo convencional:

Ella - Usted iría a los museos ... el museo ... museo de cera, el museo de ...

Él - A los museos, claro; el Louvre vi ... estuve durante una semana yendo al Louvre pa' poderlo ver todo. (L. 904)

Ella - ¿Y a espectáculos y a obras teatrales fue también?

Él - Es bien interesante recorrer Italia.

Ella - Fue a las ... iría a las catacumbas (L. 1192)

En esta última parte cada uno recobra su lugar y la lucha desaparece por completo.

Él, instalado en el trono del conocimiento y del saber, le muestra a su interlocutora llena de curiosidad un mundo desconocido, lejano y deseado.

Ella, que posee el dominio de una de sus lenguas, a cuya enseñanza dedica su tiempo, jamás ha accedido a él.

2.3.2. La atenuación en una conversación entre dos profesionales jerárquicamente afines

Para estudiar cómo funciona la atenuación en las relaciones recíprocas entre hablantes de clase alta nos será útil acercarnos a la muestra 46 del *Habla culta de Santiago*.

Las informantes, presumiblemente, están equiparadas en cuanto a nivel socioeconómico (ambas son profesoras: una educadora de párvulos, la otra profesora secundaria de castellano).

Se tutean, es decir, utilizan un tipo recíproco o simétrico de tratamiento. Esto da cuenta de una proximidad. La actitud de ambas es muy cooperativa y esto hace que la conversación progrese sin traspie.

Desde el punto de vista de la *progresión temática* (empleada, playa, clima, cabañas, sillas, mesa, sillones, viaje de Mary, casa, empleada, suelo, tejido, robo, chomba, terno, cine, teatro, televisión, lectura) la conversación no toca temas personales y, por lo general, se relatan acontecimientos pasados.

No hay ocasiones de introspección de las interlocutoras. En síntesis, nada que las involucre demasiado está en juego. Esto facilita que no haya 'lucha' y que ninguna de las informantes quiera triunfar sobre la otra.

Solamente en dos ocasiones A y B tienen opiniones contrarias en los 46 minutos de duración de la conversación. Ambas ocasiones tienen lugar hacia el final de la misma (L. 989 y L. 1076), cuando se habla de cine y de teatro.

Respecto de una película:

1. B - Oye, yo la encontré tan mala, tan mala, que me atacó ...

2. A - ¿La encontraste mala?

3. B - ... me atacó (...)

4. A - Oye, yo no la encontré tan mala, fíjate.

5. B - ¡Oh! no me digas, yo la encontré ...

6. A - Claro que la mujer ...
 7. B - ... una personalidad tan idiota, oye. Una mujer que no ... ¡ayi!
 8. A - La mujer era ... era en realidad ... cómo aceptaba todo eso y con una calma (...)
 9. A - Yo no la encontré tan mala, lo único que un poco deprimente, o sea, bueno, bastante deprimente ¿ah?

En (5) B hace caso omiso de la apreciación de A.

En (6) A transa en favor de B.

En (8) y (9) sigue transando pero no hasta el punto de cambiar de opinión.

Vuelve a haber desacuerdo en relación a una obra de teatro. En un momento dado B dice:

- Pero no, fíjate, no diría eso yo.

En la segunda parte de su turno, atenúa, por medio del *condicional*, la negativa de la primera parte, sin por ello modificar la información. De esta forma, a pesar de no estar de acuerdo con A, B mantiene una actitud 'cortés'.

Las principales marcas que permiten la fluida progresión de la conversación son:

- las reiteraciones por parte de una informante de una o más palabras dichas por la otra informante en la intervención anterior.
- la aprobación por medio de sí y de claro de la intervención anterior.
- las frecuentes preguntas de una y otra informante, atinentes al tema del que se está tratando.
- la introducción de los cambios de tema por medio de 'oye'.

Lo anterior contribuye a configurar una conversación con frecuentes alternancias de turno, en la que ninguna de las informantes monopoliza la palabra.

Las aprobaciones *sí, claro, eso sí, lógico*, etc. cumplen, junto con una función de aprobación, una función fáctica: garantizan a quien las escucha que cuenta con la atención de su interlocutor, haciendo innecesarias intervenciones del tipo de *cachay, sabes, me entiendes o no* y otras, que surgen de la inseguridad del hablante de estar siendo adecuadamente interpretado.

Sin embargo, lo que más llama la atención en este texto son las frecuentes reiteraciones en una intervención de un fragmento de la intervención anterior. Ello, sin duda, contribuye a homogeneizar el texto acercando su carácter dialógico a uno monológico. Se enfatiza la coherencia temática con esta superposición de turnos que van quedando unidos por medio de fragmentos comunes.

A lo largo de la conversación contamos cien reiteraciones de este tipo. cincuenta y dos veces es A quien retoma lo dicho por B y cuarenta y ocho veces es B quien retoma lo dicho por A. Por lo tanto, no sólo este recurso no es privativo de una de las informantes, sino que, además, lo usan ambas en igual proporción. De este modo se hace evidente también que ninguna de las informantes está 'supeditada' a lo que dice la otra.

Estas marcas de cortesía también deben ser consideradas atenuantes. Atenuantes no ya que matizan y suavizan una lucha sino que impiden llegar a ella. Atenuantes que permiten que el diálogo (Giannini) se siga desarrollando. Cuando tiene lugar una lucha, la conversación dialógica, la negociación, desaparece y en su lugar aparecen superposiciones de monólogos. Mientras más negociada, la conversación es más atenuada y cortés.

Retomemos el primer fragmento citado:

4. A - Oye, yo no la encontré tan mala, fíjate.
 5. B - ¡Oh! no me digas, yo la encontré ...
 6. A - Claro que la mujer ...
 7. B - ... una personalidad tan idiota, oye. Una mujer que no ... ¡ayi!
 8. A - La mujer era ... era en realidad ... cómo aceptaba todo eso y con una calma (...)

9. A - Yo no la encontré **tan mala**, lo **único** que **un poco deprimente**, o sea, **bueno**, **bastante deprimente ¿ah?**

Si a (1) A hubiese contestado *pues, es genial*, la transacción no habría tenido lugar y los informantes no habrían podido profundizar en la conversación sobre la película. No habrían tenido ocasión de exponer cada uno su punto de vista. B no habría tenido la ocasión de influir sobre la opinión de A y ésta tampoco, de matizar su punto de vista.

Ambas sabrían mucho menos sobre lo que su interlocutora piensa de la película y, puesto que dialogar con otro es a su vez dialogar consigo mismo, ambas sabrían mucho menos sobre su propia percepción de la película.

En (1) y (4) con el uso del verbo subjetivo (Kerbrat-Orecchioni, 1980) o performativo (Briz, 1995) *encontrar* el hablante hace explícito que se trata de su particular apreciación de la película y, con eso, permite que la de su interlocutor sea otra. De ahí que *encontrar* sea más atenuado, menos lapidario que *ser*.

En (5) *no me digas* demuestra que B está escuchando a A a pesar de su desacuerdo con ella.

Los atenuantes de (8) y (9) muestran el cambio que opera en A. Es decir, atenúan sus propias intervenciones anteriores. En este sentido son metadiscursivos.

En (9) el paso de *lo único que un poco deprimente* a *o sea, bueno, bastante deprimente* denota un diálogo de A consigo misma. Hace una afirmación y luego se retracta y la matiza.

Terminar un turno de habla con la pregunta *¿ah?* es muy frecuente en nuestro castellano. Esto demuestra que el hablante nunca cree haber dicho la última palabra y la conversación puede continuar.

En esta conversación los temas tratados son: el de las empleadas, el de los maestros, el de la gordura y el de la vejez (los dos últimos tabuizados y aludidos eufemísticamente de múltiples formas en nuestra cultura en las clases media y alta).

Respecto de las empleadas dicen las hablantes:

1. B - O si no, la tienes metida aquí (...) en el living, encima de uno. (L. 431)
2. B - Entonces, yo, no es que tenga nada, pero no se puede. Uno ya termina aburriéndose tener siempre una persona ajena encima (...) Resulta que es difícil [tener empleada] por como es la casa. (L. 437 y 440)
3. A - Da no sé qué que se vaya a encerrar a otra parte.
4. B - Claro, tiene cierto temperamento. (L. 453)
5. B - Lo que pasa es que está como retirado [el dormitorio de la empleada] y como ni siquiera hay puerta por este lado (L. 519) .

Por medio del pronombre indefinido *uno* el hablante toma distancia, elude el pronombre personal *yo* que lo involucra más directamente.

En (2) la *justificación* nos pone en antecedente de la incomodidad del hablante. Ésta se ve reforzada por el posterior uso de *uno*.

En (3) la atenuación está dada por el uso *impersonal* del verbo. A través de este recurso se generaliza la responsabilidad del sujeto restándosela al propio hablante.

Si leemos las oraciones (4) y (5) en su contexto, es evidente que la empleada posee mucho temperamento y que la distancia del dormitorio al resto de la casa es grande. Por lo tanto, no procede atenuarlos.

Hablando de los maestros dicen:

B - Quedó malito [el trabajo de los maestros]. No tan como mal, pero no ... (L. 558).

Aquí el *diminutivo* juega como atenuante, reforzado por *como*.

Volviendo sobre el tema de las empleadas dicen:

1. A - ... le dijimos nosotros ... [a la empleada] que Carlos le dijo que se iba a tener

que ir (...) (L. 773)

2. B - ... que se tienten [las empleadas] y te corten un bistecuito y se lo lleven, uno lo encuentra, oye, hasta natural, oye ... (L. 830)

3. A - Y uno misma ya no lo **consideraría tan robo** eso, oye (L. 839).

Otro frecuente recurso de atenuación lo constituyen las oraciones perifrásticas (1) y el condicional eludiendo el tiempo presente en (3).

Es habitual encontrar construcciones en las que una intervención posterior del propio hablante -como en el ejemplo siguiente (3)- delata el sin sentido, o quizá el más pleno sentido, del uso de atenuantes en una intervención anterior (1):

1. A - (...) Es **más bien gordo** mi hermano ya, **casi**. Está gordo.

2. B - ¿Está gordo? (...)

3. A - ¡Está tremendo!

Si A considera que su hermano: *¡está tremendo!* no puede pensar, a la vez, que está tan sólo *más bien gordo*.

2.3.3. La responsabilidad de las acciones: una diferencia de actitud entre el hablante chileno y el español

Partiendo de las palabras de Beinhauer sobre las dos posibles actitudes que puede adoptar el hablante:

Al observar el modo de dialogar una persona con otra, podemos apreciar dos actitudes fundamentales: o su manera de expresarse se caracteriza por el predominio del 'yo', o bien está determinada por la consideración hacia el interlocutor (Beinhauer, 1991: 133).

En algunos aspectos podemos considerar que el hablante chileno tiene más presente a su interlocutor que el hablante español. El español, por su parte, le da más predominio en la conversación a su yo que el chileno, es decir, es más egocéntrico.

¿En qué sentido se oponen el predominio del yo y la consideración hacia el interlocutor? Considerar al interlocutor significa dejarle un máximo de opciones en la interacción comunicativa. Significa entablar con él una relación dialógica. Si el hablante hace predominar su yo en la conversación impide la ocurrencia de una relación de este tipo.

La diferencia de una serie de expresiones que nos parecen ser más atenuadas en Chile que en España radica en que en la península el hablante responsabiliza a su interlocutor de sus actos, en tanto que en Chile la responsabilidad es compartida por ambos hablantes.

Veamos algunos ejemplos:

Porque quieres

Cuando el chileno al retirarse de una reunión social anuncia de forma atenuada su partida haciendo uso del gerundio *me voy yendo*, espera de su interlocutor que intente retenerlo. Que le replique *¿por qué tan temprano?* o *quédate un poquito más*, abriéndose así un espacio de negociación. El visitante puede retirarse efectivamente de la reunión, pero la cortesía pide esta negociación en la que el hablante se verá obligado a justificar el motivo de su partida.

En Valencia, por el contrario, el español demuestra su cortesía al hablante que al retirarse de una reunión dice *me voy*, replicándole *porque quieres*. Con esta réplica el interlocutor hace plenamente responsable al hablante de su decisión de partir y se desentiende ella. A través de esta respuesta el "dueño de casa" manifiesta a su interlocutor el agrado que le produce su compañía.

A diferencia de lo que ocurre en Chile, al final de este diálogo no se espera

que haya negociación del momento de la partida. Esta diferencia de códigos induce a equívocos al hablante chileno que en una situación similar a la del ejemplo dice, en Valencia, *me voy yendo* y obtiene por respuesta *porque quieres*.

En Chile, el hablante dirá *me voy*, sólo en el caso de que su partida, por algún motivo, deba producirse sin tardanza. En ese caso no ofrece la oportunidad de retenerlo a su interlocutor *me voy, que tengo hora al médico*.

Quando puedas

En España es frecuente que el cliente le diga al camarero en un bar *quando puedas, un café; dime qué te debo, quando puedas; te cobras quando puedas* o simplemente *quando puedas* para llamar la atención y pedirle que lo atienda.

Este uso, en el que el pedido se atenúa por medio de la aparente entrega al camarero de la decisión del momento en que realizará la acción, no se escucha en Chile.

En Chile se usan fórmulas del tipo de *me podría atender, por favor*. El condicional en estos casos es muy productivo.

Tú mismo(a)

- ¿me das un vaso de agua?

- tú mismo.

Esta fórmula de cortesía que indica a quien pide algo que puede servirse como si estuviese en su casa, no es conocida en Chile.

Lo cortés es que el dueño de casa sirva a su amigo. En el caso de que haya mucha familiaridad entre los interlocutores la respuesta podría ser *¿puedes servirte tú mismo?* Pero el verbo no se puede omitir y esta respuesta no resulta cortés.

Me dejas (pasar)

En Chile, las fórmulas correspondientes son *permiso, permi, perdón, ¿puedo pasar?* El español alude directamente a su interlocutor y -con frecuencia- lo tutea. El chileno o se alude a sí mismo o bien no alude a nadie. Por eso, las fórmulas chilenas resultan más atenuadas.

Una vez más vemos cómo el español entrega la decisión de la acción a su interlocutor.

2.3.4. Actos de habla

Agradecimientos

No en todas las culturas se agradece de la misma manera ni en las mismas situaciones comunicativas.

Según Haverkate (1994: 94), en España no está normativamente establecido que un cliente deba agradecer al camarero cuando este le sirve algo de comer. Por su parte, el camarero tampoco le dirá nada a su cliente en el momento de servirlo.

En Chile, por el contrario, los agradecimientos en estas situaciones son imprescindibles. Del mismo modo que el cliente debe acompañar su petición con fórmulas de cortesía del tipo de *por favor; si es tan amable*.

Quando está culturalmente establecido que en una determinada situación se utilice el agradecimiento, su ausencia se interpreta como una descortesía. El agradecimiento es necesario porque retribuye simbólicamente el esfuerzo que realizar una acción ha significado para el interlocutor:

Las fórmulas de agradecimiento compensan simbólicamente el coste invertido por el oyente en beneficio del hablante (...) Dejar de restablecer el balance coste-beneficio, no dando las gracias al interlocutor cooperativo, se considera como una forma de comportamiento descortés (Haverkate, 1994: 93).

El hecho de que en España no esté establecido que el cliente deba agradecer al camarero confirma, una vez más, la hipótesis que propusimos cuando hablamos de la responsabilidad de las acciones. Si partimos de la idea de Beinhauer (1991) que propone que en una conversación el hablante puede adoptar una actitud considerada hacia su interlocutor o, por el contrario, adoptar una actitud que se caracterice por el predominio de su propio yo, podemos conjeturar que el español es menos deferente hacia su interlocutor que el chileno.

Haverkate señala que por regla general la cultura española concede menos importancia que otras a emitir fórmulas de agradecimiento. Un último ejemplo, en este sentido, compara la cultura española con la holandesa.

Otro ejemplo contrastivo hispano-holandés: el revisor de los ferrocarriles holandeses [y el chileno] intercambia diariamente mil gracias con los viajeros al recibir y entregar los billetes que debe controlar. Su colega de la RENFE, en cambio, puede ahorrarse esta energía verbal por completo (Haverkate, 1994: 94 - 5).

La cultura chilena sería, en este punto, similar a la holandesa.

Disculpas

Las ocasiones en las que el hablante chileno pide disculpas son más numerosas que aquellas en las que lo hace el hablante español. Aquí también podemos ver una mayor deferencia hacia el interlocutor en Chile.

Cuando una persona se dirige a un desconocido para preguntarle algo suele anteponer a su pregunta *disculpe* o *perdone*: *disculpe / perdone, ¿me podría decir la hora?*; *disculpe / perdón, ¿me podría decir dónde queda la calle Huérfanos?*

Peticiones

Una petición que un alumno formularía a un profesor en Chile del siguiente modo: *en algún momento me gustaría poder hablar con usted*, puede corresponder, en España, al enunciado *quería comentarte una cosa*.

Probablemente el español recurra al imperfecto para atenuar el presente de la petición. Sin embargo, si consideramos estas dos fórmulas, es evidente que en la española predomina el yo del hablante, en tanto que en la chilena se considera más al interlocutor. Por medio de *en algún momento*, se le entrega la decisión del momento en el que tendrá lugar la conversación. El condicional evade el presente. El verbo de posibilidad *poder*, por su parte, hace depender esa posibilidad del interlocutor, le da la opción de rechazar la conversación.

Recursos léxicos y fraseológicos

Recursos morfosintácticos

3.1. Recursos léxicos y fraseológicos

Absolutamente

Kany advierte que el adverbio *absolutamente* (así como la frase *en absoluto*) se usa frecuentemente de manera elíptica en lugar de *de ninguna manera*, *de ningún modo*, etc., es decir que el elemento negativo *no* o *nada*, por sobreentenderse, con frecuencia se omite. Como ejemplos para Chile cita los siguientes:

- ¿Tienes veinte pesos que prestarme?
- *Absolutamente*.
- ¿Oíste lo que dijo Pedro?
- *Absolutamente* (Román, I, 9).
- ¿Así que mi enfermedad no es de cuidado?
- *Absolutamente* (Pepe Rojas y Fernández, *La hoja de Parra*, pag. 6) (*Apud Kany, 1969: 318*).

El hecho de que *absolutamente* permita omitir el adverbio de negación, hace posible considerarlo un atenuante. Este uso existe también en España pero es más frecuente en América. Añade Kany:

Semejante uso se halla en concordancia con aquella peculiaridad del español que, a través del empleo constante de la palabra *no* o de alguna otra palabra negativa, ha llevado a ciertas expresiones originalmente afirmativas a la adquisición de valor negativo: *no lo he visto en mi vida* > *en mi vida lo he visto* (*Apud Kany, 1969: 318*).

Pero es factible pensar que no fue exclusivamente el empleo constante de la palabra *no* o de alguna otra palabra negativa lo que ha llevado a que este adverbio se pierda, sino que haya contribuido también el hecho de la negación requiera ser atenuada. Una forma evidente de atenuar la negación es omitiendo la partícula negativa.

Como

Frecuente sigue siendo el uso popular de *como*:

En el español de los últimos años estamos asistiendo a un fenómeno que se ha censurado desde diversos ámbitos; nos referimos al exagerado uso de *como* que

sirve unas veces como nexos y otras como 'comodín' en cualquier situación de habla. Aludimos a usos del tipo: (1) *Kim Novak es como muy bella*, (2) *A mí Luis me parece como muy superficial*, (3) *Kashogi tiene como mucho dinero* (Manjón Cabeza Cruz, 1987: 176).

Es evidente que, en estos ejemplos, el empleo de *como* produce un efecto atenuador, ya que lo que indica el hablante es que no se responsabiliza de aplicar el predicado en toda su intensidad léxica al sujeto referido. Al mismo tiempo vemos que el atenuante no produce necesariamente efectos de cortesía.

Concretamente, en estos ejemplos, solamente el segundo se prestaría a expresar cortesía, lo cual, lógicamente, tiene su origen en la mitigación del significado peyorativo del predicado superficial. Aquí tropezamos con una condición intrínseca del funcionamiento cortés del atenuante; la mitigación se aplica a calificaciones negativas de la persona o del objeto referido. Esta restricción la muestra eficazmente Leech (1983,147) con la comparación entre:

La pintura estaba un poco sucia.

*La pintura estaba un poco limpia (Haverkate, 1994: 209 - 210).

En algunas regiones, como en Colombia, *como* se usa adverbialmente en el sentido de un poco, algo, más bien. Por ejemplo:

- Estoy *como* cansada.
- ¿Qué tal es la película?
- Es *como* buena, es *como* cansona.
- Fulano es *como* tan simpático (Flórez, págs. 382 - 384) (*Apud* Kany, Sintaxis: 344).

En Chile este uso de *como* es muy frecuente. Encontramos *como* + adjetivo y *como* que + verbo.

Como mucho

En Chile *es como mucho* equivale a *es el colmo*. Como se ha lexicalizado en la locución *como mucho*: *Es como mucho que Mario le haya pegado a su mujer*.

De repente (= a veces)

Una mujer se ve en la necesidad de echar a su jardinero por su lentitud en el trabajo y escribe en una carta a su hija para justificar que lo va a despedir: *De repente Joel es bien lenteja*. El término *lenteja* se refiere de forma atenuada a *lento*.

Medio

El numeral exclusivamente fraccionario 'medio' se emplea casi siempre como fraccionario adjetivo agrupado con nombres sustantivos (...) medio kilo (...) El singular masculino es también adverbio: *medio muerto*, *a medio vestir* (Esbozo, 2. 9. 6, c).

La comparación entre los enunciados *estoy medio molesta contigo* con **estoy medio contenta contigo*, nos muestra una 'condición intrínseca del funcionamiento cortés del atenuante; la mitigación se aplica a calificaciones negativas de la persona o del objeto referido.' (Haverkate, 1994: 210).

Un poco

El uso mitigador de *poco*, en su función de adverbio mitigador, es característico del lenguaje conversacional, no sólo en español, sino también en muchas otras lenguas (Haverkate, 1994: 210).

En Chile este uso de un poco es muy frecuente: *Un poco mucho*; *un poco demasiado* (= es el colmo). *Es un poco mucho que no hayas venido ayer*.

Una especie de

Una mujer le dice a una amiga que está de visita en su casa: *María, en el baño hay como una especie de calzoncito que pienso que puede ser tuyo.*

En una de esas: *En una de esas te vienes más temprano y nos juntamos a almorzar.*

No sé si quiero (= no quiero): *No sé si quiero ir a tu casa* (= no quiero ir a tu casa)

No pasa mucho (= no pasa nada): *En este país no pasa mucho, es una lata.*

3.2. Recursos morfosintácticos

Perífrasis verbales

Como señala la Real Academia Española (1986: 444), en español las perífrasis consisten en el empleo de un verbo auxiliar conjugado seguido de infinitivo, gerundio o participio:

Las perífrasis formadas por un verbo auxiliar seguido de infinitivo dan a la acción carácter orientado relativamente hacia el futuro; el gerundio mira hacia el presente y comunica a la acción carácter *durativo*; el participio imprime a la acción sentido *perfectivo* y la sitúa en relativa posición pretérita (Real Academia Española, 1986: 445).

En el ejemplo: *La María ha confesado que no se está sintiendo bien*, es el carácter durativo de la perífrasis *no se está sintiendo bien* el que le otorga un sentido atenuado. La alternativa sin perífrasis de gerundio *no se siente bien*, resulta no atenuada porque se resalta el carácter temporal y no el modal.

Kany (1969) señala que en muchas regiones de Hispanoamérica se parafrasean con mucha frecuencia simples verbos de acción mediante un verbo auxiliar + un sustantivo verbal femenino en *-ada* (derivado del participio pasivo de los verbos de la primera conjugación) o en *-ida* (derivado del participio pasivo de verbos de la segunda y tercera conjugación). Ilustra lo dicho con los siguientes ejemplos: *me corté > me di una cortada, voy a nadar > voy a echar una nadada*, y es de la opinión de que este tipo de construcciones son enfáticas:

Corresponden al deseo de expresar una acción intensa y completa, o psicológicamente considerada como completa (...) En el pasado (...) añade intensidad y rapidez a la potencia de la acción (*eché una mirada frente a miré*) (Kany, 1969: 34 - 6).

Nosotros pensamos que, en muchas ocasiones, estas construcciones corresponden al deseo contrario, es decir, al de expresar una acción de forma atenuada. La acción de *echar una mirada* nos parece más atenuada que la de mirar. *Le eché una mirada a tu libro* no supone que lo haya leído. En relación a la frecuencia con que este tipo de construcción se da en América nos advierte el autor de su presencia considerable en determinados registros:

En el actual habla familiar, popular y rústica de muchas zonas de hispanoamérica, la formación de estos sustantivos verbales + un auxiliar (*dar, echar, pegar, hacer, etc.*) no parece conocer límites (Kany, 1969: 34 - 6).

En el castellano de Chile muchas perífrasis verbales tienen carácter incoativo: indican el comienzo de una acción que se prolonga. Frecuentes

son las contrucciones de ir + gerundio con verbos de movimiento *me voy yendo (me voy); vayan saliendo (salgan); se anduvo emborrachando; se le anduvieron cayendo los pantalones; quiere llover; entró a equivocarse; como que me quiero resfriar; es más bien tirada para gordita.*

En algunas ocasiones el verbo incoativo se explicita:

Si usted sigue no viniendo a verme me voy a empezar a enojar.

El verbo *tratar* puede atenuar otro verbo. En una farmacia el encargado de entregar los artículos vendidos le dice a la cajera:

- *Ana, trata de no rayar los números de las boletas (Concepción, 1996).*

Ella, que no escuchó, pregunta:

- *¿Qué me dijiste?, Manuel*

- *Que no rayes los números de las boletas.*

Aquí el verbo *tratar* atenúa la orden. Su función atenuante se ve confirmada por el hecho de que cuando Manuel repite su petición no lo utiliza.

Diminutivos

Aparte de la modificación externa del predicado con adverbios y partículas, hay que distinguir la modificación interna, o sea morfológica (Briz, 1995: 105), que se consigue con la sufijación diminutiva:

A veces, los sufijos diminutivos, sobre todo los agregados a adjetivos o a adverbios, también pueden asumir función de atenuantes. *Ya sabes que es algo envidiosillo (atenúa lo que en verdad significa: es de lo más envidioso) (Haverkate, 1994: 21).*

En el castellano de Chile el diminutivo con frecuencia es afectivo, pero en ocasiones o bien se combina la afectividad y la atenuación o sea emplea con carga peyorativa.

El diminutivo en *¿puedes hacerme un favorcito?* nos atenúa el tamaño del favor que se pide con el propósito de no causar molestia al destinatario. Este uso contrasta con el siguiente en el que se combinan atenuación y afectividad: *Anita, creo que sería bueno que hicieras un poco de régimen.*

Pragmáticamente el contenido del enunciado se resume en *Ana, debes hacer régimen.* El diminutivo del nombre indica una relación de deferencia del hablante hacia el oyente y prepara al interlocutor a recibir una crítica, pero en tono cariñoso.

Contrástense estos empleos con los siguientes de marca peyorativa: *vino una mujercita a pedir comida.*

El diminutivo señala la superioridad del hablante dada por un mayor nivel socioeconómico.

En el siguiente texto mostramos cómo diminutivo e insulto pueden ser compatibles:

De un rincón emergía mi tía Mariela, me aborrecía, para qué decir más. Y me decía 'mira mocosita o mira tontona, ponte a resfregar esas colchas de la batea así como andas flojeando' (...) 'ya mocosita anda haciendo la masa, mira que tienes que ir aprendiendo. Después se te ocurre casarte y no sabes ni una cosa' (GIA, 1986: 280 - 1).

El tratamiento de mocosa resulta en sí peyorativo, esto no impide, en contra de lo que podría pensarse, que se derive en forma diminutiva enfatizando dicho carácter peyorativo.

Oraciones interrogativas

Como ya hemos señalado anteriormente, una de las cosas incómodas para

un hablante es tener que pedirle a alguien algo que le pueda suponer una molestia. Haciéndolo amenaza su imagen negativa. Muchas veces el modo imperativo se camufla en una pregunta, como queda patente en los siguientes ejemplos chilenos: *¿me podría dar un cafecito?*; *¿me podrías hacer un favor chiquitito?*

En el castellano de Chile es inusual el empleo de un imperativo, ya que resulta insultante. Lo habitual y cortés sería, por tanto, el empleo de fórmulas alternativas, entre las que destacan las interrogaciones.

En gran parte de los ejemplos que siguen muchas de las tácticas de cortesía de Brown y Lévinson están aquí al servicio de la atenuación: busque el acuerdo; utilice marcadores de identidad *in group*, tenga presentes los deseos del interlocutor; recurra a la indirección convencional: *¿podría pasarme la sal?*, es mejor que *páseme la sal*, recurra a los modalizadores, minimice la imposición: *sólo quería preguntarte si puedes prestarme tu lápiz un minutito*, pida disculpas; recurra al discurso impersonal, minimice su expresión (por medio, por ejemplo, de la lítote), sea ambiguo, sea vago, haga generalizaciones, recurra a la elipsis.

1. Una profesora necesita un cassette, una secretaria consigue uno prestado y se lo facilita. Pasan varios días y la profesora no manifiesta su propósito de devolvérselo. Finalmente la secretaria le dice:

Profesora, me acordé del cassette.

La profesora contesta:

Es cierto, se me había olvidado, lo voy a comprar ahora mismo y te lo devuelvo (Concepción, 1996).

Por una parte, los días que pasaron entre el préstamo y el reclamo revelan la dificultad de la secretaria para hacerlo. Su condición de subalterna contribuye a explicar esta dificultad.

Lo primero que llama la atención es la nula relación que existe entre ambos enunciados. Sin embargo el contenido implícito aportado por la situación comunicativa completa la información y la profesora interpreta automáticamente como un reclamo el enunciado aseverativo de la secretaria.

La profesora tutea a la secretaria. Esta última, en cambio, la trata de usted y se dirige a ella haciendo uso del tratamiento profesora. Jamás la llamará por su nombre. Llamar las cosas (y a las personas) por su nombre, de forma directa es lo contrario de nombrarlas por medio de subterfugios, de forma atenuada; nombrar "como quién no quiere la cosa".

Retomando el capítulo de la cortesía, aquí vemos cómo la secretaria atenúa su enunciado para evitar amenazar la imagen negativa (el territorio) de la profesora. Para evitar el enunciado que habría correspondido *profesora, acuérdesse del archivador*, la secretaria se adjudica ella la acción del verbo.

2. La secretaria de un doctor le dice a la paciente a quien corresponde ser atendida:

Elcira, ¿pasamos? (Santiago, 1996).

El imperativo es atenuado por medio de una pregunta y, para no aludir directamente a su interlocutora, se involucra en la acción y hace uso de la primera persona plural.

3. Una profesora de filología española le ha entregado a una amiga, también

profesora de filología española, un artículo. La amiga que lo recibe dice:

Oye, ¿Sería muy traumático que yo te comentara un pequeño detalle de ortografía?
(Santiago, 1996)

Aquí la hablante teme herir la imagen positiva (narcisismo) de su amiga al hacerle una crítica.

4. En una micro (autobús) dice el chofer a un pasajero que quiere bajar:

Tratemos de bajar por atrasito, atrás 'tá la bajá, por favor, no ve que por aquí pasan parte (Santiago, 1996).

5. Una mujer dice a su hijo, disculpándose por el atraso:

Estoy en [la heladería] Tavelli todavía mijito. Estoy casi saliendo en unos 15 minutos más (Santiago, 1996).

6. Una persona llama por teléfono a su hermana a las 10.30 p.m.

- *¿Estaban durmiendo?*
- *mmmm regular*
- *llamo mañana*
- *sí* (Santiago, 1996).

7. En una librería hay dos mujeres mirando libros de un mismo estante. Dice una de ellas:

Perdón, me voy a poner un poco así agachada, acá (Santiago, 1996).

8. Dos amigos almorzando en un restaurante. Dice uno de ellos a su interlocutora:

¿Vamos como andando?, yo estoy medio apuradito (Santiago, 1996).

9. Dos amigos se encuentran. Uno de ellos, para evitar seguir conversando, dice después de un breve diálogo:

Estoy media atrasadita.

10. Una amiga llama a otra por teléfono. Ésta, para evitar una larga conversación le dice:

Yo tengo como que ir saliendo en este ratito.

11. En la plaza de Concepción (1996) hay una filmación, hay policías evitando que la gente se acerque demasiado. Uno de ellos dice:

Caballeros, ¿por qué no avanzamos hacia atrás?, por favor.

12. En una bomba de bencina (gasolinera) dice un cliente después de haber sido atendido:

Le voy a pedir la boleta, eso sí, por favor (Santiago, 1996).

13. En un café a la hora del cierre dice una mesera a una pareja que está sentada a una mesa:

Discuuulpa, te voy a dar el vale (Santiago, 1996).

La atenuación está pedida por el hecho de que la mesera está comunicando a los clientes que deben retirarse del café.

14. Dos amigos se encuentran. Uno de ellos, que acaba de llegar de Costa Rica le dice al otro:

La gente que está en Costa Rica 'ta queriendo venirse 'ta como eeee achatada entonces por eso a la larga Costa Rica te achata.

15. Fuguet, que caricaturiza el modo de hablar urbano de la juventud de clase media en Chile, pone en boca de una joven las siguientes palabras:

Bueno, después de eso, como que se levantó una muralla, no nos llamábamos por teléfono aunque cada una se moría por hablar, esperando al lado de él viendo si sonaba (Fuguet, 1990: 63).

Por qué no me pasái otro pucho [cigarrillo] porfa ... como que lo necesito ... (Fuguet, 1990: 63).

Como que nada que ver que te cuente todo esto, no sé, como que no puedo dejar de hablar (Fuguet, 1990: 56).

16. Los tres ejemplos siguientes corresponden a enunciados de campesinos:

Cuando uno es pequeño agricultor como que la gente no lo toma en cuenta, lo que trabaja, lo que hace (GIA, 1986).

Tengo una edad suficientemente que ya no, como que ya no es para mí esta revista (GIA, 1986).

[Mi padre] todo el tiempo como que tuvo una admiración por mí (GIA, 1986, Tomo IV: 376).

17. Una amiga le escribe a otra:

¿Sabes? como que me siento extraña en el ocio (que nunca es ocio por lo demás) (Carta de 1991).

18. La atenuación atenta contra la asertividad. El siguiente ejemplo nos da la razón en el sentido de que esto corresponde a una característica del modo de ser del hablante chileno.

O sea, además creo que, en general, el alumno ...como que no se le da ...eh ...una fuerza para decir: 'bueno, yo pienso esto, esto y esto, y lo puedo contraponer a la opinión del profesor (Rabanales, 1979, Muestra 25).

19. Una mujer profesional de Santiago, hablando de los adolescentes, dice:

Es como mucho (= es el colmo) que haya tanta película donde se ve chascones y chasconas drogados y volando y con ataque de una y otra cosa (Rabanales, 1979, Muestra 9).

20. Se trata, en el siguiente ejemplo, de un jardinero al que la mujer que escribe la carta ha despedido (notemos lo eufemístico de este verbo que nos evita la incomodidad de usar echar).

Joel de repente es bien lenteja y olvidadizo (Carta de 1993).

Si ha decidido echarlo, presumiblemente, es siempre lento y no solo a veces. El adjetivo *lento* se atenúa sustituyéndolo por *lenteja*.

21. Una madre escribe a su hija:

Oiga Rosita, de repente tengo la sensación [de] que no estás bien en Italia (...) No pareces muy convencida del esfuerzo que estás haciendo, si vale o no la pena (Carta de 1993).

El diminutivo afectivo anticipa el tratamiento de un tema delicado (nudo). La madre no osa aseverar, por temor a herir la imagen positiva (narcisismo) de su hija que la ve mal. No se atreve a sugerirle que vuelva a su país. No estás convencida del esfuerzo que estás haciendo está atenuado por el verbo performativo **parecer** y por el adverbio de intensificación **muy**.

22. En el siguiente ejemplo el carácter atenuante de **medio** se ve reforzado por el énfasis del aspecto durativo de la perífrasis **nos anduvimos enojando**. La alternativa sin perífrasis de gerundio **nos enojamos**, al resaltar el carácter temporal y no el modal, da como resultado un enunciado apodíctico.

Nos anduvimos medio enojando (Carta de 1993).

23. Veamos otro ejemplo:

En general no estoy muy animosa, me siento un poco en el aire con mi situación, de algún modo la monotonía ha invadido mi vida, necesito con urgencia hacer cosas nuevas (Carta de 1991).

Si leemos este párrafo invirtiendo el orden de los enunciados, se nos hace evidente que **un poco** no es más que un atenuante. Si la mujer de 29 años que escribe esta carta necesita con urgencia hacer cosas nuevas es porque la monotonía realmente ha invadido su vida. En tal circunstancia es presumible que se sienta totalmente en el aire, no sólo un poco. Por otra parte, lo más probable es que **no estoy muy animosa** sea también un atenuante que busque mitigar su grado de desánimo para no importunar al destinatario de la carta.

24. La primera parte del siguiente fragmento es concesiva, atenúa la manifestación de sentimientos personales negativos que son los que, realmente, motivaron la escritura de la carta.

Mi pega, bien en general, salvo que me absorbe demasiadas horas y eso me da un poco de lata (...) No sería nada si estuviera haciendo cosas entretenidas, pero resulta que muchas veces, como ahora que te estoy escribiendo, no pasa nada porque estoy a la espera de decisiones que no dependen de nosotros (Carta de 1991).

Este fragmento tiene una estructura similar a los enunciados adversativos de apariencia concesivos **sí, pero ...**. El valor concesivo lo aporta el adverbio de afirmación **sí**.

En Chile es muy frecuente recurrir a este tipo de enunciados para manifestar, de forma atenuada, disconformidad con el interlocutor:

- *¿me queda bien este peinado?*

- *sí, pero te quedaría mejor este otro.*

25. Como ya dijimos, el oficio de periodista no es garantía de una mayor objetividad en el uso del lenguaje. Así lo demuestran Romero y Torres:

El chileno ha sido siempre un poquito infiel, partiendo por nuestro conquistador Pedro de Valdivia, quien dio el ejemplo, engañando a doña Marina con doña Inés de Suárez (Romero; Torres, 1995: 85).

26. En el siguiente enunciado hay una evidente contradicción entre sus partes:

Está un poquito gordito. Va a haber que ponerlo a dieta (Carta de 1992).

Si consideramos que alguien debe ser puesto a dieta es porque nos parece que está gordo, no **un poquito gordito**. Esto es aún más claro si tenemos en cuenta el contexto en el que aparece este enunciado. El hablante es una mujer de 30 años que quiere presentarle un amigo a una amiga soltera. El

enunciado forma parte de una conversación entre las dos amigas. A pedido de su interlocutora, la hablante le describe al amigo en cuestión.

27. Un embarazo puede pillar desprevenida a una mujer pero ¿cómo podría pillarla solo un poquito desprevenida?

A la Titi la pilló un poquito desprevenida el embarazo, pero con todo pienso que fue un buen momento, con poco pensar y recién llegados (Carta de 1993).

28. El carácter durativo de la perífrasis *no se está sintiendo bien* le otorga un sentido atenuado al enunciado:

La María ha confesado que no se está sintiendo bien (Carta de 1991).

La alternativa sin perífrasis de gerundio *no se siente bien*, resulta no atenuada porque se resalta el carácter temporal y no el modal.

29. La gordura, como dijimos es un tema nudo.

Anita, creo que sería bueno que hicieras un poco de régimen.

El contenido del enunciado se resume a: *Ana, debes hacer régimen*. El diminutivo del nombre indica una relación de deferencia del hablante hacia el oyente y prepara al interlocutor a recibir una crítica, pero en tono cariñoso.

30. Para terminar, veamos algunas perífrasis verbales:

Bueno Anita, por aquí voy terminando. Es tarde y me quiero echar (carta de 1991).

Puse un departamento aquí para pasar algunos meses, otros meses en Costa Rica. Me vine viniendo de a poco (Carta de 1992).

Yo creo que ya podemos irnos despidiendo, porque ya no queda nada ya, oye ¿ah? (Rabanales, 1990: 233)

Nos va quedando bien poco de esta larga conversación que hemos tenido (Rabanales, 1990: 233).

La estratificación social

Posible influjo del sustrato indígena

5.1. La estratificación social

La primera razón que hemos aducido para explicar la mayor atenuación en el uso del castellano de Chile en relación al de España es la marcada estratificación social de nuestra sociedad.

Miension-Rigau (1993: 171) afirma que la cortesía como instrumento de separación de clases sociales opera tanto por medio del lenguaje verbal como del corporal. Produce signos extraordinariamente elocuentes cuya función es la de permitir el reconocimiento y la clasificación de los individuos.

Queremos adoptar la distinción que hacen tanto Compte como Beinhauer entre la cortesía, sin más, y la que Compte ha llamado “cortesía obsequiosa y servil” y Beinhauer “cortesía señor-criado”. Efectivamente, si consideramos el nivel socioeconómico de los interlocutores, la distinción entre estos dos tipos de cortesía se hace imprescindible.

En nuestra sociedad las jerarquías sociales están muy marcadas. El uso de las fórmulas de tratamiento refleja esa distancia social.

En la España de los últimos años el tratamiento de *tú* se ha generalizado mucho. Se establecen relaciones recíprocas entre personas de los más variados oficios. Las diferencias socioeconómicas entre esas personas son mucho más tenues que las que se dan en nuestro país.

Veamos algunos ejemplos que, en nuestro país, ilustrarán lo que hemos dicho.

1. En Chile, a diferencia de lo que ocurre en España, las personas que ejercen oficios ‘no cualificados’ gozan de un muy menor prestigio social que los profesionales.

En Valencia escuché el siguiente diálogo entre una señora de aproximadamente 70 años y un repartidor de gas butano:

ella - ¿no me has traído gas?

él - no, señora, se me ha acabado.

ella - ¿pero, cómo? si yo lo he pedido hace dos días.

él - sí, señora, pero se me ha acabado ¿qué quiere, que se lo pinte?

En Chile la pregunta final resultaría insultante. Por otra parte, no sería compatible con el tratamiento de *usted* y con el de *señora*.

2. Briz (1995: 105) cita el siguiente ejemplo:

Dame algo de dinero (solicita un pobre en la puerta de una Iglesia).

Este ejemplo, dada la estratificación social de Chile, sería impensable en nuestro castellano. En una situación análoga el solicitante no tuteará a su interlocutor, lo tratará de *usted*. La petición estará atenuada por *por favor*. La plata (dinero) no se mencionará, sólo se pedirá una moneda, muy probablemente atenuada por el diminutivo *monedita*. En lugar de "monedita" podrá aparecer una *ayudita*. En este caso, la atenuación conseguida mediante el diminutivo se verá reforzada por el eufemismo.

La petición podrá formularse de las siguientes maneras: *deme una monedita, por favor; ¿me daría una ayudita; por favor? o ¿me podría dar una ayudita, por favor.*

3. El siguiente diálogo tuvo lugar entre un hombre de aproximadamente 30 años que pedía dinero y otro de aproximadamente 40 años.

- *Déme algo de dinero, caballero.*
- *Llamándome caballero ya la has fastidiado.*
- *Vale, colega, dame algo.*

El hombre se enojó (se enfadó) porque el tratamiento de *caballero* se reserva en España para personas mayores. En Chile este tratamiento habría sido el esperable en una situación análoga.

4. Las mujeres de la limpieza en Chile son llamadas *empleadas* y establecen con sus *patronas* una relación mucho más distante que en España. Un signo evidente de esa distancia es que tratarán indefectiblemente a sus patronas de *usted* y la llamarán *señora*. No es esperable que una empleada en Chile le pida ayuda a su patrona para, por ejemplo, levantar un mueble de mucho peso. Tampoco es esperable que emita juicios respecto de lo que ve, ni que le dé instrucciones a su patrona de cómo deben ser hechas las cosas. Este tipo de comentarios no son extraños en situaciones análogas en España. Se puede oír decir a la chica de la limpieza:

Estas puertas están que se van de viaje (= asquerosas); Hoy la casa está muy guarra (sucia); ¿Cuántos días hace que no limpias la cocina?

O bien:

El mocho (estropajo) se ha de pasar con vinagre.

En las relaciones no recíprocas la atenuación que opera de abajo hacia arriba es, con frecuencia, producto de la baja autoestima, de lo que podríamos considerar una autonegación de los hablantes de clase baja cuando se dirigen a los de clase media y alta. Esta autonegación se ve reforzada, por supuesto, por la negación que de estos hablantes hacen los de las clases más poderosas. No los consideran interlocutores válidos.

Proponemos distinguir entonces entre una cortesía "señor-criado" y una cortesía entre iguales.

Es evidente que existe una cortesía basada en la relación "señor-criado", y es evidente también que una serie de los que hemos considerado recursos de atenuación están pedidos por este tipo de relación. No vemos, sin embargo, motivo para considerar, como hace Beinhauer (1991), esta relación ficticia. En ella -nos dice- "el hablante simula asumir el papel de servidor del interlocutor, asignando a éste el de amo" (136).

En Chile este tipo de relación está establecida socialmente y responde a la

gran estratificación socioeconómica de sus habitantes. En ella un interlocutor es efectivamente el servidor, y el otro, efectivamente el amo. La relación es la que se establece, por ejemplo, entre la empleada (mujer de la limpieza) y su patrona o entre el campesino y su patrón. Pero se da igualmente entre las personas que ejercen oficios como el de gáster (fontanero), el de electricista, el de cartero, etc. y su cliente. Se produce, igualmente, entre el mendigo o el vendedor ambulante y el transeúnte. En resumen, tiene lugar en las múltiples situaciones en las que un hablante de clase baja se dirige a uno de clase alta.

5. Un comprador en una panadería en España le dirá al vendedor: *me pones un kilo de pan de huerta y dos ensaimadas.*

En Chile el comprador tratará al vendedor de *usted* y no utilizará el imperativo sino, muy probablemente, el condicional: *¿me podría dar un kilo de marraqueta?*

5.2. Posible influjo del sustrato indígena

Pero las diferencias en el uso de la atenuación y de la cortesía en Chile y en España no se deben exclusivamente a la más marcada estratificación social del país sudamericano.

Nosotros no hemos estudiado la relación que existe entre atenuación y afectividad, pero hemos dicho que la atenuación, como la cortesía, supone una actitud deferente del hablante hacia su interlocutor. Como podemos ver en la siguiente relación de la Doctrina Cristiana, los indios eran considerados por los españoles gente blanda, que se mueve más por los afectos que por las razones. Presumiblemente, por lo tanto, las diferencias de carácter entre los indios y los españoles se reflejaban en su lenguaje haciendo que el de los primeros fuera más atenuado que el de los segundos.

Últimamente, por experiencia consta que estos indios (como los demás hombres) comúnmente más se persuaden y mueven por afectos que por razones. Y así importa en los sermones usar de cosas que provoquen y despierten el afecto, como apóstrofes, exclamaciones y otras figuras que enseña el arte oratoria, y mucho mejor la gracia del Espíritu Santo cuando arde el sentimiento del predicador evangélico. El Apóstol decía: *'Vellem apud vos esse modo et mutare vocem meam'*. Porque sin duda, aunque sus cartas tenían mucha eficacia, era sin comparación mayor la de su pronunciación y semblante con que daba un espíritu del cielo a todo cuanto decía, y por esto aconseja tanto San Agustín que el predicador que desea imprimir la palabra de Dios en otros por sermones, la imprima primero por oración. Y aunque esto es general a todos, pero muy especialmente se experimenta que los indios, como gente de suyo blanda, en sintiendo en el que les habla algún género de afecto, oyen y gustan y se mueven extrañamente. Porque ellos entre sí mismos en su lenguaje tienen tanto afecto en el decir, que parece a quien no les conoce pura afectación y melindre (Tercer Concilio Limense, *Doctrina Christiana*, [1584], 1985: p.p.356-57 Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid).

Kany (1969) recoge una serie de locuciones verbales de procedencia quechua que han pasado al castellano de diversas zonas de América. Así, por ejemplo, señala:

En Ecuador y en la adyacente zona sur de Colombia hallamos, además de *mandar + gerundio*, el uso de *dar* en calidad de auxiliar seguido por un gerundio *dar vendiendo* = *vender*, *dar matando* = *matar*, etc., construcción corriente no sólo entre el bajo pueblo, sino asimismo en el habla coloquial de personas de cierto grado de cultura. Resulta menos abrupto, y por tanto más cortés, que el simple verbo: usado especialmente en forma de mandato, la fuerza imperativa de la expresión queda morigerada al convertirla en un ruego cortés (Kany, 1969: 255).

No es nuestro propósito aquí extendernos en el estudio del posible influjo de las lenguas de sustrato en la atenuación del castellano. Pero sí nos interesa mencionar la necesidad de considerar el sustrato del castellano de América en futuros estudios sobre este tema.



¿Donde se manifiesta la atenuación?

Hemos entendido la atenuación verbal como un recurso que permite a los participantes en una situación comunicativa tomar una cierta distancia de los demás.

El hombre es un animal de no contacto que necesita, para vivir, resguardar su territorio físico y su imagen social. Sin embargo, no puede separarse de sus congéneres hasta el punto de perder total contacto con ellos.

La paradoja está, entonces, en que el hombre necesita de la cercanía de los demás, pero debe mantener con ellos en todo momento una cierta distancia. Esa distancia varía de acuerdo con el tipo de relación que se establezca entre las personas. Muchas interacciones están socialmente fijadas, en ellas sólo hace falta atenerse a las reglas sociales de comportamiento para ver garantizada la salvaguardia de la propia imagen. La distancia, en estos casos, se consigue mediante un cierto grado de impersonalización en las relaciones. Encontramos un claro ejemplo de este tipo de relaciones en el funcionamiento de la burocracia. Enfrentados a ella todos somos 'iguales'. Para realizar una operación bancaria, el funcionario no necesita poder identificarnos por nuestro nombre propio. De ahí que se diga que, en determinadas ocasiones, 'no somos más que un número'. Dejar de ser un número supone presentarnos con las características personales que nos distinguen de los demás. Pero no siempre nos está permitido hacerlo y, en las situaciones en las que más cómodamente podemos hacerlo -como cuando hemos vuelto a casa después de una jornada de trabajo-, también nos encontramos con una serie de pautas que unifican nuestro comportamiento y nos asimilan a los demás. Si estos modos estandarizados de actuar no existieran, si cada uno de nosotros fuera 'a la suya', 'el mundo no funcionaría'. La responsable del papel normalizador de nuestros actos es la cultura. Podríamos establecer la siguiente relación:

A menor distancia entre las personas, mayor peligro de ser invadidos por los demás y, por lo tanto, mayor necesidad de recurrir a la atenuación.

A mayor distancia entre las personas, menor peligro de ser invadidos por los demás y, por lo tanto, menor necesidad de recurrir a la atenuación.

- distancia => + peligro de invasión = + atenuación

+ distancia => - peligro de invasión = - atenuación

La relación nos parece evidente; sin embargo, somos conscientes de la contradicción que encubre. Existe un continuo entre la distancia que impone la cultura y la que, en el ámbito del lenguaje, impone la atenuación. Nada nos impide considerar las pautas de comportamiento que nos garantizan la salvaguardia de las distancias en determinadas situaciones - como la que mencionamos de la transacción bancaria- como macro recursos de atenuación.

Restrinjámonos ahora al ámbito del lenguaje. Un claro determinante de la distancia que se establece entre los participantes de la interacción comunicativa es la que impone el canal. La comunicación cara a cara, la conversación -dada la copresencia de los interlocutores- es la forma de interacción en el que las personas están más cerca. La escritura, por su parte, es la que mantiene más distantes a los participantes en la

comunicación verbal. De ahí que la atenuación sea más productiva en la conversación que en la escritura.

Retomemos nuestro esquema:

conversación: -distancia => + peligro de invasión = + atenuación

escritura: + distancia => - peligro de invasión = - atenuación

Tanto en la interacción oral como en la escrita, la distancia entre los participantes varía según cuáles sean sus niveles de formalidad. La relación es directa: a mayor formalidad, mayor distancia. Un comportamiento formal es un comportamiento acorde a las pautas fijadas socialmente, o, si se quiere, acorde a las formas establecidas. La formalidad implica uniformidad de comportamientos y, por lo tanto, algún grado de renuncia a manifestar la individualidad. La formalidad, como la atenuación, es un recurso para instaurar distancias. Reformulemos lo que llevamos dicho. En las relaciones interpersonales es indispensable la existencia de una distancia entre los participantes. Si esa distancia está dada por la formalidad de la situación comunicativa, los participantes, protegidos por ella, no necesitarán recurrir a la atenuación. La propia situación, en este caso, les impide acercarse peligrosamente unos a otros y, por otra parte, les permite obtener beneficio de la interacción sin necesidad de hacerlo. Si nuestro propósito es comprar un kilo de manzanas, la interacción con el vendedor de fruta se habrá logrado para ambos si, al final de ella, yo tengo mis manzanas y él se ha deshecho de ellas.

Si, por el contrario, se trata de una situación comunicativa informal, los participantes, para lograr mantener entre sí la distancia que los proteja -y que esta vez no les facilita la formalidad de la situación-, se verán en la necesidad de recurrir a la atenuación.

Volvamos a nuestro esquema dejando de lado el motivo de la necesidad de la distancia.

- formalidad => - distancia = + atenuación

+ formalidad => + distancia = - atenuación

Si hablamos de diferentes tipos de conversaciones, la coloquial -gracias a su informalidad- es la que menor distancia impone a los interlocutores. Por lo tanto, será en ella donde por excelencia se dé la atenuación. La informalidad no es la única característica de una conversación coloquial, pero las demás -marco de interacción familiar y temática no especializada- dependen de que esta se dé. En la conversación, entonces:

+ coloquial => - distancia = + atenuación

En la escritura, las cartas informales -precisamente porque lo son- son las que más tienen de común con la conversación coloquial y, por lo tanto, será en ellas donde encontremos más manifestaciones de la atenuación.

La atenuación en Chile y España

Dijimos que la actitud del hablante chileno en la conversación está determinada por una mayor deferencia hacia el interlocutor. El hablante español, por el contrario, se caracteriza por un mayor predominio del su yo. Si estamos en lo cierto, esto podría contribuir a explicar la mayor productividad de la atenuación en Chile.

Respecto a las distancias, podemos decir que la deferencia hacia el oyente establece una proximidad entre los interlocutores.

Por su parte, el predominio del yo del hablante marca una distancia con el oyente. De este modo, la mayor atenuación verbal de Chile podría ser necesaria por la relación más estrecha que en la conversación el hablante

establece con el oyente.

+ deferencia hacia el hablante => - distancia = + atenuación

- deferencia hacia el hablante => - distancia = + atenuación

+predominio del yo del hablante => + distancia = -atenuación

-predominio del yo del hablante => - distancia = + atenuación

El concepto de atenuación nos llevó a considerar una serie de características de nuestro castellano que por lo general se estudian de forma aislada. Nos permitió también tender un puente entre fenómenos lingüísticos y una actitud de los hablantes. Si la lingüística se ocupa del estudio de los primeros, hacen falta otras disciplinas humanistas para hacerse cargo de la actitud de los hablantes. Dejamos, de este modo, señalado un camino para emprender nuevos estudios de carácter interdisciplinario.

FUENTES

BOZA, C. (1990): Sergio Larraín GM: *La vanguardia como propósito*. Bogotá, Escala Ltda.

CARDENAS, J.P. (Director): *Análisis, Revista semanal editada por la Sociedad Periodística Emisión S.A.* Santiago, Editorial Antártica S.A.

CONTRERAS, G. (1991): *La ciudad anterior*. Santiago de Chile, Planeta.

ESGUEVA, M. / CANTARERO, M. (1981): *El habla de la ciudad de Madrid: Materiales para su estudio*. Madrid. Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

FUGET, A. (1990): *Sobredosis*. Santiago de Chile, Planeta.

GIA (Grupo de Investigaciones Agrarias de la Académica de Humanismo Cristiano) (1986): *Vida y Palabra Campesina*, Tomos I, II, III, IV, V. Santiago de Chile, Imprenta GIA.

GONZÁLEZ, M. (1988): "Mesa Redonda: Libro-Reportaje, una opción del periodismo", en *La invención de la memoria (Actas)*. Santiago, Pehuén Editores Ltda.

NARVÁEZ, J. Ed. (1988): *La invención de la memoria (Actas)*. Santiago, Pehuén Editores Ltda.

PUGA, J. (1990): "Historia de una vocación" en Boza, C. (1990) Sergio Larraín GM: *La vanguardia como propósito*. Bogotá, Escala Ltda.

RABANALES, A. / CONTRERAS, L. (1979 Y 1990): *El habla culta de Santiago de Chile: materiales para su estudio*. Santiago, Universidad de Chile.

ROMERO, G. / TORRES, X. (1995): *La Moral Light*. Santiago de Chile, Planeta.

ESTUDIOS CRITICOS

ALARCOS LLORACH, E. (1978): *Estudios de gramática funcional del español*. Madrid, Gredos.

ALARCOS LLORACH, E. (1985): "Generalidades en torno a la gramática funcional", Lecciones del I y II Curso de Lingüística Funcional. Universidad de Oviedo: 15-21.

ALCINA, J. / BLECUA, J.M. (1988): *Gramática española*. Barcelona, Ariel.

ALEXANDRESCU, S. (1985): "L'observateur et le discours spectaculaire", *Recueil d'Homages pour Essays in Honour of A.J. Greimas*, II. Amsterdam, Benjamins: 553-574.

- ÁLVAREZ MARTINEZ, M.A. (1994): *La gramática española en América*. Universidad de la Laguna.
- AUSTIN, J.L. (1990): *Cómo hacer cosas con las palabras*. Barcelona, Paidós.
- BAJTIN, M. (1989): *Estética de la creación verbal*. México, Siglo XXI.
- BARNES, B. (1990): *La naturaleza del poder*. Barcelona, Ediciones Pomares-Corredor S.A.
- BARTHES, R. (1987): *El susurro del lenguaje*. Barcelona, Paidós.
- BARTHES, R. (1977): *Fragmentos de un discurso amoroso*. México, Siglo XXI.
- BARTHES, R. (1983): *Ensayos críticos*, Barcelona. Seix Barral.
- BARTHES, R. (1991): *El placer del texto y lección inaugural*. México, Siglo XXI.
- BEINHAUER, W. (1991): *El español coloquial*. Madrid, Gredos.
- BELLO, A. (1988): *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de americanos*. Madrid, Arco-Libro.
- BENVENISTE, E. (1974): *Problèmes de linguistique générale*. París, Gallimard.
- BENVENISTE, E. (1966): *Essai de linguistique générale*. París, Larousse.
- BERGER, P. / LUCKMANN, T. (1991): *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires, Amorrortu Editores.
- BERNÁRDEZ, E. (Comp.) (1987): *Lingüística del texto*. Madrid, Arco libros.
- BERNSTEIN, B. (1975): *Langage et classes sociales: codes sociolinguistiques et contrôle social*. Paris, Les Éditions de Minuit.
- BORDIEU, P. (1985): *¿Qué significa hablar?*. Madrid, Akal.
- BRIZ, A. (1994): "La atenuación en la conversación coloquial. Una categoría pragmática", en Cortés Rodríguez ed. (1995) *El español coloquial: actas de I Simposio sobre análisis del discurso oral*. Almería, Universidad de Almería, Servicio de publicaciones.
- BROWN, G. / YULE, G. (1993): *Análisis del discurso*. Madrid, Visor.
- BROWN, P. / LEVINSON, S. (1987): *Politeness*. Cambridge, Cambridge University Press.
- BRUNA, A. (1991): *Perfrasis verbales en el español culto de Santiago de Chile, descripción y comparación con muestras del español culto de Ciudad de México*. Tesis para optar al grado de licenciada en lingüística con mención en lingüística general, Santiago de Chile, Universidad de Chile.
- BÜLHER, K. (1950): *Teoría del lenguaje*. Madrid, Revista de Occidente.
- CAMPS, V. (1976): *Pragmática del lenguaje y filosofía analítica*. Barcelona, Ediciones península.

- CARNICER, R. (1977): Tradición y evolución en el lenguaje actual. Madrid, Prensa española.
- CARON, J. (1988): *Las regulaciones del discurso: psicolingüística y pragmática del lenguaje*. Madrid, Gredos.
- COHEN, B. (1993): "Lo que 'vio' Colón en 1942" en *Investigación y Ciencia*, febrero 1993 (Edición española de *Scientific American*). Barcelona, Prensa científica, S.A.
- COMTE, A. (1993): "Una virtud pequeña", en *La cortesía: la virtud de las apariencias*. Madrid, Cátedra.
- CONTRERAS, L. / RABANALES, A. (1970): "Chile. Publicaciones aparecidas entre 1967 y 1968", *BI*, 2.
- CORTÉS RODRÍGUEZ ed. (1995): *El español coloquial: actas del I Simposio sobre análisis del discurso oral*. Almería, Universidad de Almería, Servicio de publicaciones.
- CRIADO DEL VAL, M. (1980): *Estructura general del coloquio*. Madrid, C.S.I.C.
- CULLER / DERRIDA / FISH / JAMESON (1989): *La lingüística de la escritura*. Madrid, Visor.
- DAVID, J. / KLEIBER, G. (Publ.) (1981): *La notion semantico-logique de modalité: colloque organisé par la Faculté des Lettres et Sciences Humaines*. Metz, Centre d'Analyse Syntaxique. (1332).
- DE VEGA, M. (1984): *Introducción a la psicología cognitiva*. Madrid, Alianza.
- DHOQUOIS, R. (Ed.) (1993): *La cortesía: la virtud de las apariencias*. Madrid, Cátedra.
- DUCROT, O. (1977): "Pré-supposés et sous-entendus (réexamen)" en *Stratégies discursives: Actes du colloque du Centre de Recherche Linguistiques et Sémiologiques de Lyon, 20-22 mai*. Lyon, Presses Universitaires de Lyon.
- DUCROT, O. (1982): *Decir y no decir*. Barcelona, Anagrama.
- DUCROT, O. (1986): *El decir y lo dicho: polifonía de la enunciación*. Barcelona, Paidós.
- ESCANDELL, V. (1993): *Introducción a la pragmática*. Barcelona, Anthropos.
- FONTANELLA DE WINBERG, B. (1992): *El español de América*. Madrid, MAPFRE.
- FOUCAULT, M. (1970): *El orden del discurso*. Barcelona, Tusquets.
- GALLARDO, B. (1990): "En torno a la referencia como concepto del análisis conversacional". En López García y Rodríguez Cuadros (eds.). *Miscel. Lánia Homenatge Enriqué García Díez*. Universitat de València, 341-353, Valencia, Lynx.
- GALLARDO, B. (1991): "Pragmática y análisis conversacional: hacia una pragmática del receptor". *Sintagma*, 3: 25-38.

- GALLARDO, B. (1993): *Lingüística perceptiva y conversación: secuencia*. Valencia, Lynx.
- GALLARDO, B. (1994): "La pertinencia del análisis conversacional para la obtención de datos orales". *Saitavi*, Facultad Geografía e Historia, Universitat de València.
- GARCÉS, P. (1995): "Revisión crítica de algunos de los postulados de la teoría de la cortesía lingüística propugnada por Brown y Levinson", en Hernández et al. Ed. *Quaderns de Filologia-I, Aspecte de la reflexió i de la praxi interlingüística*. Valencia, Facultat de Filologia, Universitat de València.
- GARCÍA GUILLÉN, F. (1993): *Investigación y Ciencia*, febrero 1993 (Edición española de *Scientific American*). Barcelona, Prensa científica, S.A.
- GARDINER, A. (1989): *Langage & acte de langage: Aux sources de la pragmatique*. Paris, Presses Universitaires de Lille.
- GIANNINI, H. (1981): *Desde las palabras*. Santiago, Ed. Nueva Universidad.
- GIANNINI, H. (1987): *La reflexión cotidiana: hacia una arqueología de la experiencia*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.
- GIRÓN, J. (1991): *Tiempo, modalidad y adverbio*. Salamanca, Universidad.
- GISSI, J. (1989): *Identidad Latinoamericana: Psicología y Sociedad*. Santiago de Chile, Psico América ediciones.
- GISSI, J. (1990): *Psicoantropología de la pobreza: Oscar Lewis y la Realidad Chilena*. Santiago de Chile, Psico América Ediciones.
- GOFFMAN, E. (1959): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires, Amorrurtu Eds., 1987.
- GOFFMAN, E. (1971): *Relaciones en público. Microestudios de orden público*. Madrid, Alianza, 1979.
- GÓMEZ TORREGO, L. (1988): *Perífrasis verbales. Sintaxis, semántica y estilística*. Madrid, Arco.
- GÓMEZ TORREGO, L. (1992): *La impersonalidad gramatical: descripción y norma*. Madrid, Arco.
- GONZÁLEZ VERA, J.S. (1963): *Eutrapelia*. Santiago de Chile, Nascimento.
- GOODY, J. (1977): *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid, AKAL.
- GRESILLON, A. (1981): "Interrogation et interlocution" en *DRLAV Revue de linguistique 25, Dans le champ pragmatique-énonciatif*. Paris, Centre de recherche de l'université de Paris VIII.
- GUMPERZ, J.J. (1971): *Language in Social Groups*. Stanford, Stanford.
- GUMPERZ, J.J. / HYMES, D. (eds.) (1972): *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*. New York, Holt, Rinehart & Winston, Inc.
- GUMPERZ, J.J. / HERASIMCHUK, E. (1975): "The conversational analysis of social meaning: A study of classroom interaction", en Blount y Sanchez (eds.) *Sociocultural Dimensions of Language Use*. New York, Academic

Press, 81-116.

GUMPERZ, J. / BENNETT, A. (1981): *Lenguaje y cultura*. Barcelona, Anagrama.

GUMPERZ, J. J. (1982^a): *Discourse Strategies*, Cambridge, Cambridge University Press.

GUMPERZ, J.J. (ed.) (1982b): *Language and Social Identity*, Cambridge, Cambridge University Press.

HAENSCH, G. (1994): "Español de América / Español de Europa", en *Terminologie et Traduction* N°1-1994, Bruselas, Office des publications officielles des Communautés européennes.

HALL, E. (1989): *El lenguaje silencioso*. Madrid, Alianza Editorial.

HALL, E. (sin fecha): *Más allá de la cultura*. Barcelona, Editorial Gustavo Gili.

HALL, E. (1976): *La dimensión oculta*. México. Siglo XXI. Primera edición en inglés, 1966.

HALLIDAY, M.A.K. (1973): *Explorations in the Functions of Language*, London, Arnold.

HALLIDAY, M.A.K. (1975): "Estructura y función del lenguaje", en J. Lyons (ed.) *Nuevos horizontes de la lingüística*. Madrid, Alianza Universidad, 145-173.

HALLIDAY, M.A.K / Mc.INTOSH, A. y STRVENS, P. (1970): "The Users and Uses of Language", en Fishman (ed.): *Reading in the Sociology of Language*. The Hague, Paris, Mouton, 139-169.

HAVERKATE, H. (1972): "The Performative Analysis of the Spanish Imperative". *Cahiers de Lexicologie*, 21/2: 67-74.

HAVERKATE, H. (1976): *Impositive Sentences in Spanish*. Amsterdam, North-Holland.

HAVERKATE, H. (1983): "Strategies in Linguistic Action". *Journal of Pragmatics*, 7: 637-656.

HAVERKATE, H. (1984): *Speech Acts, Speakers and Hearers. Reference and Referential Strategies in Spanish*. Amsterdam, Philadelphia, Benjamins.

HAVERKATE, H. (1987): "La cortesía como estrategia conversacional", en H. Haverkate (ed.): *Diálogos Hispánicos de Amsterdam*, 6: 27-64.

HAVERKATE, H. (1989): *La cortesía verbal: estudio pragmlingüístico*. Madrid, Gredos.

HAVERKATE, H. (1982): "Los estudios gramaticales de Bello y la teoría de los actos verbales", en *Diálogos hispánicos N° 3*, Universiteit van Amsterdam.

HIDALGO, A. (1992): "Sobre los mecanismos de impersonalización en la conversación coloquial: el TÚ impersonal" en *I Congreso Internacional de Enseñanza del Español*, celebrado en Madrid del 27 al 31 de enero.

HJELMSLEV, L. (1972). *Ensayos lingüísticos*. Madrid, Gredos.

- HJELMSLEV, L. (1974): *Prolegómenos a una teoría del lenguaje*. Madrid, Gredos.
- HÖRMANN, H. (1973): *Psicología del lenguaje*. Madrid, Gredos.
- HYMES, D. (1970): "The Ethnography of Speaking", en J. Fishman (ed.): *Readings in the Sociology of Language*. The Hague, Mouton: 99-138.
- HYMES, D. (1971): *On communicative competence*. Philadelphia, University of Pennsylvania Press.
- HYMES, D. (1973): "Models of the Interaction of Language and Social Life", en Gumperz, J. / Hymes, D. (eds.): *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*. New York, Holt, Rinehart & Winston, Inc., 35-71.
- HYMES, D. (ed.) (1974): *Traditions and Paradigms. Studies in the History of Linguistics*. Bloomington, Indiana University Press.
- JAKOBSON, R. (1984): *Ensayos de lingüística general*. Barcelona, Ariel.
- JORQUES, D. (1995): *Dimensiones de una análisis de la comunicación y modos de relación interpersonal*. Valencia, Lynx.
- KANY, Ch. (1963): *Semántica hispanoamericana*. Madrid, Aguilar.
- KANY, Ch. (1969): *Sintaxis hispanoamericana*. Madrid, Gredos.
- KEARNEY, M. (1975): "World view theory and study" en Siegel, B. Ed. *Annual Review of anthropology, Volume 4*, Stanford, Stanford, University.
- KELLER, E. (1979): "Gambits: conversational strategy signals." En Coulmas, *Conversational routine*.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1980): *L'énonciation: de la subjectivité dans le langage*. París, Armand Colin Éditeur.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1986): *L'implicite*. París, Armand Colin Éditeur.
- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1995): "Pour une approche contrastive du fonctionnement des conversations", en Hernández et al. Ed. *Quaderns de Filologia-I, Aspecte de la reflexió i de la praxi interlingüística*. Valencia, Faultat de Filologia, Universitat de València.
- KRIVOSHEIN, N / CORVALÁN, G. (1987): *El español del Paraguay: En contacto con el guaraní*. Asunción, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos.
- KOFFKA (1935): *Principles of Gestaltpsychology*. New York, Harcourt, Brace and World Inc.
- LAKOFF, G. / JOHNSON, M. (1991): *Metáforas de la vida cotidiana*. Madrid, Cátedra. Título original: *Metaphors we live By*, University of Chicago, 1980.
- LAKOFF, R. (1972): "Language in context", *Language*, 48, 907-927.
- LAKOFF, R. (1973): "The language of politeness", *Papers from the Ninth Regional Meeting of the Chicago Linguistics Society*, 292-305.
- LAKOFF, R. (1977): "Politeness, pragmatics and performatives", en Rogers

- et al. (eds.): *Proceeding of the Texas Conference on Performatives, Presuppositions and Implicatures*. Washington, Center of Applied Linguistics, 79-106.
- LAPESA, R. (1988): *Historia de la lengua española*. Madrid, Gredos.
- LEVINSON, S. (1989). *Pragmática*. Barcelona, Teide.
- LÓPEZ GARCÍA, A. (1988): *La Psicolingüística*. Madrid, Síntesis.
- LÓPEZ GARCÍA, A. (1989): *Fundamentos de lingüística perceptiva*. Madrid, Gredos.
- LÓPEZ GARCÍA, A. (1991): *La negación y los verbos modales*. Logroño, Consejería de Educación, Cultura.
- LYONS, J. (1989): *Semántica*. Barcelona, Teide.
- MALMBERG, B. (1974): *La América hispanohablante: Unidad y diferenciación del castellano*. Madrid, Istmo.
- MANSUR GUERIOS, R.F. (1956): *Tabúes lingüísticos*. Río de Janeiro.
- MARC, Edmond / PICARD, Dominique (1992): *La interacción social: Cultura, instituciones y comunicación*. Barcelona, Paidós.
- MARINA, J.A. (1994): *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona, Anagrama.
- MARTÍNEZ, V. (1991): "Sistema de las oraciones impersonales reflejas en el Habla Culta de Santiago de Chile" en Hernández, C. Et al. ed. (1991): *El Español de América. Actas del III congreso internacional del Español de América*. Salamanca, Junta de Castilla y León, Consejería de Cultura y Turismo. Tomo 2, Págs. 1029-1037.
- MATURANA, H. (1992): *Emociones y lenguaje en educación y política*. Chile, Hachette, CED.
- MATUS, A. / DARGHAM, S. / SAMANIEGO, J.L. (1992): "Notas para una historia del español en Chile" en César Hernández Alons (Coord.) *Historia y presente del Español de América*. Valladolid, PABECAL.
- MEYER-HERMANN, R. (1988): "Atenuación e intensificación (Análisis pragmático de sus formas y funciones en español)", *Anuario de estudios filológicos XI*, Págs. 275-290. Cáceres, Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones, Facultad de Filosofía y Letras.
- MIENSIÓN-RIGAU, E. (1993): "La distinción en las élites", en *La cortesía: la virtud de las apariencias*. Madrid, Cátedra.
- MIRANDA, J. (1992): *Usos coloquiales del español*. Salamanca, Publicaciones del Colegio de España.
- MONTECINO, S. (1991): *Madres y huachos: alegoría del mestizaje chileno*. Santiago de Chile, Cuarto propio.
- MONTERO, C. (1979): "El eufemismo: sus repercusiones en el léxico", *Senara, Vol. I*, (45-60).
- MORENO DE ALBA, J. (1988): *El español de América*. México, Fondo de

Cultura Económica.

MORÍNIGO, M. (1953): "La formación léxica regional hispanoamericana", *NRFH VII/1-2*.

MUNIZAGA, G. (1988): *El discurso público de Pinochet: Un análisis semiológico*. Santiago de Chile, CESOC / CENECA.

OROZ, R. (1964): "El español de Chile", *PFLE, I*, Madrid, OFINES, 93-109.

OROZ, R. (1966): *La lengua castellana en Chile*. Santiago de Chile, Editorial Universitaria.

PIAGET, J. (1992): *Seis estudios de psicología*. Barcelona, título de la obra original: *Six études de psychologie*, Editions Gambier, 1964.

PONS, S. (1995): "Directrices para un futuro estudio de la atenuación en las dos orillas" en T. Echenique, M. Aleza y M.J. Martínez (eds). *Historia de la lengua española en América y España*. Universitat de València, Tirant lo Blanch, 525-526.

PORTO, J. (1991): *Del indicativo al subjuntivo: valores y usos de los modos del verbo*. Madrid, Arco/Libros.

POTTIER, B. (1970): *Gramática del español*. Madrid, Alcalá.

POTTIER, B. (1974): *Linguistique general*. Paris, Klincksieck. [Traducción española, *Lingüística general*. Madrid, Gredos, 1977.]

POYATOS, F. (1994): *La comunicación no verbal: I, cultura, lenguaje y conversación*. Madrid, Itsmo.

RABANALES, A. (1964): "Pasado y presente de la investigación lingüística y filológica en Chile". *BFUCh, 16*, 121-143.

REAL ACADEMICA ESPAÑOLA (1986): *Esbozo de una Nueva Gramática de la Lengua Española*. Madrid, Espasa-Calpe.

REYE, G. (1990): *La pragmática lingüística: El estudio del uso del lenguaje*. Barcelona, Montesinos.

RIVANO, E. (1994): *Estructuras del diálogo*. Santiago de Chile, Bravo y Allende ed.

RIVERO, M.L. (1978): "Un ejemplo de metodología de filosofía analítica en la semántica lingüística: la cortesía y los actos verbales", *RSEL, 8-1*, págs. 77-104.

ROCA PONS, J. (1974): *Introducción a la pragmática*. Barcelona, Teide.

ROCA PONS, J. (1958): *Estudios sobre perífrasis verbales del español*. Madrid, C.S.I.C.

RODRÍGUEZ ADRADOS, F. (1971): *Lingüística estructural*. Madrid, Gredos.

ROJAS, E. (1994): "Sobre algunas fórmulas de tratamiento: Su valoración y desvalorización a través del tiempo" en *Historia de la lengua Española*. Salamanca, Universidad de Salamanca.

ROSENBLAT, A. (1971): *Nuestra lengua en ambos mundos*. Estella

(Navarra), Salvat.

ROSENBLAT, A. (1973): *El castellano de España y el castellano de América. Unidad y diferenciación*. Madrid, Taurus.

RUSSELL, B. (1967): *Ensayos sobre educación*. Madrid, Espasa-Calpe.

SAPIR, E. (1954): *El lenguaje*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.

SBISA, M. (1989): *Linguaggio, ragione, interazione: per una teoria pragmatica degli atti linguistici*. Bologna, Il Mulino.

SCHEGLOFF, E.A. (1972): "Sequencing in Conversational Opening", en J. Gumperz y D. Hymes (eds.): *Directions in Sociolinguistics. The Ethnography of Communication*. New York, Holt, Rinehart & Winston, Inc., 346-380.

SCHEGLOFF, E.A. (1976): "On some questions and ambiguities in conversation", *Pragmatics Microfiche*, 2.2. D8-G-1.

SCHEGLOFF, E.A. /JEFFERSON, G. / SACK, H. (1977): "The preference for self-correction in the organization of repair in conversation", *Language*, 53, 361-382.

SCHERER, K.R. / GILES, H. (eds.) (1979): *Social Markers in Speech*. Cambridge, CUP / Editions de la Maison des Sciences de l'Homme.

SCHIFFRIN, D. (1994): *Approaches to discourse*. USA, Blackwell.

SEARLE, J. (1990): *Actos de habla*. Madrid, Cátedra.

SPERBER, D. / WILSON, D. (1994): *Relevance. Communication and Cognition*. Oxford, Blackwell.

ULLMANN, S. (1991): *Semántica: introducción a la ciencia del significado*. Madrid, Aguilar.

VAL. ES. CO. (1995). *La conversación coloquial (Materiales para su estudio)*, Coordinado por Antonio Briz, Anejo XVI de Cuadernos de Filología, Universitat de València.

VAN DIJK, T.A. (1980a): *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*. Madrid, Cátedra.

VAN DIJK, T.A. (1980b): *Estructuras y funciones del discurso*. Méjico, Siglo XXI.

VAN DIJK, T.A. (1983): *La ciencia del texto*. Buenos Aires, Paidós.

VANDERVEKEN, D. (1985): *Les actes de discours*. Bruxelles, Pierre Mardaga Editeur.

VIGARA, A. M^a (1989): *Estudio del español coloquial: metodología y gramática*. Madrid.

WOLF, M. (1988): *Sociología de la vida cotidiana*. Madrid, Cátedra.

ZAIDMAN, C. (1993): "Maneras de comportamiento en la mesa", en Dhoquois, R. (Ed.) y (1993): *La cortesía: la virtud de las apariencias*. Madrid, Cátedra.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

- ARMENGAUD, F. (1985): *La pragmatique*. Paris, Presses Universitaires de France.
- ATLAS, J.D. Y LEVINSON, S.C. (1981): "It-clefts, informativeness, and logical form: Radical pragmatics (revised standard version)", in Cole, P. (ed.) (1981): *Radical Pragmatics* (1-61).
- BENENISTE, E. (1970): "L'appareil formel de l'énonciation", *Langages*, 17, (12-18).
- BERRENDONNER (1981): *Elementos de pragmática lingüística*. Barcelona, Gedisa, 1987.
- BILMES, J. (1986): *Discourse and behavior*. New York, Plenum Press.
- BODES NAVES, M.C. (1992): *El diálogo. Estudio pragmático, lingüístico y literario*. Madrid, Gredos.
- BROWN, G. y YULE, G. (1993): "El papel del contexto en la interpretación", en *Análisis del discurso*. Madrid, Visor, 49-94.
- BRUNER, J. (1984): "Pragmática del lenguaje y lenguaje de la pragmática", *Acción, pensamiento y lenguaje*. Madrid, Alianza Psicología, 187-195.
- BURKE, P. (1993): *The art of conversation*. Cambridge, U.K., Polity Press.
- CALVO PÉREZ, J. (1994): *Introducción a la pragmática del español*, Madrid, Cátedra.
- CERVONI, J. (1987): *L'énonciation*. Paris, Presses Universitaires de France.
- COSERIU, E. (1967): "Determinación y entorno", en *Teoría del lenguaje y lingüística general*, Madrid, Gredos.
- COSNIER, J. / KEBRAT-ORECCHIONI, K. (eds) (1987): *Décrire la conversation*, Lyon, PUL.
- DIJK, T.A. (1977): "La pragmática del discurso", en *Texto y contexto. Semántica y pragmática del discurso*. Madrid, Cátedra, 290-324.
- DIJK, T.A. (1981): *Studies in the pragmatics of discourse*. Janua Linguarum, Series Maior 101. The Hague, Mouton.
- DUCROT, O. (1984): *El decir y lo dicho*. Barcelona, Paidós, 1986. Traducción de Irene Agoff.
- ECO, U. (1987): "Semantics, pragmatics, and text semiotics", en Jef Verschueren y Marcella Bertucelli-Papi, (eds): *The pragmatic perspective*. Amsterdam / Philadelphia, Joh Benjamins, 695, 713.
- ESCANDELL VIDAL, M.V. (1993): *Introducción a la pragmática*. Barcelona, Anthropos-UNED.
- FILLMORE, Ch. J. (1981): "Pragmatics and the description of discourse", en Cole, Peter, (ed.): *Radical Pragmatics*. New York, Academic Press, 143-166.
- FISHMAN, J. (1971): *Sociología del lenguaje*. Madrid, Cátedra.
- FUCHS, C., / LE GOFFIC, P. (1992): "Énonciation et pragmatique", en *Les*

linguistiques contemporaines: repères théoriques. Paris, Hachette, 129-142.

CIVÓN, T. (1989): *Mind, code, and context. Essays in pragmatics*. Hillsdale (N.J.), Lawrence Erlbaum Associates.

GRICE, H. P. (1957): "Meaning", en Steinberg, D.D. y Jakobovits, L.A., (eds.), *Semantics*. Cambridge, University Press, 1971, 53-59.

HABERMAS, J. (1979): *Communication and the evolution of society*. Boston, Beacon Press.

HAVERKATE, H. (ed.) (1987): *La semiótica del diálogo*. Diálogos Hispánicos de Amsterdam 6. Amsterdam, Rodopi.

HAVERKATE, H., HENGEVELD, K., Y MULDER, G. (eds.) (1993): *Aproximaciones pragmalingüísticas al español*. Diálogos Hispánicos 12. Amsterdam, Universiteit van Amsterdam.

HERNÁNDEZ SACRISTÁN, C. (1994): "Pragmática", en López García et alii (1994): *Lingüística General y Aplicada*. Valencia, Universitat, 245-274, 2ª ed.

HORN, L.L. (1988): "Teoría pragmática", en Newmeyer, Frederick J. (ed), *Panorama de la lingüística moderna de la Universidad de Cambridge, vol. I: Teoría Lingüística: Fundamentos*. Madrid, Visor, 1990, 147-181. Traducción de Luis A. Santos Domínguez.

HYMES, Dell, H. (1971): *On communicative competence*. Philadelphia, Univ. of Pennsylvania, Press.

KANIZSA, G. (1980): *Gramática de la visión*. Barcelona, Paidós.

KEMPSON, R. (1988): "La gramática y los principios conversacionales", en Newmeyer (ed.), *Panorama de la Lingüística Moderna de la Universidad de Cambridge, II: Teoría lingüística: extensiones e implicaciones*. Madrid, Visor, 1991, 139-163.

LAVANDERA, B. (1985): *Curso de Lingüística para el Análisis del Discurso*. Buenos Aires, Centro Editor de América Latina.

LAVER, J.D.M.H./ HUTCHESON, S. (1972): *Face-to-face Commucation*. Harmondsworth, Penguin.

LEVINSON, S.C. (1983): "El ámbito de la pragmática", *Pragmática*. Barcelona, Teide, 1989, 1-46.

LÓPEZ GARCÍA, Á. (1989): "La pragmática", en *Fundamentos de lingüística perceptiva*. Madrid, Gredos, 242-318.

LOZANO, J., PEÑA-MARÍN, C. Y ABRIL, G. (1982): *Análisis del discurso: hacia una semiótica de la interacción textual*. Madrid, Cátedra.

LYONS, J. (1977): *Semántica*, Barcelona, Teide.

MANTECA ALONSO-CORTÉS, Á. (1987): "Pragmática", *Lingüística General*. Madrid, Cátedra, 180-193.

MEIX IZQUIERDO, F. (1983): "Significado e interacción social", *R.E.L.* 13.1., 121-134.

OSGOD, Ch., SEBEOK y DIEBOLD (1974): *La psicolingüística*. Barcelona,

Planeta.

PARKER, F. (1986): "Pragmatics", en *Linguistics for non-linguists*. Austin (TX), PRO-ED, 11-28.

PRUCHA, J. (1983): *Pragmalinguistics: East European Approaches*. Amsterdam / Philadelphia, John Benjamins.

REYES, G. (1990): *La pragmática lingüística. El estudio del uso del lenguaje*. Barcelona, Montesinos.

SCHENKEIN, J. (ed.) (1978): *Studies in the Organization of Conversational Interaction*. New York, Academic Press.

SCHENKEIN, J.N., SACK, F. Y WEINGARTEN, E. (eds) (1976): *Issues in conversational analysis*. Berlin, Suhrkamp Verlag.

SCHIFFRIN, D. (1992): "El análisis de la conversación", en Frederick J. Newmeyer, ed. *Panorama de la Lingüística moderna IV: El lenguaje: Contexto socio-cultural*. Madrid, Visor, 1992, 229-327.

SMITH, N. y WILSON, D. (1979): "Pragmática y comunicación", en *La lingüística moderna. Los resultados de la revolución de Chomsky*. Barcelona, Anagrama, 1983, 161-177.

SPERBER, D. Y WILSON, D. (1986): *La relevancia*. Madrid, Visor, 1994.

STALNAKER, R. (1972): "Pragmatics", en D. Davidson y G. Harman (eds): (1972): *Semantics of natural language*. Cambridge, University Press, 380-397.

STEINER, E., / VELTMAN, R. (eds) (1988): *Pragmatics, discourse and text: some systemically-inspired approaches*. Norwood (N.J), Ablex.

VALDÉS VILLANUEVA, L.M. (ed) (1991): *La búsqueda del significado*. Murcia, Universidad de Murcia / Tecnos.

VERSCHUEREN, J. (1987): "The pragmatic perspective", en Jef Verschueren y Marcella Bertuccelli-Papi, (eds), *The pragmatic perspective. Selected papers from the 1985 International Pragmatics Conference*. Amsterdam / Philadelphia, John Benjamins, 3-8.

WILSON, D. y SPERBER, D. (1986): "Pragmatics and modularity", en Steven Davis, (ed), *Pragmatics, a reader*. New York, Oxford University Press, 1991, 583-596.

YULE, G. y BROWN, G. (1983): "El papel del contexto en la investigación", *Análisis del discurso*. Madrid, Visor, 1993, 49-94.